A veces, el número equivocado
puede cambiar tu vida para siempre.

Número EQUIVOCADO



DIANA HERNÁNDEZ

Número Equivocado

Número Equivocado
© 2026 Diana Hernández
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa de la autora.

Primera edición
Diseño de portada: Diana Hernández
Maquetación: Diana Hernández
ISBN: Impreso en España.

Para ti. Si alguna vez esperaste un mensaje que nunca llegó... Si alguna vez sonreíste mirando una pantalla...
O si alguna vez pensaste que las mejores historias solo ocurrían en las películas...
Espero que estas páginas te demuestren que, a veces, la vida también sabe escribir finales bonitos.
Con cariño,

Todo empezó con un mensaje.
Capítulo 1 El mensaje equivocado

Sábado, 12 de julio 22:48
El sonido de una notificación rompió el silencio de la habitación.

Danna levantó la vista del libro que llevaba más de veinte minutos intentando leer sin éxito. Sus ojos se dirigieron al móvil, que vibraba sobre la mesita de noche iluminando la habitación con una tenue luz blanca.

Frunció el ceño.
Número desconocido.
No era habitual que alguien le escribiera a esas horas.
Cogió el teléfono y desbloqueó la pantalla.
Número desconocido
¿Has llegado bien a casa?
Danna arqueó una ceja.
Leyó el mensaje una segunda vez.
Y una tercera.
—Qué raro… —murmuró.
Durante unos segundos pensó en ignorarlo. Seguramente aquella persona se había equivocado de número.
Pero algo dentro de ella sintió curiosidad.
Comenzó a escribir. **Danna:** Creo que te has equivocado de número.
No tardó ni diez segundos
...el aviso de «escribiendo…». Su corazón, sin saber por qué, dio un pequeño vuelco.
Número desconocido: ¿Cómo que me he equivocado?
Danna soltó una risa por lo bajo.
Danna: Pues… porque no sé quién eres.
Pasaron unos segundos.
Después llegó otro mensaje.
Número desconocido: Espera…
Número desconocido: ¿Tú no eres Sofía?
Danna sonrió.
Danna: Me temo que no.
Al otro lado de la ciudad, Andrés se llevó una mano a la frente. —No puede ser…
Volvió a mirar el papel donde había apuntado el número aquella misma tarde.
Lo comparó con el contacto que acababa de escribir.

Le sobraba un número.
Había copiado mal el teléfono.
Cerró los ojos un instante, avergonzado.
«Qué idiota…», pensó.
Respiró hondo antes de volver a escribir.
Andrés: Perdón… creo que acabo de hacer el ridículo.
Danna no pudo evitar reírse.
Danna: Un poco. Él respondió con un emoji tapándose la cara.
Ella volvió a sonreír.
No conocía a ese chico.
No sabía cuántos años tenía.
Ni cómo era.
Ni siquiera sabía si volverían a hablar después de aquella conversación.
Pero había algo en aquel desconocido que le resultaba… simpático.
Andrés dudó unos segundos antes de enviar otro mensaje.
Andrés: Ya que he hecho el ridículo… al menos dime cómo te llamas.
Danna mordió ligeramente su labio inferior.
Lo normal habría sido no contestar. Sin embargo…
Escribió.
Danna: Danna.
Tres puntitos aparecieron de nuevo en la pantalla.
Andrés: Mucho gusto, Danna.
Andrés: Yo soy Andrés.
Ella leyó el mensaje con una sonrisa que ni siquiera intentó esconder.
No sabía por qué.
Solo era un chico que se había equivocado de número.
Nada más.
¿Verdad?
A veces, las mejores historias no empiezan con un «hola», sino con un error.

Capítulo 2 Un mensaje más

Domingo, 13 de julio 23:17
Danna llevaba todo el día sin volver a abrir aquella conversación.
No porque no quisiera.
Sino porque le parecía absurdo.
Era un desconocido.
Uno que se había equivocado de número.
Nada más.
Sin embargo, cada vez que cogía el móvil, sus ojos terminaban buscando el mismo chat.
El de **Andrés.**
Había guardado su contacto esa misma mañana.
No con un corazón.
Ni con un apodo.
Solo con su nombre.
"Por si vuelve a escribir", se había dicho.
Aunque sabía que era una excusa.
En realidad, tenía curiosidad.
Mucha curiosidad.
Dejó el móvil sobre el escritorio y siguió haciendo los deberes.
Cinco minutos después volvió a cogerlo.
Nada. Lo dejó otra vez. Y, justo cuando decidió que dejaría de mirar la pantalla cada dos minutos…
El teléfono vibró.
Su corazón dio un pequeño salto.
Andrés: Hola…
Danna sonrió sin darse cuenta.
Esperó unos segundos antes de responder.
No quería parecer desesperada.
Danna: Hola.
Los tres puntitos aparecieron enseguida.
Andrés: Me he pasado todo el día pensado si volver a escribirte o no.
Ella levantó una ceja.
Danna: ¿Y al final ganaron las ganas?
Andrés: Creo que sí.
Andrés: Aunque todavía me da un poco de vergüenza lo de ayer.

Una pequeña risa escapó de los labios de Danna.
Danna: Ya lo superarás.
Andrés: Eso espero.
Pasaron unos segundos.
Ninguno escribía.
Pero tampoco quería irse.

Era una sensación extraña. Como cuando conoces a alguien y todavía no sabes qué decir, pero tampoco quieres que la conversación termine.

Entonces apareció un nuevo mensaje.
Andrés: ¿Cuántos años tienes?
Danna miró la pantalla.
Normalmente jamás respondería ese tipo de preguntas a desconocidos.
Pero Andrés ya no le parecía un desconocido cualquiera.

Capítulo 3 Detrás de la pantalla

Lunes, 14 de julio 21:36
Danna observó la pantalla durante unos segundos.
Nunca había sido de contar su vida a cualquiera.
Y Andrés seguía siendo, técnicamente, un desconocido.
Pero había algo en él que transmitía confianza.
Respiró hondo antes de responder.
Danna: Tengo dieciséis.
Danna: ¿Y tú?
Los tres puntitos aparecieron casi al instante. **Andrés:** Menos mal.
Andrés: Yo tengo diecisiete.
Ella frunció el ceño.
Danna: ¿Menos mal?
Andrés: Pensaba que ibas a decir trece o catorce y me iba a tocar desaparecer de la vergüenza.
Danna soltó una carcajada.

Danna: Tranquilo, no tendrás que huir.
Andrés: Qué alivio.
La conversación continuó durante varios minutos.
Hablaron de cosas sencillas.
De la universidad. De las canciones que no podían dejar de escuchar.
De las series que siempre decían que iban a empezar y nunca veían.
Era extraño.
No había silencios incómodos.
Las respuestas llegaban con naturalidad.
Como si llevaran más tiempo hablando.
Después de casi una hora de conversación, Andrés envió otro mensaje.
Andrés: ¿Puedo hacerte una pregunta?
Danna apoyó la espalda en el cabecero de la cama.
Danna: Depende.
Andrés: ¿Siempre eres tan desconfiada? Ella sonrió.
Tardó unos segundos en responder.
Danna: No.
Danna: Solo cuando un chico aparece en mi vida porque escribió mal un número.
Andrés soltó una risa al otro lado de la pantalla.
Andrés: Touché.
Pasaron unos segundos.
Luego llegó otro mensaje.
Andrés: ¿Sabes una cosa?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Empiezo a pensar que equivocarme de número ha sido la mejor metedura de pata de mi vida.
Danna sintió que una sonrisa aparecía sola.
Movió la cabeza de un lado a otro.
Era imposible.
Solo llevaban dos días hablando.
No podía estar ilusionándose.
¿O sí?
Dejó el móvil sobre la cama y se levantó para ir a por un vaso de agua.

Cuando volvió, la pantalla estaba iluminada.
Había un nuevo mensaje.
Andrés: Por cierto… **Andrés:** ¿Cómo eres?
Danna se quedó inmóvil.
Nunca le había gustado describirse.
Y mucho menos enviar fotos a alguien que apenas conocía.
Miró el mensaje durante unos segundos. Sin responder.

Capítulo 4 Imaginándote

Martes, 15 de julio 20:54
Danna dejó el móvil sobre la cama.
El último mensaje de Andrés seguía allí.
Andrés: Por cierto…
Andrés: ¿Cómo eres?
Suspiró.
No era una pregunta difícil.
Pero tampoco era fácil responderla. Podía enviar una foto y acabar con la intriga.
O describirse.
Aunque eso parecía mucho más divertido.
Después de unos minutos pensando, escribió.
Danna: ¿Tan curioso eres?
La respuesta llegó enseguida.
Andrés: Muchísimo.
Andrés: Llevo tres días hablando contigo y todavía no sé si eres rubia, morena o si llevas el pelo rosa.
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Te confirmo que rosa no.
Andrés: Bueno…ya es un avance. Ella apoyó la cabeza en la almohada.
Danna: Tengo el pelo largo, ondulado y castaño claro.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Vale…
Andrés: Ya puedo imaginarme un poco.

Danna sonrió.
Danna: ¿Y tú?
Andrés tardó algo más en responder.
Andrés: Pelo negro.
Andrés: Corto.
Andrés: Y muy rizado.
Ella levantó una ceja. **Danna:** ¿Muy rizado?
Andrés: Mucho.
Andrés: Mi padre dice que nunca consigo peinarlo.
Danna dejó escapar una carcajada.
Danna: Me lo creo.
Andrés: Oye…
Andrés: Eso ha sonado a que te estás riendo de mí.
Danna: Porque lo estoy haciendo.
Durante unos segundos ninguno se escribió.
Entonces apareció otro mensaje.
Andrés: ¿Y tus ojos? Danna sonrió.
Nunca nadie le había preguntado algo así.
Danna: Marrón claro.
Andrés: Los míos también.
Ella volvió a mirar la pantalla.
Era una tontería.
Pero, por alguna razón, le gustaba descubrir pequeñas cosas que tenían en común.
Andrés: Creo que ya puedo imaginar cómo eres.
Danna mordió ligeramente su labio.
Danna: Seguro que te equivocas.
Andrés: Puede.
Andrés: Aunque la verdad…
Andrés: Prefiero imaginarte antes que ver una foto.
Ella frunció el ceño.
Danna: ¿Por qué?
La respuesta tardó unos segundos.
Andrés: Porque cuando nos conozcamos en persona quiero sorprenderme.
Danna sintió un cosquilleo en el estómago.

Era la primera vez que Andrés hablaba de conocerse.
Y, aunque sabía que todavía faltaba mucho para eso…
No pudo evitar sonreír.
Dejó el móvil sobre la cama. Cinco segundos después volvió a cogerlo.
Solo para releer el último mensaje.
A veces, imaginar a alguien puede ser incluso más bonito que verlo por primera vez.

Capítulo 5 Las conversaciones de madrugada

Miércoles, 16 de julio 22:41
Danna llevaba casi diez minutos mirando el reloj.
No esperaba ningún mensaje.
O, al menos, eso intentaba convencerse.
Había terminado de cenar, recogido su habitación e incluso había intentado empezar una serie nueva.
Pero no conseguía concentrarse.
Cada pocos minutos, sus ojos se desviaban hacia el móvil.
—¿Qué te pasa hoy? —preguntó su tío al verla tan distraída.
—Nada… estoy cansada. Era mentira.
No estaba cansada.
Solo estaba esperando.
Esperando algo que ni siquiera sabía si ocurriría.
Subió a su habitación y cerró la puerta.
Se dejó caer sobre la cama.
Justo entonces…
¡Bzzz!
Una notificación iluminó la pantalla.
Sin poder evitarlo, sonrió.
Andrés: Buenas noches, Danna. Ella respondió casi al instante.
Danna: Buenas noches.
Pasaron unos segundos.

Andrés: ¿Sabes una cosa?
Danna: Depende…
Andrés: Creo que ya se ha convertido en costumbre hablar contigo antes de dormir.
Danna volvió a leer el mensaje.
Una vez.
Y otra.
No sabía que responder.
Porque, si era sincera… A ella le pasaba exactamente lo mismo.
Terminó escribiendo:
Danna: Creo que a mí también.
Al otro lado de la pantalla, Andrés sonrió.
Andrés: Menos mal.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque habría quedado bastante mal si solo me pasara a mí.
Ella soltó una pequeña risa.
Cada conversación con él conseguía sacarle una sonrisa.
Y eso empezaba a asustarla un poco.
Continuaron hablando durante más de una hora. Descubrieron que a los dos les encantaba el chocolate.
Que ninguno soportaba madrugar.
Y que ambos escuchaban música cuando estudiaban.
Había momentos en los que la conversación se detenía unos minutos.
Pero ninguno se despedía.
Siempre aparecía un nuevo tema.
Como si ninguno quisiera que aquella noche terminara.
Cuando el reloj marcó las doce y media, Andrés escribió:
Andrés: Tengo una duda.
Danna: A ver…
Andrés: ¿Siempre sonríes cuando lees mis mensajes? Danna sintió como el corazón le daba un pequeño vuelco.
Miró la pantalla.
Después su reflejo en el espejo.
Y entonces se dio cuenta.

Estaba sonriendo.
Negó con la cabeza, divertida.
Danna: No voy a responder a eso.
Andrés: Entonces interpretaré el silencio como un sí.
Ella dejó escapar una risa.
Danna: Qué pesado eres.
Andrés: Un poco. **Danna:** Bastante.
Andrés: Pero sigues hablando conmigo.
Danna no respondió.
No porque no quisiera.
Sino porque no encontró ninguna excusa que lo desmintiera.
Pasaron unos segundos.
Entonces Andrés envió el último mensaje de la noche.
Andrés: Buenas noches, Danna.
Andrés: Que sueñes bonito.
Ella apoyó el móvil sobre la almohada.
Sonrió.
Y respondió antes de apagar la luz. **Danna:** Buenas noches, Andrés.
Danna: Tú también.
Apagó la pantalla.
Sin darse cuenta, aquella conversación ya se había convertido en la parte favorita de su día.
Hay personas que, sin hacer ruido, terminan formando parte de tu rutina.

Capítulo 6 Una canción para ti

Jueves, 17 de julio 20:56
Andrés: Oye.
Danna sonrió al ver aparecer su nombre en la pantalla.
Danna: ¿Qué?
Pasaron unos segundos.
Los tres puntitos aparecían y desaparecían.
Parecía que Andrés estaba escribiendo... y borrando.
Después de casi un minuto, llegó el mensaje. **Andrés:** Quiero

enseñarte una canción.
Danna levantó una ceja. **Danna:** ¿Es una indirecta?
Andrés tardó unos segundos en contestar.
Andrés: No…
Andrés: Bueno…
Andrés: Quizá un poquito.
Danna no pudo evitar reírse.
Danna: Ahora tengo curiosidad.
Unos instantes después apareció un enlace.
Andrés: Until I Found You – Stephen Sanchez.
Andrés: Escúchala hasta el final.
Danna se colocó los auriculares. Pulsó el botón de reproducir.
La melodía comenzó despacio.
Era tranquila.
De esas canciones que transmitían paz desde los primeros acordes.
Mientras sonaba, Danna dejó el móvil sobre la cama y cerró los ojos.
Escuchó cada palabra con atención.
La letra hablaba de encontrar a la persona indicada cuando ya no la esperabas.
De la felicidad que aparece al conocer a alguien especial.
Cuando terminó, permaneció unos segundos en silencio.
Volvió al principio.
La escuchó una segunda vez. Y después una tercera.
Había una frase que no conseguía quitarse de la cabeza.
Sonrió sin darse cuenta.
Volvió al chat.
Danna: Es preciosa.
Andrés respondió casi al instante.
Andrés: Sabía que te gustaría.
Danna: ¿Cómo estabas tan seguro?
Andrés: No lo sé…
Andrés: Creo que ya empiezo a conocerte un poco.

Danna sintió un pequeño cosquilleo en el estómago. No sabía exactamente cuándo había empezado a importarle tanto lo que Andrés pensaba de ella.

Pero ahí estaba.
Cada vez que sonaba una notificación, esperaba que fuera él.
Danna: Gracias por enseñármela.
Andrés: De nada.
Andrés: La verdad…
Pasaron unos segundos.
Andrés: Llevo toda la tarde pensando si enviártela o no.
Danna sonrió.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque tenía miedo de parecer un cursi. Ella soltó una pequeña carcajada.
Danna: Lo eres un poco. **Andrés:** Lo suponía.
Danna: Pero eso no es malo.
Al otro lado de la pantalla, Andrés no pudo evitar sonreír.
Abrió su lista de reproducción.
Había pasado casi diez minutos buscando la canción perfecta.
Había descartado unas cuantas.
Unas eran demasiado tristes.
Otras demasiado románticas.
Y algunas decían cosas que todavía no se atrevía a sentir.
Cuando encontró aquella, simplemente pensó en Danna. Y supo que era esa.
El móvil volvió a vibrar.
Andrés: Ahora te toca a ti.
Danna arqueó una ceja.
Danna: ¿A mí?
Andrés: Sí.
Andrés: Quiero que me recomiendes una canción.
Ella abrió inmediatamente su aplicación de música.
Empezó a recorrer todas sus listas.
Tenía muchísimas.
Pero ninguna parecía la adecuada.
—¿Cuál le envío...? —murmuró para sí. Pasó una.
Luego otra.
Y otra más.
Hasta que encontró una que escuchaba siempre cuando necesitaba

sonreír.
Copió el enlace.
Danna: Turning Page – Sleeping At Last
Se quedó mirando el botón de enviar.
¿Y si no le gustaba?
Negó con la cabeza.
Era solo una canción.
Respiró hondo. Y pulsó enviar.
Danna: A ver qué te parece.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Ya la estoy escuchando.
Durante casi cuatro minutos no llegó ningún mensaje.
A Danna se le hicieron eternos.
Miraba la pantalla cada pocos segundos.
Hasta que, por fin, el móvil vibró.
Andrés: Creo que acabas de encontrar otra canción que no voy a dejar de escuchar.
Danna sintió cómo una sonrisa aparecía lentamente en su rostro.
No era solo la canción.
Era el hecho de haber compartido algo tan suyo con alguien que, unos días atrás, ni siquiera conocía.
Miró la hora.
Eran casi las once de la noche.
Sabía que debía irse a dormir. Pero tampoco quería despedirse.
Entonces apareció un último mensaje.
Andrés: Gracias por no haberme bloqueado aquel primer día.
Danna miró la pantalla durante unos segundos.
Sonrió.
Y respondió con toda la sinceridad que pudo. **Danna:** Creo que ha sido el mejor error que he cometido.

Capítulo 7 Tu voz

Viernes, 18 de julio 22:14
Danna llevaba casi diez minutos mirando la conversación.

No sabía muy bien por qué.
Simplemente le gustaba releer algunos mensajes.
Sonrió al encontrarse con el enlace de la canción que Andrés le había enviado el día anterior.
Aún seguía sonando de vez en cuando en sus auriculares.
El móvil vibró.
Andrés: Oye.
Danna: ¿Qué pasa? **Andrés:** Llevo un rato pensando una cosa.
Danna: Empiezo a preocuparme cuando dices eso.
Andrés: No es nada malo.
Pasaron unos segundos.
Los tres puntitos aparecieron. Desaparecieron.
Y volvieron a aparecer.
Finalmente llegó el mensaje.
Andrés: Nunca he escuchado tu voz.
Danna sintió un pequeño vuelco en el estómago.
Era verdad.
Llevaban casi una semana hablando todos los días. Y, aun así, no sabía cómo sonaba la voz de Andrés.
Ni él la suya.
Danna: Yo tampoco la tuya.
Andrés: Entonces estamos empatados.
Ella sonrió.
Andrés: ¿Te da vergüenza mandar una nota de voz?
Danna miró el teclado.
Muchísima.
Era extraño.
Podía escribirle durante horas.
Pero grabar un audio le parecía muchísimo más íntimo. **Danna:** Un poco…
Andrés: A mí también.
Danna: Pensaba que solo me pasaba a mí.
Andrés: Me tranquiliza saber que no soy el único.
Durante unos segundos ninguno escribió.
Hasta que apareció una notificación.
Andrés te ha enviado una nota de voz (0:09).

Danna abrió mucho los ojos.
—¿Tan rápido? —murmuró.
Se puso un auricular.
Respiró hondo.

Y pulsó reproducir. —Hola... —se escuchó al otro lado—. No te rías, es la primera vez que mando una nota de voz y estoy bastante nervioso... Bueno... Espero que estés teniendo un buen día.

El audio terminó.
Danna permaneció inmóvil.
No era una voz como la había imaginado.
Era... mejor.
Más cálida.
Más tranquila.
Y tenía una risa que apareció justo antes de despedirse.
Sin darse cuenta, volvió a escuchar el audio.
Después una segunda vez. Y una tercera.
No podía evitar sonreír.
El chat volvió a aparecer en la pantalla.
Andrés: ¿Sigues viva?
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Sí.
Andrés: ¿Tan mal ha ido?
Danna: No. **Danna:** Solo estaba escuchándolo otra vez.
Pasaron unos segundos.
Andrés: ¿Eso es bueno?
Ella apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Miró el teclado. Sonrió.
Y decidió ser completamente sincera.
Danna: Me gusta tu voz.
Durante unos instantes no hubo respuesta.
Solo los tres puntitos.
Después llegó un mensaje.
Andrés: Creo que ese es el mejor cumplido que me han hecho nunca.

Danna notó cómo sus mejillas se calentaban.
Respiró hondo.
Era su turno. Pulsó el botón del micrófono.
Comenzó a hablar.
Pero se equivocó en la primera palabra.
Lo borró.
Grabó otro.
También lo borró.
—¿Por qué es tan difícil? —susurró entre risas.
Lo intentó una tercera vez.
Esta vez llegó hasta el final.
Se quedó mirando el botón de enviar.
Su dedo permanecía inmóvil sobre la pantalla.
Solo tenía que pulsarlo. Pero hacerlo significaba dejar de ser únicamente letras.
Significaba que Andrés escucharía su voz por primera vez.
Cerró los ojos. Y lo envió.

Capítulo 8 Así suenas tú

Sábado, 19 de julio 21:38
Danna dejó el móvil sobre la cama nada más enviar la nota de voz.
Sintió un cosquilleo en el estómago.
No sabía si arrepentirse o sonreír.
Quizá las dos cosas.
—Ya está... —susurró.
No había marcha atrás.
Andrés ya podía escuchar su voz.
Los tres puntitos aparecieron casi al instante. Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Y, de repente…
Nada.
Un minuto.
Dos.
Tres.

Danna empezó a ponerse nerviosa.
—Seguro que ha pensado que tengo una voz horrible…
Volvió a coger el móvil.
Ningún mensaje. Lo dejó otra vez.
Intentó distraerse viendo una serie.
No pudo.
Cinco minutos después, el teléfono vibró.
Su corazón dio un pequeño salto.
Andrés: Perdón.
Danna: ¿Perdón por qué?
Andrés: Porque he escuchado el audio como cinco veces.
Danna sintió cómo una sonrisa aparecía sin permiso.
Danna: ¿Cinco?
Andrés: Igual seis…
Ella soltó una risa. **Danna:** Estás exagerando.
Andrés: No.
Andrés: Me ha gustado mucho escucharte.
Danna bajó la mirada hacia el móvil.
No sabía qué responder.
Nunca nadie le había dicho algo así.
Danna: Gracias…
Andrés: No sonabas como te había imaginado.
Ella arqueó una ceja.
Danna: ¿Eso es bueno o malo?
Pasaron unos segundos. **Andrés:** Muchísimo mejor.
Danna notó cómo el calor le subía a las mejillas.
Se dejó caer sobre la almohada mientras escondía la cara.
No podía dejar de sonreír.
Después de un rato hablando de cualquier cosa, Andrés escribió:
Andrés: Tengo una teoría.
Danna: A ver.
Andrés: Creo que cuando sonríes se te hacen unos hoyitos en las mejillas.
Ella abrió mucho los ojos.
Danna: ¿Cómo puedes saber eso si nunca me has visto?
Andrés: No lo sé. **Andrés:** Me lo imagino.

Danna sonrió automáticamente.
Fue al espejo de su habitación.
Se miró.
Los hoyitos aparecieron.
Volvió al chat riéndose.
Danna: Has acertado.
Andrés: ¿En serio?
Danna: Sí.
Andrés: ¡Sabía que tenía razón!
Ella negó con la cabeza. Era imposible.
¿Cómo había acertado algo así?
La conversación continuó durante casi una hora.
Hablaron de sus familias.
De cómo era el barrio donde vivía cada uno.
De las vacaciones.
Y de los planes que tenían para el resto del verano.
Cada respuesta hacía que pareciera que se conocían desde hacía mucho más tiempo.
Entonces Andrés escribió:
Andrés: Oye…
Danna: Dime.
Andrés: ¿Sabes qué es lo más raro de todo esto?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Que ya no puedo imaginar un día sin hablar contigo.
Danna dejó de escribir.
Miró aquellas palabras durante varios segundos.
Su corazón latía con fuerza.
No era una declaración.
Pero tampoco era un simple mensaje.
Era algo más.
Sonrió.
Y respondió con total sinceridad.
Danna: Creo que a mí me pasa lo mismo. Los dos se quedaron conectados.
Ninguno escribía.
Ninguno se despedía.

Simplemente seguían allí. Como si el silencio también pudiera decir cosas.

Capítulo 9 Algún día

Domingo, 20 de julio 21:27
Danna dejó el móvil sobre el escritorio mientras terminaba de ordenar su habitación.
Desde hacía unos días, aquella se había convertido en su rutina favorita.
Hablar con Andrés.
No importaba si habían pasado cinco minutos o cinco horas.
Siempre terminaban encontrando algo de lo que hablar.
El teléfono vibró.
Una sonrisa apareció automáticamente en su rostro. **Andrés:** Llegas tarde.
Danna soltó una risa.
Danna: Han sido tres minutos.
Andrés: Han sido los tres minutos más largos del día.
Ella negó con la cabeza mientras escribía.
Danna: Qué exagerado eres.
Andrés: Solo un poco.
La conversación continuó entre bromas durante un buen rato.
Hablaron del calor que hacía aquel verano.
De los helados que más les gustaban.

Y de las cosas más vergonzosas que habían hecho cuando eran pequeños.
Danna no recordaba la última vez que se había reído tanto mirando una pantalla.

Después de unos minutos, Andrés escribió:
Andrés: Tengo curiosidad por una cosa.
Danna: Dispara.
Andrés: Si nos hubiéramos conocido en persona…

Andrés: ¿Crees que habríamos sido amigos?
Danna dejó de escribir.
Nunca se había planteado aquella pregunta.
Miró el techo de su habitación unos segundos antes de responder.
Danna: Creo que sí.
Andrés: ¿Solo amigos? Ella sintió cómo el corazón le daba un pequeño vuelco.
Sonrió para sí misma.
Danna: No lo sé.
Danna: Dependería de si me hubieras caído bien.
Andrés: Qué difícil eres.
Danna: Un poquito.
Andrés reaccionó con un emoji riéndose.
Pasaron unos segundos.
Entonces llegó otro mensaje.
Andrés: Yo creo que habría intentado hablar contigo.
Danna: ¿Tan seguro estás?
Andrés: Sí.
Andrés: Aunque seguramente me habría puesto muy nervioso.
Danna sonrió.
Le costaba imaginar a Andrés nervioso.
Siempre parecía tener una respuesta para todo.
Danna: Pues menos mal que te equivocaste de número.
Andrés: Yo también lo pienso.
Durante unos instantes ninguno escribió.
Hasta que Andrés rompió el silencio.
Andrés: ¿Te da miedo conocer gente nueva?
Danna apoyó la barbilla sobre la almohada. Pensó unos segundos antes de responder.
Danna: Un poco.
Danna: Al principio soy bastante tímida.
Andrés: Yo también.
Ella arqueó una ceja.
Danna: No me lo creo.
Andrés: Te lo prometo.
Andrés: Solo que intento disimularlo haciendo bromas.

Danna sonrió.
Cada día descubría una parte nueva de él.
Y cada una le gustaba un poco más que la anterior.
Miró la hora. Eran las once menos cuarto.
Sabía que al día siguiente madrugaba.
Aun así, no quería despedirse.
Fue Andrés quien escribió primero.
Andrés: Oye…
Danna: ¿Sí?
Andrés: Prométeme una cosa.
Danna: Depende.
Andrés: Si algún día nos conocemos en persona…
Andrés: No dejes que el miedo te haga cambiar de idea.

Danna sintió un cosquilleo en el estómago. Aquellas palabras hicieron que, por primera vez, imaginara ese momento.

¿Cómo sería verlo?
¿Lo reconocería enseguida?
¿Sería igual que en su imaginación?
Respiró hondo.
Y respondió.
Danna: Te lo prometo.
Apagó la pantalla del móvil.
Pero aquella noche tardó mucho más de lo normal en quedarse dormida.
Por primera vez, no soñó con un mensaje. Soñó con un encuentro que todavía no tenía fecha.

Capítulo 10 Una foto

Lunes, 21 de julio 22:03
Danna salió de la ducha mientras se secaba el pelo con una toalla.
Como llevaba haciendo los últimos días, lo primero que hizo fue buscar el móvil.

Una notificación.
Una sonrisa.
Andrés.
Andrés: ¿Qué tal el día?
Danna se dejó caer sobre la cama. **Danna:** Bastante bien.
Danna: ¿Y el tuyo?
Andrés: Mejor ahora.
Ella negó con la cabeza mientras sonreía.
Cada día era un poco más cursi.
Y, aunque nunca se lo admitiría…
Le encantaba.
La conversación continuó durante casi una hora.
Hablaron del calor.
De las vacaciones.
De una profesora que Andrés imitó tan bien en una nota de voz que Danna terminó riéndose hasta que le dolió la barriga. Cuando por fin consiguió calmarse, apareció otro mensaje.
Andrés: Oye... **Danna:** Dime.
Los tres puntitos aparecieron.
Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Andrés: ¿Puedo pedirte una cosa?
Danna sintió un pequeño cosquilleo.
Danna: Depende de cuál sea.
Andrés: No te asustes.
Ella sonrió.
Danna: Ya me estás asustando. Pasaron unos segundos.
Y entonces llegó el mensaje.
Andrés: ¿Me mandarías una foto tuya?
Danna se quedó completamente inmóvil.
Era la pregunta que, en el fondo, sabía que acabaría llegando.
Miró el chat durante unos segundos.
Después bloqueó el móvil.
Se levantó.
Fue hasta la cocina.
Bebió un vaso de agua.

Volvió a la habitación.
Y el mensaje seguía allí. Esperándola.
Se sentó frente al espejo.
Observó su reflejo.
Su pelo ondulado caía sobre los hombros todavía un poco húmedo.
—No... —murmuró.
Nunca le había gustado hacerse fotos.
Siempre encontraba algún defecto.
El móvil vibró otra vez.
Andrés: Si no quieres, no pasa nada.
Andrés: No quiero que te sientas incómoda.

Danna sonrió. Era justo esa forma de ser la que hacía que confiara cada vez más en él.

Abrió la cámara.
Se hizo una foto.
La miró.
La borró.
Se hizo otra.
También la borró.
La tercera tampoco le convenció.
Después de casi diez minutos, consiguió una en la que, por primera vez, pensó:
"Bueno... no está tan mal." Respiró hondo.
La adjuntó al chat.
Su dedo permanecía inmóvil sobre el botón de enviar.
Sabía que, después de aquel momento, Andrés dejaría de imaginar cómo era.
La conocería de verdad.
Cerró los ojos.
Y pulsó Enviar.
Durante unos segundos no pasó nada.
Hasta que apareció el aviso.
Andrés está escribiendo…
El corazón de Danna latía tan deprisa que estaba segura de que

podía escucharlo.
Entonces llegó el mensaje.
Andrés: …
Después otro.
Andrés: Creo que eres incluso más guapa de lo que había imaginado.
Danna sintió que las mejillas le ardían.
Escondió la cara entre las manos mientras una sonrisa aparecía sin pedir permiso.
No sabía cómo responder.
Jamás le habían dicho algo así.
Después de unos segundos escribió.
Danna: Estás exagerando. La respuesta de Andrés fue inmediata.
Andrés: No.
Andrés: Solo estoy siendo sincero.
Danna leyó aquellas palabras una y otra vez.
Entonces, una nueva notificación apareció en la pantalla.
Andrés te ha enviado una foto.
Su corazón volvió a acelerarse.
Sonrió.
Y, con un dedo tembloroso… Pulsó sobre la imagen.

Capítulo 11 Al fin tú

Martes, 22 de julio 21:41
Danna respiró hondo.
Su dedo permanecía inmóvil sobre la pantalla.
Solo tenía que pulsar la fotografía.
Pero, por alguna razón, estaba nerviosa.
Muy nerviosa.
Era extraño.
Llevaba más de una semana hablando con Andrés.
Conocía su forma de pensar. Su sentido del humor.
Su voz.
Las canciones que escuchaba.

Incluso la manera en la que escribía cuando estaba cansado.
Y, sin embargo…
Todavía no conocía su rostro.
Cerró los ojos un segundo.
Después abrió la fotografía.
Su corazón se aceleró.
La imagen tardó apenas un instante en cargarse.
Allí estaba.

Un chico de piel clara, con el pelo negro, corto y rizado. Llevaba una camiseta blanca y una ligera sonrisa que parecía completamente natural.

Sus ojos, marrón claro, miraban directamente a la cámara.
No estaba posando.
Parecía una fotografía hecha sin pensar demasiado.
Y quizá por eso le gustó tanto.
Danna sonrió sin darse cuenta.
—Así que este eres tú…
Volvió a mirar la foto.
Después una segunda vez.
Y una tercera.

No porque fuera el chico más guapo que hubiera visto nunca. Sino porque, por fin, la persona que llevaba días imaginando tenía un rostro.

El móvil vibró.
Andrés: ¿Ya la has visto?
Danna tardó unos segundos en responder.
Danna: Sí.
Al otro lado de la pantalla, Andrés sostenía el móvil con las manos sudadas.
Llevaba varios minutos caminando de un lado a otro de su habitación.
No recordaba la última vez que algo le hubiera puesto tan nervioso.

El teléfono vibró.
Leyó la respuesta. Esperó otra.
Pero no llegaba.
Andrés: Di algo…
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: ¿Estás nervioso?
Andrés: Muchísimo.
Ella mordió suavemente su labio inferior.
Sabía exactamente cómo se sentía.
Danna: Pues deja de estarlo.
Andrés: Eso intento.
Pasaron unos segundos. Finalmente, Danna escribió.
Danna: Me gustó conocerte.
Andrés frunció el ceño.
Andrés: ¿Solo eso?
Ella sonrió.
Sabía perfectamente que estaba buscando un cumplido.
Danna: ¿Qué quieres que te diga?
Andrés: La verdad.
Danna volvió a abrir la fotografía.
Se fijó en sus ojos.
En esa sonrisa tranquila.
En el pelo rizado que ya se imaginaba desde hacía días. Y decidió escribir exactamente lo que pensaba.
Danna: Me gusta que sonrías de verdad.
Andrés leyó el mensaje dos veces.
Después tres.
No era el típico "eres guapo".
Y, sin embargo…
Era el cumplido más bonito que le habían hecho nunca.
Andrés: Gracias.
Danna: De nada.
Pasaron unos segundos.
Entonces Andrés escribió: **Andrés:** Ahora ya sabes cómo soy.
Danna: Sí.
Andrés: ¿Y sabes qué?

Danna: ¿Qué?
Andrés: Me alegro de que la primera persona que recibió aquel mensaje por error fueras tú.
Danna sintió un cosquilleo en el pecho.
Miró la fotografía una vez más.
Y, sin poder evitarlo, sonrió.
Quizá…
Solo quizá… El destino se había equivocado de número a propósito.

Capítulo 12 ¿Y si nunca hubiera contestado?

Miércoles, 23 de julio 22:08
Danna volvió a mirar la foto de Andrés antes de bloquear el móvil.
No sabía cuántas veces la había abierto desde la noche anterior.
Demasiadas.
Y lo peor era que sonreía cada vez que la veía.
—Estoy fatal... —murmuró entre risas.
Justo entonces el móvil vibró.
Andrés: Buenos días.
Danna miró la hora. Eran las diez y media de la mañana.
Danna: Buenos días.
Andrés: ¿Qué haces?
Danna: Intentando convencer a mi madre de que hoy no me obligue a ordenar mi habitación.
Andrés: Mucha suerte.
Danna: La voy a necesitar.
Durante el resto del día hablaron a ratos.
Cuando uno estaba ocupado, el otro esperaba.
Y cuando el otro contestaba, parecía que el tiempo volvía a ponerse en marcha.
Era extraño. Hacía apenas unos días eran dos completos desconocidos.
Ahora era raro pasar varias horas sin saber nada del otro.

Aquella noche, después de cenar, Andrés volvió a escribir.
Andrés: Oye.
Danna: Dime.
Pasaron unos segundos.
Andrés: ¿Puedo hacerte una pregunta un poco rara?
Ella sonrió. **Danna:** Las preguntas raras suelen ser las mejores.
Andrés tardó unos instantes en responder.
Andrés: ¿Qué habrías hecho si aquel primer día me hubieras bloqueado?
Danna se quedó mirando la pantalla. Nunca se lo había planteado.
Apoyó la cabeza sobre la almohada mientras pensaba la respuesta.
Finalmente escribió.
Danna: Supongo que ahora mismo no estaríamos hablando.
Andrés: Ya…
Andrés: Pero me refiero a ti.
Andrés: ¿Crees que habría cambiado algo?
Danna guardó silencio unos segundos.
Después respondió con sinceridad.
Danna: No.
Danna: Porque no sabía que existías. Pasó casi un minuto sin que llegara ningún mensaje.
Hasta que la pantalla volvió a iluminarse.
Andrés: Pues yo creo que sí habría cambiado algo.
Danna: ¿El qué?
Andrés: Que me habría perdido conocer a una persona increíble.
Danna sintió que el corazón se aceleraba.
Leyó el mensaje una segunda vez.
Y una tercera.
No sabía qué decir.
No estaba acostumbrada a que alguien hablara así de ella.
Respiró hondo. **Danna:** No creo que sea para tanto.
Andrés: Pues yo sí.
Los dos permanecieron unos minutos en silencio.
Ninguno quería romper aquel momento.
Entonces Danna escribió.
Danna: ¿Y tú?

Andrés: ¿Yo qué?
Danna: ¿Qué habría pasado si hubieras apuntado bien el número de Sofía?
Andrés tardó más de lo normal en contestar.
Danna empezó a ponerse nerviosa.
Hasta que apareció el mensaje. **Andrés:** Seguramente habría hablado un rato con ella…
Andrés: Pero nunca habría conocido a alguien como tú.
Danna sintió un calor extraño en el pecho.
No sabía si aquello significaba algo.
O si simplemente Andrés estaba siendo amable.
Pero una cosa tenía clara.
Ya no podía imaginar cómo era su vida antes de aquel mensaje.
Miró la hora.
Eran las once y cuarto.
Sabía que debía dormir.
Sin embargo, antes de despedirse escribió una última frase. **Danna:** Creo que me alegro de que te equivocaras de número.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Yo no creo…
Andrés: Estoy completamente seguro.
Danna apagó la pantalla.

Y, por primera vez desde que todo había empezado, se quedó pensando en una posibilidad que nunca antes había considerado.

Quizá aquel error no había sido un accidente. Quizá había llegado para cambiar sus vidas.

Capítulo 13 ¿Y si nos conocemos?

Jueves, 24 de julio 21:19
Danna llevaba toda la tarde esperando aquel mensaje.
No porque Andrés tardara en responder.
Sino porque se había acostumbrado a que, tarde o temprano,

siempre aparecía.
Y, como casi todos los días…
El móvil vibró.
Andrés: Hola, pesada.
Danna soltó una risa.
Danna: Hola, pesado. **Andrés:** ¿Qué haces?
Danna: Aburrirme.
Andrés: Perfecto.
Danna: ¿Perfecto?
Andrés: Así puedes aburrirte hablando conmigo.
Ella negó con la cabeza mientras sonreía.
Cada vez le resultaba más fácil imaginar el tono con el que Andrés decía cada frase.
Después de un rato hablando de cualquier cosa, Andrés dejó de responder durante unos minutos.
Los tres puntitos aparecieron.
Desaparecieron. Volvieron a aparecer.
Danna arqueó una ceja.
Danna: ¿Qué estás escribiendo tanto?
Pasó casi un minuto.
Hasta que llegó el mensaje.
Andrés: Llevo cinco minutos intentando decirte una cosa.
El corazón de Danna empezó a latir un poco más deprisa.
Danna: Pues dilo.
Andrés: Promete que no te vas a reír.
Ella sonrió.
Danna: Lo prometo.
Andrés tardó unos segundos más. Finalmente escribió.
Andrés: ¿Y si nos conocemos?
Danna dejó de respirar por un instante.
Sabía que ese momento iba a llegar.
Pero no esperaba que fuera tan pronto.
Miró la pantalla.
Volvió a leer el mensaje.
Una.
Dos.

Tres veces.
No era miedo. Era nervios.
Muchísimos nervios.
Andrés: Si no quieres, de verdad que no pasa nada.
Andrés: Podemos seguir hablando como hasta ahora.
Danna apoyó el móvil sobre las piernas.
Miró por la ventana de su habitación.
Intentó imaginar cómo sería verle por primera vez.
¿Cómo sería saludarle?
¿Y si en persona no era igual?
¿Y si todo cambiaba?
Volvió al chat.
Respiró hondo. Y escribió.
Danna: Sí quiero.
El mensaje apareció en la pantalla.
Andrés respondió enseguida.
Andrés: ¿De verdad?
Danna: Sí.
Andrés: Pensaba que ibas a decir que no. Ella sonrió.
Danna: Yo también pensaba que iba a decir que no.
Los dos se quedaron varios segundos sin escribir.
Hasta que Andrés volvió a romper el silencio.
Andrés: Entonces… **Andrés:** ¿Este sábado?
Danna miró el calendario.
Faltaban dos días.
Sintió un vuelco en el estómago.
Estaba a punto de responder cuando la voz de su tío sonó desde el pasillo.
—¡Danna! ¿Puedes venir un momento?
—¡Ya voy!
Dejó el móvil sobre la cama.
Solo serían unos minutos.

O eso pensó. Cuando volvió a su habitación casi media hora después, encontró varios mensajes.

Andrés: ¿Sigues ahí?
Andrés: Creo que te he asustado…
Andrés: Perdón, igual he ido demasiado deprisa.
Danna sintió un pinchazo en el pecho.
Rápidamente escribió.
Danna: Perdón.
Danna: Mi tío me llamó y dejé el móvil.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Menudo susto me has dado.
Ella sonrió. Miró de nuevo el mensaje anterior.
¿Este sábado?
Colocó los dedos sobre el teclado.
Respiró hondo. Y empezó a escribir su respuesta.

Capítulo 14 ¿Y si algún día...?

Viernes, 25 de julio 21:18
Danna no dejaba de mirar la conversación de la noche anterior.
Había releído el último mensaje de Andrés al menos diez veces.
"¿Y si algún día nos conocemos?"
Solo eran seis palabras.
Pero habían conseguido ponerle el corazón del revés.
El móvil vibró.
No necesitó mirar la pantalla para saber quién era. **Andrés:** Buenos días.
Danna sonrió.
Danna: Buenos días.
Andrés: ¿Has dormido bien?
Ella tardó unos segundos en responder.
Danna: Más o menos.
Andrés: ¿Por mi culpa?
Danna dejó escapar una pequeña risa.
Danna: Un poco.
Pasaron unos segundos.
Andrés: Perdón… Ella frunció el ceño.

Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque creo que fui demasiado rápido ayer.
Danna apoyó el móvil sobre la almohada.
No era eso.
No le había dado miedo la idea de conocerlo.
Lo que le daba miedo era que, al verse en persona, todo cambiara.
Volvió al chat.
Danna: No fue por eso.
Andrés: ¿Entonces?
Respiró hondo antes de escribir. **Danna:** Me da miedo que en persona no sea igual.
Andrés leyó el mensaje varias veces.
Después respondió.
Andrés: A mí también.
Andrés: Pensé que solo me pasaba a mí.
Danna sonrió.
Era curioso.
Siempre que uno confesaba un miedo, el otro terminaba sintiendo exactamente lo mismo.
Danna: ¿Y si nos decepcionamos?
Los tres puntitos aparecieron casi enseguida.
Andrés: Pues entonces nos reiremos de lo raro que ha sido todo.
Ella soltó una carcajada.
Danna: Eres idiota.
Andrés: Un poco.
Danna: Bastante.
Andrés: Pero te hago reír.
Danna no respondió.
Porque tenía razón.
Y eso era precisamente lo que más miedo le daba.
Pasó un rato hablando de cualquier cosa.
De una película que Andrés había visto.
Del calor insoportable que hacía aquel verano. De lo mucho que ambos odiaban madrugar.
Hasta que Andrés volvió al tema.
Andrés: Oye…

Danna: Dime.
Andrés: No hace falta que nos conozcamos todavía.
Ella levantó la vista de la pantalla.
Andrés: Podemos esperar.
Andrés: Quiero que los dos estemos seguros.
Danna sintió un nudo en el estómago.
Nunca había conocido a alguien que respetara tanto sus tiempos.
Sonrió. Y escribió.
Danna: Gracias.
Andrés: ¿Por qué?
Danna: Porque no me estás obligando.
Andrés: Nunca lo haría.
Andrés: Prefiero esperar un mes…
Andrés: Que hacer que tengas miedo.
Danna volvió a leer aquel mensaje.
Había algo en Andrés que la hacía sentirse tranquila.
Como si, por primera vez en mucho tiempo, no tuviera que fingir ser alguien que no era.
Miró la hora. Las diez y media.
Su tío abrió la puerta de la habitación.
—Danna, ya va siendo hora de dejar el móvil.
—Cinco minutos más.
—Solo cinco.
Cuando su tío salió, Danna volvió al chat.
Danna: Creo que algún día sí me gustaría conocerte.
Pasaron unos segundos.
Andrés: ¿De verdad?
Danna: Sí.
Danna: Pero quiero que ese día llegue cuando ninguno de los dos tenga miedo.
Andrés sonrió al otro lado de la pantalla.
Andrés: Trato hecho.
Danna dejó el móvil sobre la mesilla.
Aquella noche entendió algo.
No tenía prisa.

Porque, por primera vez, sentía que alguien estaba dispuesto a esperar por ella.

Capítulo 15 La primera llamada

Sábado, 26 de julio 22:31 Danna terminó de recoger la cocina y subió a su habitación.

Lo primero que hizo, como cada noche, fue coger el móvil.
Una sonrisa apareció al instante.
Había un mensaje de Andrés.
Andrés: Pensaba que hoy te habías olvidado de mí.
Danna sonrió mientras se dejaba caer sobre la cama.
Danna: Jamás.

Andrés: Menos mal. **Danna:** Mi madre me ha tenido toda la tarde ayudando en casa.

Andrés: Entonces la perdono.
Ella soltó una pequeña risa.
Llevaban varios días hablando y cada conversación parecía más fácil que la anterior.
Ya no pensaba demasiado lo que iba a escribir.
Simplemente... hablaba.
Después de unos minutos, Andrés dejó de responder.
Los tres puntitos aparecieron y desaparecieron varias veces.
Danna arqueó una ceja.
Danna: ¿Qué pasa?
Pasó casi un minuto. **Andrés:** Quiero preguntarte una cosa.
Danna: Pregunta.
Andrés: Pero prométeme que, si no quieres, me lo dirás.
Danna sintió un pequeño cosquilleo en el estómago.
Danna: Lo prometo.
Andrés respiró hondo antes de escribir.
Andrés: ¿Te apetecería que habláramos por teléfono?

Danna se quedó completamente inmóvil.
Leyó el mensaje dos veces.
Después una tercera.
Hasta ese momento todo había sido a través de mensajes y alguna nota de voz.
Una llamada era diferente.
Era más real.
Más cercana.
Y, precisamente por eso, daba más miedo.
Danna: Me da un poco de vergüenza…
Andrés respondió enseguida.
Andrés: A mí también.
Andrés: Muchísima.
Ella sonrió.
Danna: Pensaba que solo me pasaba a mí.
Andrés: Creo que los dos somos más tímidos de lo que aparentamos.
Danna apoyó la cabeza en la almohada.
Miró el techo de su habitación.
Quizá ya era el momento.
Respiró hondo.
Y escribió.
Danna: Vale.
Danna: Pero si hay un silencio incómodo, la culpa será tuya.
Andrés reaccionó con un emoji riéndose.
Andrés: Trato hecho.
Apenas unos segundos después, el móvil empezó a sonar.

Llamada entrante… Danna sintió que el corazón le latía tan fuerte que parecía querer salirse del pecho.

Miró la pantalla.
Su dedo se quedó suspendido sobre el botón de responder.
—Vamos, Danna... —se dijo en voz baja.
Cerró los ojos.
Y aceptó la llamada.

—¿Hola...? —dijo casi en un susurro.
Al otro lado hubo unos segundos de silencio.
Hasta que escuchó una pequeña risa.
—Hola…
Era Andrés. Su voz sonaba exactamente igual que en las notas de voz.
Pero había algo diferente.
Ahora estaba escuchándolo en ese mismo instante.
—Qué raro se hace esto... —dijo él entre risas.
Danna sonrió.
—Sí…
—Pensaba que ibas a colgar.
—Yo pensaba que ibas a quedarte callado.
Los dos rieron al mismo tiempo.
Y, de repente, todos los nervios desaparecieron.
Hablaron durante casi una hora.
De música. De las vacaciones.
De sus amigos.
Incluso de las manías más extrañas que tenían.
Cuando colgaron, ya era casi medianoche.
Danna dejó el móvil sobre la mesilla.
Miró el techo.
Y sonrió.
Había hablado con Andrés durante una hora.
Y sentía que aún les habían quedado mil cosas por decir.
Justo antes de quedarse dormida, el móvil vibró una última vez.
Andrés: Buenas noches. **Andrés:** Me ha gustado mucho escucharte hoy.
Danna sonrió antes de responder.
Danna: A mí también. **Danna:** Buenas noches, pesado.

Capítulo 16 Después de la llamada

Domingo, 27 de julio 18:47
Danna se despertó con una sonrisa.

No recordaba la última vez que se había dormido pensando en alguien.
Se quedó unos segundos mirando el techo de su habitación.
Entonces recordó la llamada de la noche anterior.
Las risas.
Los silencios.
La forma en la que Andrés decía su nombre. Sin darse cuenta, volvió a sonreír.
Cogió el móvil.
No había ningún mensaje.
—Qué raro... —murmuró.
Justo cuando iba a dejar el teléfono sobre la mesilla, la pantalla se iluminó.
Andrés: Buenos días, dormilona.
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Buenos días.
Andrés: Ya era hora de que despertaras.
Danna: Llevo despierta diez minutos.
Andrés: Entonces llevo diez minutos esperando tu mensaje. Ella negó con la cabeza mientras sonreía. **Danna:** Dramático.
Andrés: Bastante.
La conversación continuó durante toda la mañana.
Hablaban un rato.
Después cada uno hacía sus cosas.
Y, sin darse cuenta, siempre terminaban volviendo al chat.
Como si ninguno quisiera que la conversación acabara del todo.
Después de comer, Andrés volvió a escribir.
Andrés: Tengo una duda.
Danna: A ver…
Andrés: ¿Siempre te ríes tanto? Ella frunció el ceño.
Danna: ¿Por qué lo preguntas?
Andrés: Porque ayer, en la llamada, te reíste un montón.
Danna sintió un poco de vergüenza.
Danna: Qué vergüenza…
Andrés: ¿Por qué?
Danna: Seguro que pensaste que me río raro.

Andrés respondió enseguida.
Andrés: Todo lo contrario.
Andrés: Me gustó mucho escucharte reír.
Danna notó cómo sus mejillas empezaban a calentarse. No sabía cómo podía decir esas cosas con tanta naturalidad.
Danna: Tú también te reías.
Andrés: Pero tú más.
Danna: Porque tú decías tonterías.
Andrés: Mi misión en la vida es hacerte reír.
Ella leyó aquel mensaje dos veces.
Y aunque quiso responder con una broma…
No le salió.
Porque, en el fondo, sabía que era verdad.
Aquella tarde, mientras ayudaba a su tío a doblar la ropa, el móvil volvió a vibrar.
Andrés: Oye. **Danna:** ¿Sí?
Andrés: ¿Puedo preguntarte una cosa?
Danna: Claro.
Andrés: ¿Crees que hablamos demasiado?
Danna dejó de doblar una camiseta.
Miró el mensaje unos segundos.
Nunca se lo había planteado.
Danna: ¿Tú qué crees?
Pasó casi un minuto.
Andrés: Creo que sí.
Danna sintió un pequeño nudo en el estómago.
Antes de que pudiera responder, llegó otro mensaje. **Andrés:** Pero no quiero hablar menos.
Ella soltó una carcajada.
Danna: Me habías asustado.
Andrés: Lo siento.
Andrés: Es que me he dado cuenta de una cosa.
Danna: ¿Cuál?
Andrés: Si pasan muchas horas sin hablar contigo…
Te echo de menos.
Danna se quedó inmóvil.

Era la primera vez que Andrés utilizaba esas palabras.
No eran un "te quiero". Ni un "me gustas".
Pero significaban mucho.
Respiró hondo.
Y decidió contestar con la misma sinceridad.
Danna: A mí también me pasa.
Durante unos segundos ninguno escribió.
No hacía falta.
Los dos sonreían al otro lado de la pantalla.
Esa noche, antes de dormir, Danna abrió por curiosidad la conversación desde el principio.
Leyó el primer mensaje.
"¿Has llegado bien a casa?" Se quedó unos segundos observándolo.
Quién iba a decir que un error tan pequeño acabaría convirtiéndose en la parte favorita de todos sus días.
Sonrió.
Bloqueó el móvil. Y se durmió pensando que, quizá, algunas casualidades llegan para quedarse.

Capítulo 17 Lo que nunca te conté

Lunes, 28 de julio 21:52
El móvil de Danna vibró justo cuando terminaba de leer un libro que llevaba semanas sobre su escritorio.
Sonrió antes incluso de mirar la pantalla.
Sabía quién era.
Andrés: ¿Estás ocupada?
Danna: Acabo de terminar de estudiar.
Andrés: Entonces he llegado en el momento perfecto.
Danna dejó el libro sobre la mesilla.
Danna: ¿Y tú qué haces? **Andrés:** Aburrirme.
Danna: Qué raro.
Andrés: Ya empezamos…
Ella soltó una risa.
Cada vez le resultaba más fácil imaginar la expresión de Andrés

cuando escribía ciertas cosas.
Como si ya pudiera verlo poniendo los ojos en blanco o riéndose al otro lado de la pantalla.
Después de un rato hablando, Andrés envió un mensaje diferente.
Andrés: ¿Puedo hacerte una pregunta un poco personal?
Danna se quedó mirando la pantalla.
No sintió miedo. Solo curiosidad.
Danna: Depende.
Andrés: ¿Alguna vez te has enamorado?
El corazón de Danna dio un pequeño vuelco.
Era la primera vez que hablaban de algo así.
Apoyó la espalda en el cabecero de la cama.
Pensó unos segundos.
Y decidió responder con la verdad.
Danna: No.
Danna: Me han gustado personas…
Danna: Pero enamorarme... creo que no.
Pasaron unos segundos. **Andrés:** A mí tampoco.
Ella sonrió.
Danna: ¿Nunca?
Andrés: Nunca.
Andrés: Supongo que siempre esperaba sentir algo diferente.
Danna leyó aquella frase dos veces.
No sabía por qué.
Pero le hizo pensar.
La conversación quedó en silencio durante unos minutos.
Ninguno parecía saber muy bien cómo continuar.
Hasta que Danna decidió cambiar un poco el tema. **Danna:** ¿Cuál es tu mayor miedo?
Andrés tardó bastante más de lo habitual en responder. Los tres puntitos aparecían y desaparecían.
Como si estuviera pensando cada palabra.
Finalmente llegó el mensaje.
Andrés: Perder a las personas que quiero.
Danna tragó saliva.
No esperaba una respuesta tan sincera.

Danna: El mío es decepcionar a la gente.
Pasó un minuto.
Después otro.
Finalmente, Andrés escribió. **Andrés:** No creo que puedas decepcionar a alguien siendo tú.
Danna sintió un nudo en la garganta.
Nunca nadie le había dicho algo parecido.
No respondió enseguida.
Simplemente sonrió.
Después hablaron de cosas más ligeras.
De los dibujos animados que veían cuando eran pequeños.
De las chucherías que compraban al salir del colegio.
Y de las veces que ambos habían fingido estar enfermos para no ir a clase.
Las risas volvieron a llenar la conversación.
Como siempre. Antes de despedirse, Andrés escribió un último mensaje.
Andrés: Gracias.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque siento que contigo puedo hablar de cualquier cosa.
Danna apoyó el móvil sobre el pecho.
Miró al techo.
Y escribió despacio.
Danna: Creo que a mí me pasa lo mismo.
Andrés reaccionó con un corazón al mensaje.
No escribió nada más.

No hacía falta. Aquella noche, los dos se quedaron dormidos con la misma sensación.

Ya no eran dos personas que hablaban por un error.
Eran dos personas que empezaban a convertirse en un lugar seguro para el otro.

Capítulo 18 Un nombre inesperado

Martes, 29 de julio 20:43
Danna terminó de cenar más rápido de lo habitual.
Subió las escaleras casi corriendo y cerró la puerta de su habitación.
Como cada noche, cogió el móvil.
No había ningún mensaje.
Frunció ligeramente el ceño.
Era raro.
Andrés siempre le escribía antes de las nueve.
Dejó el teléfono sobre el escritorio. Cinco minutos después volvió a cogerlo.
Nada.
—Qué pesada estoy... —murmuró.
Intentó distraerse viendo unos vídeos.
Leyó un par de páginas de un libro.
Incluso bajó a ayudar a su tío a recoger la cocina.
Pero, cada pocos minutos, terminaba mirando la pantalla.
A las nueve y cuarto, el móvil vibró.
Su corazón dio un pequeño salto.
Andrés: Perdón por contestar tan tarde.
Danna respiró tranquila. **Danna:** Pensaba que te había pasado algo.
Andrés: No, tranquila.
Andrés: Es que he salido un rato.
Danna: Ah.
Pasaron unos segundos.
Andrés: Me he encontrado con unos amigos.
Ella sonrió.
Le alegraba que hubiera pasado la tarde con ellos.
Hasta que llegó el siguiente mensaje.
Andrés: Y también estaba Sofía.
Danna dejó de sonreír.
Miró aquellas dos palabras durante unos segundos. Sofía.
La chica del número correcto.
La chica a la que Andrés había querido escribir aquel primer día.
No sabía por qué.
Pero sintió un pequeño pinchazo en el pecho.
Intentó convencerse de que era una tontería.

Después de todo…
Andrés podía hablar con quien quisiera.
Aun así, tardó más de lo normal en responder.
Danna: Qué bien.
Andrés leyó el mensaje. Algo le dijo que aquella respuesta era diferente.
Más corta.
Más fría.
Andrés: ¿Pasa algo?
Danna negó con la cabeza, aunque sabía que él no podía verla.
Danna: No.
Andrés: ¿Seguro?
Ella respiró hondo.
No quería discutir.
Ni mucho menos parecer celosa.
Porque no tenía ningún derecho a estarlo.
Danna: Sí, tranquilo. Pasó casi un minuto.
Entonces Andrés escribió.
Andrés: Solo hemos coincidido un rato.
Andrés: Ni siquiera hemos hablado mucho.
Danna frunció el ceño.
Ella no le había preguntado nada.
¿Cómo había sabido lo que estaba pensando?
Danna: No hace falta que me lo expliques.
Andrés: Lo sé.
Andrés: Pero quería hacerlo.
Danna apoyó el móvil sobre las piernas. No sabía qué responder.
Una parte de ella quería cambiar de tema.
La otra quería hacer mil preguntas.
Finalmente escribió.
Danna: Me alegro de que hayas pasado una buena tarde.
Andrés tardó unos segundos en contestar.
Andrés: Ha estado bien…
Andrés: Pero tenía ganas de llegar a casa para hablar contigo.
Danna sintió cómo aquel pequeño nudo en el pecho empezaba a desaparecer.

Sonrió sin darse cuenta.
Danna: Qué cursi eres. **Andrés:** Un poco.
Danna: Bastante.
Andrés: Pero sigues aquí.
Ella soltó una pequeña risa.
Danna: Sí.
Andrés: ¿Sabes una cosa?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Creo que ya no imagino mis noches sin hablar contigo.
Danna leyó el mensaje dos veces.
Después apagó la pantalla durante unos segundos.

No porque quisiera dejar la conversación. Sino porque necesitaba esconder la sonrisa que acababa de aparecer en su cara.

Volvió al chat.
Y escribió. **Danna:** Yo tampoco.

Capítulo 19 La historia de Sofía

Miércoles, 30 de julio 21:16
Danna llevaba toda la tarde intentando no pensar en la conversación de la noche anterior.
Pero era imposible.
Cada vez que cogía el móvil, recordaba el nombre de Sofía.
No porque desconfiara de Andrés.
Sino porque, por primera vez, había sentido algo parecido a los celos.
Y eso la asustaba.
El móvil vibró. **Andrés:** ¿Cómo va tu día?
Danna sonrió.
Danna: Bastante bien.
Andrés: Me alegro.
Hubo unos segundos de silencio. Después apareció otro mensaje.
Andrés: Oye…

Danna: Dime.
Andrés: Ayer noté que te cambió el humor cuando mencioné a Sofía.
Danna se quedó mirando la pantalla.
Sabía que no podía mentirle.
No después de todo lo que habían compartido. Respiró hondo.
Danna: Un poco…
Danna: Pero no fue culpa tuya.
Andrés tardó unos segundos en responder.
Andrés: ¿Puedo explicarte quién es de verdad?
Danna sintió curiosidad.
Danna: Claro.
Andrés: La conocí hace unas semanas.
Andrés: Coincidimos en el cumpleaños de un amigo.
Andrés: Hablamos un rato.
Andrés: Me cayó bien. **Andrés:** Antes de irnos le pedí el número.
Danna leyó cada mensaje con atención.
Andrés: Esa misma noche quise escribirle…
Andrés: Y ya sabes el resto.
Ella sonrió sin darse cuenta.
Aquel error había cambiado demasiadas cosas.
Andrés: La volví a ver ayer.
Andrés: Hablamos cinco minutos.
Andrés: Y me di cuenta de algo.
Danna sintió un pequeño cosquilleo.
Danna: ¿Qué?

Pasaron unos segundos. **Andrés:** Que si aquella noche hubiera apuntado bien su número…

Nunca te habría conocido.
Danna bajó la mirada.
No esperaba aquella respuesta.
Danna: ¿Y te arrepientes?
La respuesta llegó casi al instante.
Andrés: Ni un segundo.

El corazón de Danna empezó a latir con fuerza.
Andrés: Si pudiera volver atrás…
Andrés: Volvería a equivocarme.

Danna sintió cómo una sonrisa aparecía poco a poco. Nunca imaginó que unas palabras escritas pudieran hacerla sentir tanto.

Danna: Menos mal…
Andrés: ¿Menos mal qué?
Danna: Que escribes fatal los números.
Andrés reaccionó con un emoji riéndose.
Andrés: Es probablemente el error más importante que he cometido.
La conversación continuó durante un rato.
Hablaron de cualquier cosa.
Como siempre.
Pero aquella noche había algo diferente. Danna ya no pensaba en Sofía.
Pensaba en la tranquilidad que le había dado Andrés al contarle la verdad sin que ella se la pidiera.
Antes de despedirse, Andrés escribió un último mensaje.
Andrés: Gracias por confiar en mí.
Danna respondió sin pensarlo.
Danna: Gracias por darme motivos para hacerlo.
Los dos dejaron el móvil sobre la mesilla casi al mismo tiempo.
Y, aunque ninguno lo dijo…
Los dos sabían que, poco a poco, aquello estaba dejando de ser una simple amistad.

Capítulo 20 Ya eres parte de mi día

Jueves, 31 de julio 19:54
Danna salió de la biblioteca con una mochila llena de apuntes y la cabeza completamente agotada.
Había pasado casi toda la tarde estudiando.

Miró el móvil.
Ninguna notificación.
Guardó el teléfono en el bolsillo y comenzó a caminar hacia casa.
Cinco pasos después volvió a sacarlo.

Nada. —Estoy perdiendo la cabeza... —murmuró entre risas.

En cuanto llegó a casa, dejó la mochila en el suelo y fue directa a su habitación.
Todavía nada.
Justo cuando iba a ponerse el pijama, el móvil vibró.
Una sonrisa apareció en su cara antes incluso de leer el mensaje.
Andrés: Perdón por tardar.
Danna: ¿Sabes la cantidad de veces que he mirado el móvil?
Andrés: Déjame adivinar…
Andrés: ¿Cincuenta?
Danna rió.
Danna: Más.
Andrés: Entonces tengo que pedirte perdón dos veces.
Danna: Puede ser.
Andrés: Hoy he ayudado a mi padre en la tienda y hemos terminado mucho más tarde de lo normal.
Ella sonrió.
Cada vez le gustaba más que Andrés le contara esas pequeñas cosas de su día.
Sentía que, aunque estuvieran lejos, formaba parte de él.
Después de un rato hablando, Andrés escribió:
Andrés: ¿Sabes qué he pensado hoy?
Danna: A ver…
Andrés: Que ya formas parte de mi rutina.
Danna sintió un pequeño vuelco en el pecho. Leyó el mensaje una segunda vez.
Danna: ¿Rutina?
Andrés: Sí. **Andrés:** Cuando me pasa algo, lo primero que pienso es en contártelo.
Danna apoyó el móvil sobre las piernas.

No sabía cómo responder.
Porque a ella le ocurría exactamente lo mismo.
Danna: Creo que a mí también me pasa.
Andrés tardó unos segundos.
Andrés: Entonces ya somos dos.

La conversación siguió entre bromas. Hablaron de cómo sería tener que explicarles a sus amigos que se habían conocido por un número equivocado.

Danna: No me creerían.
Andrés: A mí tampoco.
Danna: Pensarían que me lo estoy inventando.
Andrés: Pues es la mejor historia que tenemos.
Danna sonrió.
Danna: Eso sí.
Pasaron unos minutos.
Después Andrés envió una foto.
No era una foto suya.
Era una taza de chocolate caliente con un trozo de tarta. **Andrés:** Mira dónde estoy.
Danna: ¡Qué buena pinta!
Andrés: Lo mejor es que hay otra taza delante de mí.
Danna levantó una ceja.
Danna: ¿Y eso? **Andrés:** Porque, por un momento…
Imaginé que estabas aquí.
Danna sintió que el corazón se detenía un instante.
Miró la foto otra vez.
Se imaginó sentada frente a él.
Hablando.
Riéndose. Sin una pantalla de por medio.
Por primera vez, aquella idea no le dio miedo.
Le dio ilusión.
Antes de despedirse, Andrés escribió:
Andrés: Tengo muchas ganas de que llegue el día en que no tengamos que imaginar estas cosas.

Danna sonrió mientras escribía.
Danna: Llegará.
Andrés: ¿Lo prometes?
Ella respiró hondo.
Y respondió.
Danna: Lo prometo. Apagó la pantalla del móvil.
Miró por la ventana.
Y se dio cuenta de que ya no esperaba un mensaje por costumbre.
Lo esperaba porque, sin darse cuenta, Andrés se había convertido en una de las personas más importantes de su día.

Capítulo 21 Las dudas también existen

Viernes, 1 de agosto 22:11
La lluvia golpeaba suavemente la ventana de la habitación de Danna.
Era una de esas noches en las que apetecía quedarse bajo la manta con una taza de chocolate caliente.
Como cada noche, cogió el móvil.
Andrés: ¿Llueve donde tú vives?
Danna sonrió.
Danna: Sí.
Danna: Muchísimo. **Andrés:** Aquí también.
Danna: Me encanta escuchar la lluvia.
Andrés: A mí también.
Andrés: Sobre todo si estoy hablando contigo.
Danna sintió cómo una sonrisa aparecía en su rostro.
Ya no le sorprendían ese tipo de mensajes.
Pero seguían consiguiendo el mismo efecto.
Después de hablar un rato sobre música, películas y los planes para el fin de semana, la conversación quedó en silencio.
No era un silencio incómodo.
Simplemente…

Ninguno sabía qué escribir. Danna observó el teclado.
Había una pregunta que llevaba varios días rondándole la cabeza.
Nunca se había atrevido a hacerla.
Hasta esa noche.
Respiró hondo.
Y escribió.
Danna: ¿Puedo preguntarte una cosa?
Andrés: Claro.
Danna: Pero prométeme que responderás con la verdad.
Andrés: Te lo prometo.
Danna dudó unos segundos.

Finalmente envió el mensaje. **Danna:** ¿Y si cuando nos conozcamos en persona no soy como esperas?

Al otro lado de la pantalla, Andrés dejó de escribir.
Leyó la pregunta dos veces.
Después apoyó el móvil sobre el escritorio.
No porque no supiera qué responder.
Sino porque quería encontrar las palabras adecuadas.
Pasó casi un minuto.
Entonces llegó su respuesta.
Andrés: ¿Sabes una cosa?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Creo que llevamos tantas horas hablando… Que ya sé quién eres.
Danna sintió un pequeño vuelco en el pecho.
Andrés: Una cara puede sorprenderme.
Un peinado puede cambiar.
Incluso una fotografía puede engañar.
Pero tu forma de ser…
Eso ya la conozco.
Ella notó cómo los ojos empezaban a humedecerse.
Nunca nadie le había dicho algo tan bonito.
Danna: ¿Y si en persona soy más tímida?
Andrés: Entonces hablaré yo más. **Danna:** ¿Y si casi no hablo?

Andrés: Me sentaré a tu lado hasta que te sientas cómoda.
Danna: ¿Y si me pongo muy nerviosa?
Andrés sonrió antes de responder.
Andrés: Entonces significará que los dos estaremos igual.
Danna dejó el móvil sobre la cama.
Se quedó mirando el techo.
Todas aquellas dudas que llevaba días guardándose parecían un poco más pequeñas.
El teléfono volvió a vibrar.
Andrés: Ahora me toca preguntar a mí.
Danna: Vale.
Andrés: ¿Y si soy yo quien te decepciona?
Danna respondió sin pensarlo.
Danna: No creo que puedas.
Pasaron unos segundos.
Andrés: ¿Cómo estás tan segura?
Ella sonrió.
Y escribió despacio.
Danna: Porque la persona de la que me he hecho amiga…
No está en una foto.
Está en cada conversación que hemos tenido.

Andrés leyó el mensaje una y otra vez. Nunca una pantalla le había parecido tan pequeña para todo lo que estaba sintiendo.

Antes de dormir, Danna abrió la conversación desde el principio.
Volvió a leer aquel primer mensaje.
"¿Has llegado bien a casa?"
Y sonrió.
Porque, aunque todavía no lo supieran… Los dos estaban llegando poco a poco al mismo lugar.

Capítulo 22 No puedes esconder una sonrisa

Sábado, 2 de agosto 17:36
Danna dejó el móvil sobre la mesa del salón.
Había prometido que esa tarde la pasaría con sus amigas.
Nada de mirar la pantalla cada cinco minutos.
Nada de responder al instante.
Nada de pensar en Andrés.
—¿Me estás escuchando? —preguntó Lucía, moviendo una mano delante de su cara.
Danna parpadeó.
—¿Qué? Las tres amigas comenzaron a reír.
—Sabía que no nos estabas prestando atención —dijo Carla entre risas.
—Sí que os estaba escuchando.
—Ah, ¿sí? Entonces... ¿de qué estábamos hablando?
Danna abrió la boca.
La volvió a cerrar.
No tenía ni idea.
Las tres estallaron en carcajadas.
—Vale... me habéis pillado.
Lucía cruzó los brazos y sonrió con picardía.
—Confiesa. —¿Qué?
—Hay alguien.
Danna sintió cómo las mejillas se le calentaban.
—No hay nadie.
—Entonces... ¿por qué llevas sonriendo cada vez que miras el móvil desde que hemos llegado?
Danna bajó la mirada.
No sabía qué responder.
Porque tenían razón.
Ni siquiera se había dado cuenta de que lo hacía.
Justo en ese momento, el móvil vibró.

Las tres miraron la pantalla al mismo tiempo. Andrés Lucía abrió mucho los ojos.

—¿Quién es Andrés?
Danna cogió el móvil rápidamente.
—Un amigo.
Carla arqueó una ceja.
—¿Un amigo?
—Sí.
—¿Y desde cuándo sonríes así por un amigo?
Danna escondió la cara entre las manos.
—No sonrío de ninguna manera.
—Claro que sí. Las tres comenzaron a imitar su sonrisa.
Danna terminó riéndose con ellas.
—No os riáis.
—Entonces cuéntanos.
Respiró hondo.
Sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo.
—Nos conocimos por un mensaje…
—¿Un mensaje?
—Sí…
—Se equivocó de número.
Las tres se quedaron completamente calladas. —Espera... ¿cómo?
Danna les contó toda la historia.
Desde el primer mensaje.
Hasta las canciones.
Las notas de voz.
La llamada.
Y las largas conversaciones de cada noche.
Cuando terminó, ninguna dijo nada durante unos segundos.
Finalmente, Lucía sonrió.
—Eso parece sacado de una película.
Carla asintió.
—O de una novela romántica. Danna rió.
—Pues mi vida no tiene nada de película.
Lucía la miró con una sonrisa.
—No estés tan segura.
Aquella noche, al llegar a casa, Danna encontró varios mensajes de Andrés.

Andrés: ¿Cómo ha ido la tarde?
Ella sonrió mientras se tumbaba en la cama.
Danna: Bien.
Andrés: ¿Seguro?
Danna: Sí.
Andrés: ¿Y por qué has tardado tanto en responder? Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Porque estaba con mis amigas.
Andrés: Entonces te perdono.
Ella dudó unos segundos.
Después escribió.
Danna: Les he hablado de ti.
Pasó casi un minuto.
Andrés: ¿En serio?
Danna: Sí.
Andrés: ¿Y sigo vivo?
Danna rió.
Danna: Sí.
Andrés: Menos mal.
Danna: Les ha parecido muy bonita nuestra historia.
Andrés permaneció unos segundos sin responder.
Después llegó un último mensaje.
Andrés: Ojalá algún día podamos contarla juntos.
Danna sintió un vuelco en el corazón.
Miró el mensaje durante varios segundos.
Y sonrió.
Cada día parecía un poco más difícil imaginar su vida sin aquel chico que, semanas atrás, solo era un número desconocido.

Capítulo 23 Una llamada que cambió algo

Domingo, 3 de agosto 21:47
El ventilador giraba lentamente sobre la mesa de la habitación de

Danna.
A pesar de que ya era de noche, el calor seguía siendo insoportable.
Se dejó caer sobre la cama con un suspiro y cogió el móvil.
No tenía ningún mensaje nuevo.
Miró la hora.
Las nueve y cuarenta y siete.
Era raro. Muy raro.
Andrés siempre le escribía antes.
—Seguro que estará ocupado... —se dijo intentando convencerse.
Dejó el teléfono sobre la almohada.
Cogió un libro.
Leyó una página.
Después otra.
No entendió absolutamente nada.
Volvió a coger el móvil.
Nada.
Cinco minutos más tarde, la pantalla se iluminó. Una sonrisa apareció automáticamente en su rostro.
Andrés: Perdón por tardar.
Danna respondió casi sin pensarlo.
Danna: Ya pensaba que te habías olvidado de mí.
Cuando envió el mensaje, abrió mucho los ojos.
—¿Por qué he escrito eso?
Quiso borrarlo.
Pero Andrés ya estaba escribiendo.
Andrés: Imposible.
Andrés: ¿Sabes cuántas veces he mirado el móvil hoy?
Danna sonrió.
Danna: ¿Cuántas? **Andrés:** He perdido la cuenta.
Ella apoyó la espalda en el cabecero de la cama.
No sabía por qué, pero aquellas pequeñas confesiones conseguían alegrarle el día.
Danna: ¿Qué has estado haciendo?
Andrés: Ayudando a mi padre.
Danna: ¿En la tienda?
Andrés: Sí.

Andrés: Hemos recibido mercancía y parecía que nunca íbamos a terminar.
Danna: Pobrecito.
Andrés: Lo peor no ha sido eso. **Danna:** ¿Entonces?
Andrés: Que no podía responderte.
Danna mordió su labio inferior intentando esconder la sonrisa que acababa de aparecer.
Aquel chico tenía la extraña capacidad de hacerla sonreír con muy poco.
Mientras hablaban, al otro lado de la ciudad, Andrés estaba tumbado en el sofá del salón.
Su padre pasó por delante con una cesta llena de ropa.
—¿Otra vez con el móvil? —preguntó sonriendo.
Él levantó la vista.
—Un rato solo.
Su padre miró la pantalla de reojo.
—¿Es la chica del número equivocado? Andrés se quedó completamente quieto.
—¿Cómo sabes que es ella?
—Porque desde que apareció no dejas de sonreír cuando miras el teléfono.
Él negó con la cabeza, avergonzado.
—No sonrío tanto.
—Claro que sí.
Su padre soltó una pequeña risa antes de seguir su camino.
Andrés volvió a mirar la conversación.
No podía negar que tenía razón.
Danna: Oye.
Andrés: Dime.
Danna: ¿Tu padre sabe que hablas conmigo?
Él soltó una carcajada.
Andrés: Justo acaba de descubrirlo.
Danna: ¿En serio?
Andrés: Sí.
Andrés: Dice que sonrío demasiado cuando escribo.
Danna soltó una risa.

Danna: Pues tiene razón.
Andrés: Tú también sonríes.
Ella abrió mucho los ojos.
Danna: ¿Cómo lo sabes? **Andrés:** Porque ya empiezo a conocerte.
Durante unos segundos, Danna no respondió.
Simplemente dejó el móvil sobre las piernas.
Era increíble cómo Andrés parecía conocerla un poquito más cada día.
Después de un rato hablando, Andrés envió un mensaje inesperado.
Andrés: Tengo una propuesta.
Danna arqueó una ceja.
Danna: Me das miedo.
Andrés: Tranquila.
Andrés: No quiero que nos veamos todavía.
Ella sintió un pequeño alivio que no esperaba. No porque no quisiera conocerlo.
Sino porque aún necesitaba un poco más de tiempo.
Danna: Entonces…
Andrés: Quiero llamarte.
Danna: ¿Ahora?
Andrés: Sí.
Andrés: Echo de menos escuchar tu voz.
Danna notó cómo el corazón empezaba a latir más deprisa.
Todavía le seguían poniendo nerviosa las llamadas.
Pero ya no tanto como la primera vez.
Respiró hondo. Y escribió.
Danna: Vale.
Apenas unos segundos después, el móvil comenzó a sonar.
Llamada entrante…
Sonrió antes incluso de responder.
—Hola…
—Hola.
La voz de Andrés sonó acompañada de una pequeña risa.
—¿Sabes una cosa?
—¿Qué?
—Cada vez me da menos vergüenza llamarte.

Danna rió. —A mí también.
Hubo un pequeño silencio.
Pero ya no era incómodo.
Era de esos silencios que aparecen cuando dos personas están tan a gusto que no necesitan llenar cada segundo con palabras.
—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Andrés.

Danna comenzó a contarle cómo había pasado la tarde con su tío, cómo había intentado leer un libro sin éxito y cómo había acabado mirando el móvil cada pocos minutos.

Él la escuchaba sin interrumpirla.
Solo hacía pequeñas preguntas.
Como si de verdad quisiera conocer hasta el detalle más pequeño de su día.
Después fue el turno de Andrés. Le habló de la tienda de su padre.
De un cliente que había confundido dos productos y había terminado llevándose el equivocado.
Los dos acabaron riéndose.
—Al final hoy todo el mundo se ha equivocado de algo —dijo Danna.
—Sí…
—Pero menos mal que yo me equivoqué aquel primer día.
Danna guardó silencio.
Aquella frase hizo que el corazón le diera un pequeño vuelco.
—Yo también pienso eso.
Los dos sonrieron al mismo tiempo.
Aunque ninguno podía verlo. La conversación continuó durante más de una hora.
Hablaron de viajes.
De los lugares que soñaban visitar.
De cómo imaginaban su futuro.
Y de todas las cosas que todavía les quedaban por descubrir el uno del otro.
Cuando colgaron, eran casi las once y media.
Danna dejó el móvil sobre la mesilla.

Miró el techo.
Y sonrió.

No sabía en qué momento Andrés había dejado de ser el chico del número equivocado.
Solo sabía que, ahora, era la persona con la que más le gustaba terminar el día.

Antes de cerrar los ojos, el teléfono vibró una última vez.
Andrés: Buenas noches, Danna.
Andrés: Gracias por hacer que mis días sean un poco mejores.
Ella leyó el mensaje dos veces.
Después escribió una única respuesta.
Danna: Buenas noches, Andrés.
Danna: Gracias por aparecer por error.
Apagó la pantalla.
Y, mientras el silencio llenaba la habitación, pensó que quizá las mejores historias no empezaban con un beso.
A veces… Solo necesitaban un mensaje enviado al número equivocado.

Capítulo 24 Las pequeñas costumbres

Lunes, 4 de agosto 20:38
La lluvia había desaparecido por completo.
En su lugar, un atardecer anaranjado teñía el cielo mientras Danna terminaba de recoger su escritorio.
Había pasado toda la tarde estudiando.
Los exámenes de recuperación estaban cada vez más cerca y su tío no dejaba de repetírselo.
—Una hora más y descansas —le había dicho hacía apenas diez minutos.
Danna cerró el libro de Matemáticas con un suspiro.

Cogió el móvil casi por inercia. Nada.
Miró la hora.
Las ocho y treinta y ocho.
—Qué raro…
Normalmente Andrés ya le había escrito.
Intentó convencerse de que no pasaba nada.
Que seguramente estaría ocupado.
Pero, aun así, cada pocos minutos desbloqueaba la pantalla.
Hasta que…
Andrés: Perdón.
Danna sonrió al instante.
Danna: Ya pensaba que te habías olvidado de mí. Esta vez escribió la frase sin miedo.
Porque sabía que Andrés entendería que era una broma.
Andrés: Imposible.
Andrés: Hoy he tenido entrenamiento.
Danna: ¡Es verdad!
Danna: Ni me acordaba que jugabas al fútbol.
Andrés: Eso duele.
Ella soltó una risa.
Danna: Perdón…
Andrés: Te perdono porque eres tú.

Danna negó con la cabeza mientras sonreía. Cada vez era más difícil ocultar lo feliz que la hacían aquellos mensajes.

Mientras tanto, Andrés caminaba hacia casa con la mochila al hombro.
Su amigo Mario le dio un pequeño codazo.
—¿Otra vez escribiéndole?
Andrés levantó la vista.
—¿Qué?
—Llevas toda la tarde mirando el móvil.
—Exageras.
Mario soltó una carcajada.
—No exagero.

Solo hay una persona capaz de hacer que sonrías después de perder un partido.
Andrés bajó la mirada.
No respondió.
Porque sabía que su amigo tenía razón.
Danna: ¿Cómo ha ido el entrenamiento?
Andrés: Hemos perdido.
Danna: Lo siento.
Andrés: Da igual.
Andrés: Lo mejor del día estaba esperándome en el móvil.
Danna sintió un pequeño cosquilleo en el estómago.
Escribió una respuesta.
La borró. Volvió a escribir.
La volvió a borrar.
Finalmente envió lo primero que le salió.
Danna: Qué bonito te ha quedado eso.
Andrés: ¿Bonito?
Danna: Sí.
Andrés: Es que era verdad.
Ella dejó el móvil sobre la cama unos segundos.
Respiró hondo.
Cada conversación parecía acercarlos un poco más.
Pasaron casi veinte minutos hablando.
De repente, Andrés escribió algo completamente inesperado.
Andrés: No te enfades por lo que voy a decir.
Danna arqueó una ceja.
Danna: Ahora sí que me preocupa.
Andrés: Promete que no te reirás.
Danna: No prometo nada.
Él tardó unos segundos.
Después llegó el mensaje.
Andrés: Tengo capturas de algunos de tus mensajes.
Danna abrió mucho los ojos.
Danna: ¿Qué?
Andrés: No me mates. Ella empezó a reír sola.
Danna: ¿Por qué harías eso?

Andrés: Porque hay cosas que me escribes…
Que me gusta volver a leer.
Danna sintió cómo las mejillas empezaban a arder.
Nunca se le habría ocurrido hacer algo así.
Aunque…
Pensándolo bien…
Abrió la galería de su móvil.
Buscó entre las capturas de pantalla.
Y sonrió.
Ella también tenía una. Era del mensaje en el que Andrés le había escrito:
"Si pudiera volver atrás... volvería a equivocarme."
Cerró la galería rápidamente.
No iba a confesarlo.
Todavía no.
Danna: Estás un poco loco.
Andrés: Lo sé.
Danna: Mucho.
Andrés: Pero no me arrepiento.
Ella sonrió.
Danna: ¿Qué mensaje guardaste? **Andrés:** No te lo voy a decir.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque me da vergüenza.
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Pues ahora tengo curiosidad.
Andrés: Esa era la idea.
La conversación continuó entre bromas durante casi una hora.
Hablaron de sus canciones favoritas.
De los lugares que querían visitar.
Y hasta discutieron, entre risas, sobre cuál era el mejor sabor de helado.
Cuando el reloj marcó las once menos cuarto, Danna bostezó.
Andrés: ¿Sueño?
Danna: Mucho.
Andrés: Entonces vete a dormir.
Ella sonrió.

Danna: ¿Me estás echando?
Andrés: Nunca.
Andrés: Solo quiero que descanses.
Danna apoyó la cabeza en la almohada.
A veces olvidaba que Andrés también se preocupaba por esas pequeñas cosas.
Antes de despedirse, él escribió un último mensaje.
Andrés: Oye. **Danna:** ¿Sí?
Andrés: Gracias por convertirte en la mejor parte de mis días.
Danna cerró los ojos un instante.
Notó el corazón latiendo con fuerza.
Y respondió con total sinceridad.
Danna: Creo que tú también te has convertido en la mejor parte de los míos.
Andrés leyó aquella frase una vez.
Después otra. Y, sin que nadie pudiera verlo, hizo una captura de pantalla.

Capítulo 25 Un juego para conocernos mejor

Martes, 5 de agosto 21:24
La habitación de Danna estaba completamente en silencio.
Solo se escuchaba el suave zumbido del ventilador y el sonido de las teclas de su portátil.
Llevaba casi dos horas haciendo un trabajo de Lengua y ya no podía concentrarse más.
Cerró el ordenador con un suspiro.
—Necesito un descanso…
Cogió el móvil.
Sonrió.
Tenía un mensaje de Andrés desde hacía apenas un minuto.
Andrés: ¿Sobreviviste a los deberes?
Danna soltó una pequeña risa.

Danna: Por poco.
Andrés: Entonces llego en el momento perfecto.
Danna: Como siempre.
Andrés sonrió al leer aquella respuesta.
Se encontraba tumbado en la cama con un balón de fútbol entre las manos.

Había pasado la tarde entrenando y estaba completamente agotado, pero, desde hacía unos días, había algo que hacía que el cansancio desapareciera.

Hablar con Danna.
Andrés: Tengo una idea. Danna arqueó una ceja.
Danna: Me estás empezando a preocupar cuando dices eso.
Andrés: Tranquila.
Andrés: Es un juego.
Ella dejó el móvil unos segundos sobre la cama.
—A ver qué se le ha ocurrido ahora…
Volvió al chat.
Danna: Te escucho. **Andrés:** Nos hacemos preguntas.
Danna: ¿Y ya está?
Andrés: Sí.
Andrés: Pero hay una norma. **Danna:** Cuéntame.
Andrés: Nada de mentir.
Danna sonrió.
Danna: Trato hecho.
Andrés: Empiezo yo.
Danna: Adelante.
Andrés: Color favorito.
Ella respondió sin pensarlo.
Danna: Azul.
Andrés: Sabía que ibas a decir azul.
Danna soltó una carcajada.
Danna: ¡Mentiroso! **Andrés:** Vale... tuve suerte.
Danna: ¿Y el tuyo?
Andrés: Verde.

Danna: No me lo esperaba.
Andrés: ¿Por qué?
Danna: No sé…
Danna: Pensaba que dirías negro.
Andrés: Eso no es un color.
Danna: ¡Claro que sí!
Los dos terminaron riéndose de aquella discusión absurda.
Después llegó otra pregunta. **Danna:** Comida favorita.
Andrés: La pizza.
Ella puso los ojos en blanco.
Danna: Qué original.
Andrés: ¿Y la tuya?
Danna: La pasta.
Andrés: Esa respuesta sí me la esperaba.
Danna: ¿Cómo puedes esperar cosas que nunca te he contado?
Andrés: Porque ya voy aprendiendo cómo eres.
Danna notó ese cosquilleo que empezaba a aparecer cada vez que Andrés decía algo parecido.
El juego continuó. Película favorita.
Helado favorito.
Verano o invierno.
Playa o montaña.
Cada respuesta llevaba a una conversación diferente.
Cuando Danna confesó que odiaba las películas de miedo, Andrés no pudo dejar de reír.
Andrés: ¿Tú? ¿Miedo?
Danna: Muchísimo.
Andrés: No me lo creo.
Danna: Pues créetelo. **Danna:** Soy incapaz de dormir después. Él seguía riéndose.
Andrés: Nunca imaginé que cuya chica a la que escribí por un número equivocado tendría miedo de una película.
Danna: No utilices eso en mi contra.
Pasaron casi cuarenta minutos.
Ninguno de los dos se había dado cuenta del tiempo.
Entonces fue el turno de Danna.

Danna: Vale.
Danna: Mi pregunta.
Andrés: Adelante.
Ella se quedó pensando unos segundos.
No quería hacer una pregunta cualquiera. Quería conocer una parte de Andrés que todavía no conociera.
Finalmente escribió.
Danna: Si pudieras pedir un deseo…
¿Cuál sería?
Andrés leyó la pregunta despacio.
Miró el techo de su habitación.
Podía responder cualquier cosa.
Un viaje.
Un coche.
Aprobar todo.
Pero ninguna de esas respuestas era la verdad.
Sonrió para sí mismo. Y escribió.
Andrés: Que las personas importantes para mí sean felices.
Danna dejó de escribir durante unos segundos.
No esperaba una respuesta así.
Danna: Es una respuesta muy bonita.
Andrés: Es sincera.
Ella apoyó el móvil sobre el pecho.
Cada vez entendía mejor por qué le gustaba tanto hablar con él.
No era solo porque la hiciera reír.
Era porque, detrás de cada broma, siempre encontraba a alguien bueno.
Ya eran casi las once de la noche cuando Andrés volvió a escribir.
Andrés: Oye…
Danna: ¿Qué?
Andrés: Creo que este juego ha sido buena idea.
Danna: Sí.
Andrés: Aunque me he quedado con una duda.
Ella sonrió.
Danna: ¿Cuál?
Los tres puntitos aparecieron.

Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Andrés parecía pensárselo demasiado. Finalmente envió el mensaje.
Andrés: Me acabo de dar cuenta de que no sé una cosa muy importante sobre ti.
Danna frunció el ceño.
Danna: ¿Qué cosa?
Andrés: Te la pregunto mañana.
Ella abrió mucho los ojos.
Danna: ¡No!
Andrés: Sí.
Danna: Andrés…
Andrés: Buenas noches, pesada.
Danna: ¡Eso no vale! **Andrés:** Descansa.
Danna empezó a escribir varias veces.
Lo llamó pesado.
Dramático.
Incluso amenazó con no responderle al día siguiente.
Él solo reaccionó con un emoji riéndose.
Terminó apagando el móvil entre risas.
—Qué desesperante eres…
Pero, en el fondo…
Le encantaba que siempre encontrara una forma de sorprenderla.

Capítulo 26 Una fecha para recordar

Miércoles, 6 de agosto 21:09
La pantalla del móvil de Danna llevaba iluminándose toda la tarde.
No por mensajes.
Sino porque ella no dejaba de desbloquearla.
Había pasado todo el día pensando en la misma pregunta.
"¿Qué será eso tan importante que Andrés quiere saber?"
Había intentado adivinarlo mientras desayunaba.
Mientras ayudaba a su madre a hacer la compra. Incluso mientras veía una película con su hermano.

Pero no encontraba la respuesta.
A las nueve y nueve de la noche, el móvil vibró.
Una sonrisa apareció en su rostro.
Andrés: Buenas noches, pesada.
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: Buenas noches.
Danna: Ya puedes hablar.
Andrés: Qué impaciente eres.
Danna: La culpa es tuya.
Andrés: Lo sé.
Danna: Llevo todo el día pensando en la pregunta. **Andrés:** Entonces mi plan ha funcionado.
Ella puso los ojos en blanco.
Danna: Eres insoportable.
Andrés: Pero me sigues hablando.
Danna negó con la cabeza entre risas.
Sabía perfectamente que Andrés estaba sonriendo al otro lado de la pantalla.
Pasaron unos segundos.
Los tres puntitos aparecieron.
Desaparecieron.
Y volvieron a aparecer.
Hasta que, por fin, llegó el mensaje. **Andrés:** ¿Cuándo es tu cumpleaños?
Danna se quedó inmóvil.
Parpadeó un par de veces.
No esperaba esa pregunta.
Sonrió sin darse cuenta.
Danna: ¿Solo era eso?
Andrés: ¿Te parece poco?
Danna: Pensaba que ibas a preguntarme algo mucho más raro.
Andrés: Para mí es importante.
Ella sintió un pequeño cosquilleo en el pecho.
Respiró hondo antes de responder. **Danna:** El 14 de agosto.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Espera.

Danna: ¿Qué?
Andrés: Lo estoy apuntando.
Danna soltó una carcajada.
Danna: ¿En serio?
Andrés: Claro.
Andrés: Las fechas importantes no se olvidan. Ella dejó el móvil sobre la cama unos segundos.
No sabía por qué.
Pero aquella frase le había hecho muchísima ilusión. Volvió al chat.
Danna: ¿Y el tuyo?
Andrés: 3 de septiembre.
Danna abrió inmediatamente la aplicación del calendario.
Marcó la fecha.
Escribió una nota.
Cumpleaños de Andrés. No olvidarlo jamás.
Sonrió.
Y volvió a la conversación.
Danna: Ya está.
Andrés: ¿El qué? **Danna:** También lo he apuntado.
Andrés leyó el mensaje dos veces.
Después sonrió para sí mismo.
Andrés: ¿Cómo sueles celebrar tu cumpleaños?
Danna se quedó pensando.
No era una pregunta difícil.
Pero hacía tiempo que no esperaba demasiado de ese día.
Danna: En casa.
Con mi familia.
Tarta.
Regalos.
Lo típico. **Andrés:** ¿Y te gusta?
Ella dudó unos segundos.
Danna: Sí…
Aunque siempre he pensado que lo mejor no son los regalos.
Andrés: ¿Entonces?
Danna: Que la gente que quieres se acuerde de ti.
Andrés sintió un pequeño nudo en el estómago.

No respondió enseguida.
Quería que aquella respuesta quedara grabada.
Andrés: Entonces puedes estar tranquila.
Danna: ¿Por qué? **Andrés:** Porque mientras yo esté aquí…
Nunca habrá un 14 de agosto en el que no seas la primera persona a la que felicite.
Danna sintió que el corazón le daba un vuelco.
No supo qué responder.
Leyó el mensaje una vez.
Después otra.
Y una tercera.
No era una gran promesa.
Pero, de alguna manera, significaba mucho.
Después cambiaron de tema.

Hablaron de cuál había sido el peor cumpleaños de su vida. Andrés contó que, cuando cumplió diez años, se cayó delante de todos sus amigos intentando apagar las velas.

Danna se rió tanto que terminó con lágrimas en los ojos.
Luego fue ella quien confesó que, cuando cumplió ocho años, sopló tan fuerte que casi tiró la tarta al suelo.
—Menos mal que no estábamos juntos ese día —escribió Andrés.
—¿Por qué?
—Porque me habría reído durante una semana.
—¡Qué malo eres!
—Un poco.
La conversación continuó entre bromas hasta que el reloj marcó las once y media.
Como cada noche, ninguno quería despedirse. Pero el sueño empezaba a ganar la batalla.
Andrés: Oye.
Danna: ¿Sí?
Andrés: Gracias por contarme una fecha tan importante.
Danna: Gracias a ti por querer recordarla.
Pasaron unos segundos.

Entonces Andrés escribió un último mensaje.
Andrés: Buenas noches, futura cumpleañera.
Danna sonrió.
Danna: Buenas noches.
Danna: Y no se te ocurra olvidarte del 14 de agosto.
La respuesta llegó al instante. **Andrés:** Imposible.
Andrés: Las promesas están para cumplirse.
Danna apagó el móvil.
Sin saber que, varios meses después… Aquella promesa cambiaría por completo su cumpleaños.

Capítulo 27 Lo primero que pensé

Jueves, 7 de agosto 20:58
El sonido de la lluvia golpeando el cristal acompañaba a Danna mientras terminaba de ordenar su habitación.
Había sido un día largo.

Su tío había decidido hacer limpieza general en casa y, como era de esperar, ella había acabado vaciando cajones que ni siquiera recordaba que existían.

Encontró fotografías antiguas.
Un peluche que había perdido cuando era pequeña.
Y una caja llena de cartas que se escribía con su prima cuando apenas tenían diez años.
Sonrió.
Era curioso cómo algo tan pequeño podía traer tantos recuerdos.
Justo en ese momento, el móvil vibró.
No necesitó mirar la pantalla para saber quién era.
Aun así, lo hizo.
Y volvió a sonreír.
Andrés: Buenas noches, pesada.
Danna negó con la cabeza entre risas.
Danna: Algún día tendrás que dejar de llamarme así.

Andrés: Lo pensaré.
Danna: Eso significa que no.
Andrés: Exacto.
Ella dejó escapar una pequeña carcajada.
Había algo en aquellas conversaciones que conseguía hacer desaparecer cualquier preocupación.
Andrés: ¿Qué has hecho hoy?
Danna miró la caja que seguía abierta sobre la cama.
Danna: Limpiar mi habitación.
Andrés: Lo siento mucho.
Danna: Gracias por tu apoyo en estos momentos tan difíciles.
Andrés: Estoy contigo.
Aunque sea moralmente.
Danna volvió a reír. Después escribió:
Danna: He encontrado fotos de cuando era pequeña.
Andrés: Seguro que eras muy graciosa.
Danna: Muy despeinada, más bien.
Andrés: Eso también tiene su encanto.
Ella sintió cómo el calor le subía a las mejillas.
Cada cumplido de Andrés parecía dicho con una naturalidad que la desarmaba por completo.
Al otro lado de la ciudad, Andrés acababa de salir de la ducha.
Con el pelo todavía mojado, se dejó caer sobre la cama mientras sostenía el móvil con una mano.
Su hermana pequeña, Irene, apareció en la puerta.
—¿Estás hablando con Danna? Andrés levantó la vista sorprendido.
—¿Cómo sabes que es ella?
—Porque llevas sonriendo cinco minutos.
Él soltó una risa.
—¿Tanto se nota?
—Muchísimo.
Irene sonrió con picardía.
—Cuando la conozca le voy a contar todas tus vergüenzas.
—Ni se te ocurra.
—¿Ah, sí? Pues ahora tengo más ganas.
Antes de que Andrés pudiera responder, su hermana salió corriendo

entre risas.
Él negó con la cabeza.
—Qué pesada…
Pero, en el fondo, también sonreía.
El móvil volvió a vibrar.
Danna: ¿Sigues ahí?
Andrés: Sí.
Andrés: Mi hermana acaba de amenazarme.
Danna: ¿Con qué?
Andrés: Dice que cuando te conozca te contará todas mis vergüenzas.
Danna soltó una carcajada.
Danna: Ya me cae bien. **Andrés:** Traidora.
Danna: Necesito información.
Andrés: No pienso colaborar.
Los dos continuaron bromeando durante varios minutos.
Después de un rato, Danna envió una foto.
No era una foto suya.

Era una imagen de una fotografía antigua donde aparecía con cinco años, el pelo completamente revuelto y una enorme sonrisa.

Danna: No te rías.
Andrés abrió la imagen.
Se quedó observándola unos segundos. Sonrió.
No porque la foto fuera graciosa.
Sino porque Danna acababa de enseñarle un recuerdo de su infancia.
Eso significaba mucho.
Andrés: ¿Sabes qué?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Sigues sonriendo igual.
Danna miró la pantalla.
No esperaba esa respuesta.
Pensó que Andrés se reiría de su peinado.
O de la ropa. Pero se había fijado en otra cosa.

Y eso le hizo ilusión.
Pasaron unos minutos.
Hasta que Andrés escribió: **Andrés:** Ahora me toca a mí.
Un instante después apareció otra fotografía.

Era un niño de unos seis años, con el pelo rizado completamente despeinado y una camiseta del equipo de fútbol que todavía seguía apoyando.

Danna empezó a reír.
Danna: ¡Pero mira ese pelo!
Andrés: Oye.
Andrés: No ha cambiado tanto. Ella amplió la imagen.
Volvió a compararla con la foto actual de Andrés.
Y sonrió.
Danna: Tienes razón.
Danna: Sigue siendo igual de rizado.
Andrés: Eso era un cumplido, ¿verdad?
Danna: Claro.
La conversación continuó durante casi una hora.
Recordaron las travesuras que hacían de pequeños.
Las caídas en bicicleta.
Las veces que se habían perdido en un supermercado siguiendo un juguete.
Y las tardes interminables de verano.
Todo parecía tan sencillo cuando hablaban.
Como si el tiempo dejara de correr.
Antes de despedirse, Andrés escribió:
Andrés: Oye…
Danna: ¿Sí?
Andrés: Hoy me he dado cuenta de una cosa.
Danna: ¿Cuál?
Pasaron unos segundos.
Andrés: Cuando me pasa algo bonito…
Lo primero que pienso es en contártelo.
Danna sintió un vuelco en el pecho. Miró la pantalla durante unos

instantes.
Después apoyó el móvil sobre el corazón.
Y respondió con total sinceridad.
Danna: A mí me pasa exactamente lo mismo.
Durante unos segundos ninguno escribió.
No hacía falta.
Los dos sabían que aquello ya era mucho más que una simple conversación.
Esa noche, antes de dormir, Danna volvió a mirar la fotografía de Andrés cuando era pequeño.
Sonrió.
Y pensó que era extraño cómo alguien podía llegar a ser tan importante en tan poco tiempo.
Sin embargo…
Había una cosa que tenía aún más clara. Cada día le costaba un poco más imaginar su vida sin él.

Capítulo 28 El silencio también asusta

Viernes, 8 de agosto 18:16
El sonido de la lluvia había desaparecido por completo. Aquel viernes el sol brillaba con fuerza, pero Danna apenas le prestaba atención.

Llevaba toda la mañana ayudando a su madre a limpiar la terraza y, por primera vez en varios días, no había cogido el móvil cada cinco minutos.

O al menos... lo había intentado.
Cuando por fin terminó, se sentó en el sofá con un vaso de limonada bien fría.
Cogió el teléfono.
Ningún mensaje. Frunció ligeramente el ceño.
Era raro.

Muy raro.
Andrés siempre le escribía algo, aunque fuera un simple "Buenos días".
Pensó que seguramente seguiría durmiendo.
O estaría con su padre.
No quiso darle importancia.
Dejó el móvil sobre la mesa.
Cinco minutos después volvió a cogerlo.
Nada.

—¿Qué te pasa hoy...? —murmuró. A cientos de metros de allí, el móvil de Andrés permanecía apagado sobre la mesa de su habitación.

Había salido temprano con su padre para llevar a arreglar una furgoneta.
Con las prisas, se había olvidado el cargador.
Y la batería había decidido abandonarlo en el peor momento.
—Genial... —dijo al ver la pantalla completamente negra.
Intentó encenderlo.
Nada.
Miró la hora en el reloj del coche.
Las doce y media.
—Seguro que Danna pensará que me pasa algo…
Mientras tanto… Danna intentaba distraerse viendo una película.
No podía.
Cogió un libro.
Leyó dos páginas.
No recordaba nada de lo que acababa de leer.
Incluso abrió la conversación con Andrés.
Leyó los últimos mensajes.
Sonrió al encontrarse con la foto que él le había enviado de pequeño.
Después llegó al mensaje de la noche anterior.
"Cuando me pasa algo bonito, lo primero que pienso es en contártelo."

Sin darse cuenta, sonrió.
Pero esa sonrisa desapareció enseguida.
Miró la hora.
Las cuatro y veinte.
Seguía sin noticias.
Lucía: ¿Todo bien?
El mensaje de su amiga apareció de repente.
Danna: Sí.
Lucía: No te creo.
Danna: ¿Tan mal disimulo?
Lucía: Muchísimo.
Lucía: ¿Qué ha pasado? Danna dudó unos segundos.
Después escribió.
Danna: Andrés no me ha hablado en todo el día.
La respuesta llegó enseguida.
Lucía: ¿Solo eso?
Danna soltó una pequeña risa.
Leyó el mensaje otra vez.
"Solo eso."
Quizá Lucía tenía razón.
Solo eran unas horas.
Pero para ella ya no era "solo eso".
Andrés: Danna.
Ella respiró profundamente.
No sabía que había estado conteniendo el aire hasta ese momento.
Danna: ¡¿Dónde estabas?!
Los tres puntitos aparecieron al instante.
Andrés: Perdón. A las seis y cuarenta y siete de la tarde…
El móvil vibró.
Danna lo cogió tan rápido que casi se le cayó al suelo.
Andrés: Mi móvil se quedó sin batería esta mañana.
Andrés: Llevo horas intentando llegar a casa para escribirte. Danna apoyó la espalda en el sofá.
Toda la preocupación desapareció de golpe.
Danna: Pensaba que te había pasado algo.
Pasó casi un minuto.

La respuesta de Andrés fue mucho más rápida de lo habitual.
Andrés: ¿Te has preocupado?
Ella miró la pantalla.
Podía mentir.
Decir que no.
Pero sabía que con Andrés ya no le apetecía esconder lo que sentía.
Danna: Sí.
Mucho.
Al otro lado de la pantalla, Andrés sonrió con una mezcla de ternura y culpa.
Se imaginó a Danna mirando el móvil durante todo el día.
Y no le gustó nada esa imagen.
Andrés: Lo siento de verdad.
Andrés: No quería que pasaras un mal día.
Danna: Lo sé.
Danna: Pero la próxima vez…
Avísame antes de desaparecer.
Andrés soltó una pequeña risa.
Andrés: Lo intentaré. **Danna:** Prometido.
Andrés: Prometido.
La conversación continuó durante toda la tarde.
Andrés le contó todo lo que había pasado.
La avería.
La batería.
El calor insoportable.
Y cómo había intentado encontrar un cargador sin éxito.
Danna terminó riéndose.
—Solo a ti pueden pasarte estas cosas.
Andrés: Ya…
Andrés: Pero hoy me he dado cuenta de algo.
Danna: ¿Qué?
Él tardó unos segundos en responder.
Andrés: Que el peor momento del día no fue quedarme sin móvil.
Danna esperó.
Andrés: Fue no poder hablar contigo.
Ella sintió que el corazón se aceleraba.

No respondió enseguida.
Simplemente sonrió.
Y escribió lo único que le salía decir.
Danna: A mí también me faltó algo hoy.
Aquella noche hablaron más de lo normal. Como si ambos quisieran recuperar el tiempo perdido.
Ninguno quería despedirse.
Hasta que el reloj marcó las doce menos diez.
Andrés: Creo que deberíamos dormir.
Danna: Creo que tienes razón.
Andrés: Buenas noches, pesada.
Danna: Buenas noches, pesado.
Andrés: Y gracias…
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque hoy he entendido que ya no eres solo una persona con la que hablo.
Danna sintió un nudo en el pecho. **Danna:** ¿Entonces qué soy?
Los tres puntitos aparecieron.
Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Finalmente…
Andrés: Eres la persona con la que más ganas tengo de hablar cada día.
Danna dejó el móvil sobre la almohada.
No respondió.
No porque no quisiera.
Sino porque, por primera vez, sintió que algunas emociones eran demasiado grandes para convertirlas en palabras. Apagó la luz.
Y sonrió en la oscuridad.
Porque comprendió que el silencio de aquel día solo había servido para demostrarles una cosa.
Ya no hablaban por costumbre. Hablaban porque se echaban de menos.

Capítulo 29 Si algún día desapareces…

Sábado, 9 de agosto 22:17
El sonido de la notificación hizo que Danna levantara la vista del libro que llevaba más de media hora intentando leer.
Sonrió.
Desde el día anterior, cada vez que el móvil vibraba, sentía una tranquilidad difícil de explicar.
Cogió el teléfono.
Andrés: Buenas noches.
Danna: Buenas noches, pesado.
Andrés: Veo que no has dejado de llamarme así. **Danna:** Te lo has ganado.
Andrés: Qué injusta eres.
Danna: Un poquito.
Andrés sonrió al otro lado de la pantalla.
Había pasado todo el día pensando en el susto que le había dado sin querer.
No le gustaba imaginar a Danna preocupada por él.
Respiró hondo antes de escribir.
Andrés: Oye…
Danna: ¿Qué pasa?
Andrés: Ayer estuve dándole vueltas a una cosa.
Danna dejó el libro a un lado. **Danna:** ¿A qué?
Pasaron unos segundos.
Andrés: Me hizo ilusión que te preocuparas por mí.
Ella sintió un pequeño cosquilleo en el pecho.
No sabía cómo responder.
Porque era verdad.
Se había preocupado muchísimo.
Más de lo que quería admitir.
Danna: Es normal.
Andrés: ¿Normal?

Danna: Sí.
Danna: Si una persona importante para ti desaparece durante todo un día…
Lo normal es preocuparse.
Andrés leyó aquella frase una y otra vez.
"Una persona importante para ti."
No era un "me gustas".
No era un "te quiero".
Pero para él significaba muchísimo.
Sonrió sin darse cuenta.
Mientras tanto, Danna caminó hasta la cocina para coger un vaso de agua.
Su madre levantó la vista del sofá.
—¿Hablas con Andrés? Danna se quedó quieta.
Era la primera vez que tío decía su nombre.
—Sí... —Se nota.
—¿Tanto?
Su tío sonrió.
—Desde hace unas semanas siempre estás sonriendo cuando miras el móvil.
Danna bajó la mirada, avergonzada.
—Es un amigo.
—No he dicho lo contrario.
Aquella respuesta la dejó pensando unos segundos. Volvió a su habitación.
Y retomó la conversación.
Andrés: ¿Puedo hacerte una promesa?
Danna: Claro.
Andrés: Si alguna vez no puedo hablar contigo…
Buscaré la forma de avisarte.
Aunque tenga que pedirle el móvil a alguien.
Danna sonrió.
Sabía que Andrés hablaba completamente en serio.
Danna: No hace falta.
Andrés: Sí hace.
Danna: ¿Por qué? La respuesta tardó unos segundos.

Andrés: Porque no quiero que vuelvas a pasarlo mal por mi culpa.
Danna apoyó el móvil sobre el pecho.
Aquellas palabras le llegaron muy dentro.
Pasaron unos minutos hablando de cosas más ligeras.
Andrés le contó que había intentado cocinar unas tortitas esa mañana.
El resultado había sido un desastre.
Danna: ¿Tan mal?
Andrés: Digamos que el perro ha salido corriendo cuando las ha olido.
Ella soltó una carcajada. **Danna:** Eso tiene mérito.
Andrés: Mi padre dice que mejor no vuelva a entrar en la cocina.
Danna: Creo que tiene razón.
Después de reír un buen rato, Andrés volvió a ponerse serio.
Andrés: Danna…
Danna: ¿Sí?
Andrés: Gracias.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque hace mucho tiempo que nadie se preocupaba tanto por mí.
Danna sintió un nudo en la garganta.
No sabía nada del pasado de Andrés. Ni de por qué había escrito aquello.
Pero intuía que había algo detrás.
No quiso hacer preguntas.
Todavía no.
Simplemente respondió:
Danna: Supongo que ahora tendrás que acostumbrarte.
Andrés sonrió.
Andrés: Ojalá.
El reloj marcaba las once y media cuando la conversación empezó a apagarse.
Ninguno quería despedirse.
Como siempre. **Andrés:** ¿Sabes qué?
Danna: ¿Qué?
Andrés: Cada noche pienso que ya no puedes sorprenderme más.

Danna: ¿Y?
Andrés: Siempre consigues hacerlo.
Danna sonrió.
Danna: Tú también.
Hubo un pequeño silencio.
Entonces Andrés escribió una última frase.
Andrés: Tengo la sensación de que todavía nos quedan muchas conversaciones.
Danna levantó la vista hacia la ventana.
El cielo estaba completamente despejado.
Respiró hondo.
Y respondió con una sonrisa.
Danna: Espero que sí.
Apagó el móvil.
Se tumbó en la cama.
Y, antes de cerrar los ojos, pensó en algo que jamás habría imaginado unas semanas atrás.
Ya no esperaba los mensajes de Andrés. Los necesitaba para que el día pareciera completo.

Capítulo 30 Al otro lado de la pantalla

Domingo, 10 de agosto 21:46
Danna salió de la ducha con el pelo todavía húmedo.
Se envolvió en una sudadera gris enorme y dejó la toalla sobre la silla de su escritorio.
Mientras se desenredaba el pelo, el móvil vibró.
Sonrió antes incluso de leer el mensaje.
Andrés: ¿Qué haces?
Danna dejó el cepillo sobre la cama.
Danna: Acabo de salir de la ducha.
Andrés: Entonces has tardado muchísimo. Ella soltó una risa.
Danna: Qué exagerado eres.

Andrés: Llevo media hora esperando.
Danna: Mentiroso.
Andrés: Un poquito.
Danna negó con la cabeza mientras seguía secándose el pelo.
Desde hacía unos días, hablar con Andrés era la parte favorita de sus noches.
No importaba cómo hubiera ido el día.
Siempre terminaba mejor después de hablar con él.
Andrés: Oye…
Danna: Dime.
Los tres puntitos aparecieron varias veces.
Como si estuviera dudando.
Andrés: ¿Te puedo proponer una locura?
Danna sonrió.
Danna: Depende de la locura.
Andrés: Videollamada.
El corazón de Danna dio un pequeño salto.
Miró su reflejo en el espejo.
Llevaba el pelo medio mojado.
La sudadera le quedaba enorme.
Y no llevaba ni una gota de maquillaje. Instintivamente escribió:
Danna: No.
Andrés respondió enseguida.
Andrés: ¿Tan feo estoy?
Ella soltó una carcajada.
Danna: ¡No!
Danna: Es que yo parezco un fantasma.
Andrés: No me lo creo.
Danna: Créetelo.
Andrés: Seguro que estás guapa.
Danna sintió cómo las mejillas se le calentaban.
Leyó el mensaje dos veces antes de responder. **Danna:** Eres un pesado.
Andrés: Lo sé.
Andrés: Pero acepta.
Ella volvió a mirar el espejo.

Suspiró.
—¿Qué puede salir mal? —murmuró.
Volvió al chat.
Danna: Cinco minutos.
Mientras tanto, Andrés estaba delante del armario.
Se había cambiado de camiseta tres veces.
La blanca. Luego una negra.
Después una azul.
Volvió a la blanca.
Su padre pasó por delante de la puerta y lo observó con una sonrisa divertida.
—¿Sales?
—No…
—¿Entonces por qué te cambias tanto?
Andrés carraspeó.
—Voy a hacer una videollamada.
Su madre levantó una ceja.
—Ah… Ahora lo entiendo todo.
Él puso los ojos en blanco.
—Mamá…
—Tranquilo.
Solo intenta no mirar la cámara con esa cara de nervios.
Andrés empezó a reír.
—¿Se nota tanto?
—Muchísimo.
Cinco minutos después…
El móvil de Danna vibró.
Videollamada entrante.
Se quedó mirando la pantalla. El dedo temblaba ligeramente.
Respiró hondo.
Y aceptó.
Durante unos segundos…
Solo apareció el techo de la habitación de Andrés.
Danna soltó una risa.
—Muy bonita tu lámpara.
Al otro lado se escuchó otra risa.

—Espera…
Que no sé cómo poner esto.
La imagen empezó a moverse. Primero apareció media frente.
Después un ojo.
Y finalmente…
Andrés.
Los dos se quedaron completamente callados.
No porque no supieran qué decir.
Sino porque era la primera vez que se veían en movimiento.
Sonriendo.
Parpadeando.
Riéndose.
De verdad.
—Hola... —dijo Andrés con una sonrisa tímida. Danna levantó una mano.
—Hola.
—Qué raro se hace…
Ella asintió.
—Muchísimo.
Volvieron a quedarse callados.
Hasta que Andrés rompió el silencio.
—Vale…
Tengo que decirlo.
Danna lo miró con curiosidad.
—¿Qué? —Sigues pareciendo un fantasma.
Ella abrió mucho los ojos.
Y, un segundo después, estalló en carcajadas.
—¡Serás idiota!
—Un poco.
—¿No decías que estaba guapa?
—Y lo estás.
Pero también tienes el pelo como un león.
Danna cogió un cojín y se tapó media cara mientras seguía riéndose.
—No vuelvo a hacer una videollamada contigo.
—Mentira. —¿Por qué?
—Porque te estás riendo.

Y cuando te ríes…
Se te hacen los hoyitos.
Ella dejó de reír durante un instante.
No esperaba que dijera eso.
Sonrió.
Y, efectivamente, los hoyitos volvieron a aparecer.
Andrés sonrió también.
—¿Ves?
—Cállate.
—Nunca. La videollamada duró casi una hora.
Se enseñaron sus habitaciones.
Los libros que estaban leyendo.
Las vistas desde la ventana.
Hasta se presentaron a sus mascotas.
En un momento, el gato de Danna decidió subirse a la cama.
Andrés empezó a llamarlo desde la pantalla.
—Ven aquí.
El gato lo miró.
Y se marchó.
Danna no podía parar de reír. —Creo que no le caes bien.
—Eso ha dolido.
—Ya os presentaré mejor cuando…
Se quedó callada.
Había estado a punto de decir:
"Cuando nos conozcamos."
Andrés terminó la frase por ella.
—...cuando nos veamos.
Los dos sonrieron.
No hacía falta añadir nada más.
Ese día llegaría.

Solo era cuestión de tiempo. Cuando la llamada terminó, Danna dejó el móvil sobre la almohada.

Seguía sonriendo.
No podía creer que hubiera pasado una hora entera viéndolo hablar,

reír y hacer el tonto.
Era diferente a los mensajes.
Diferente a las notas de voz.
Mucho más cercano.
El teléfono vibró una última vez.
Andrés: Confirmado.
Danna: ¿Qué?
Andrés: Sonríes exactamente igual que imaginaba. Danna leyó el mensaje despacio.
Después apagó la pantalla.
Y, por primera vez desde que todo había empezado…
Pensó que cada vez era más difícil recordar cómo era su vida antes de conocer a Andrés.

Capítulo 31 Ojalá estuvieras aquí

Lunes, 11 de agosto 21:31
Danna llevaba más de diez minutos mirando una fotografía.
No era una fotografía cualquiera.
Era una captura de la videollamada de la noche anterior.

En ella aparecía Andrés riéndose porque, durante unos segundos, la cámara solo había enfocado el techo de su habitación.

Sin darse cuenta, sonrió. Guardó el móvil justo cuando su madre abrió la puerta.
—¿Se puede?
—Claro.
Su madre entró con un montón de ropa doblada.
—Llevas unos días muy contenta.
Danna intentó disimular.
—¿Sí?
—Sí.
Dejas el móvil y sigues sonriendo.
Eso no lo hace cualquiera.

Danna bajó la mirada.
—Es un amigo…
Su madre le sonrió con ternura.
—No hace falta que me expliques nada.
Cuando salió de la habitación, Danna volvió a coger el teléfono.
Justo en ese momento apareció una notificación.
Andrés: ¿Sabes qué?
Ella respondió enseguida.
Danna: ¿Qué?
Andrés: Acabo de abrir la galería.
Danna: ¿Y?
Andrés: Tengo una captura de nuestra videollamada.
Danna empezó a reír.
Danna: ¿También haces capturas de eso?
Andrés: Culpable.
Ella dudó unos segundos.
Después escribió.
Danna: Yo también tengo una.
Pasaron unos segundos.
Andrés: No me lo creo.
Danna: Es verdad.
Andrés: Enséñamela.
Danna: Ni hablar.
Andrés: Cobarde.
Danna: Mucho.
La conversación continuó durante un buen rato.

Hablaron de las vacaciones, de lo rápido que estaba pasando el verano y de las cosas que todavía querían hacer antes de que empezaran las clases.
Entonces Andrés escribió:

Andrés: ¿Sabes qué echo de menos?
Danna frunció el ceño.
Danna: ¿El qué?
Andrés: Algo que nunca ha pasado.

Ella sonrió.
Danna: Eso no tiene sentido.
Andrés: Ya lo sé.
Andrés: Pero aun así…
Echo de menos poder dar un paseo contigo.
Danna sintió un vuelco en el pecho.
Miró el mensaje varias veces antes de responder.
Danna: Yo también lo he pensado.
Andrés: ¿En serio?
Danna: Sí.
Danna: A veces voy por la calle y pienso…
"Seguro que Andrés se reiría de esto."
Al otro lado de la pantalla, Andrés sonrió.
Andrés: A mí me pasa igual. **Andrés:** Hoy he pasado por una heladería.
Danna: ¿Y?
Andrés: Me acordé de la lista.
Danna abrió la conversación y buscó aquel mensaje.
La lista seguía ahí.

- Comer un helado.
- Pasear.
- Ver el atardecer.
- Ir a una librería.
- Escuchar sus canciones juntos.

Sonrió.
Todavía no habían tachado ninguna.
Pasaron unos minutos sin escribir.
No era un silencio incómodo.
Simplemente, los dos estaban leyendo conversaciones antiguas.
Recordando cómo había empezado todo.
Entonces Andrés rompió el silencio.
Andrés: Oye…
Danna: Dime.
Andrés: ¿Tú crees que llegará el día?

Ella no necesitó preguntar a qué se refería. Lo sabía.
Danna: Sí.
Andrés: ¿Tan segura estás?
Danna: Mucho.
Andrés: ¿Por qué?
Danna apoyó el móvil sobre las piernas.
Pensó durante unos segundos.
Y escribió exactamente lo que sentía.
Danna: Porque llevamos treinta y un capítulos de nuestra historia.
Danna: Bueno… treinta y un días.
Danna: Sería muy injusto que todo terminara aquí.
Andrés soltó una risa.
Andrés: Menos mal que has corregido lo de los capítulos.
Danna: Casi rompo la cuarta pared.
Andrés: Eso habría sido raro.
Los dos se rieron.
La noche fue avanzando.
Las conversaciones cambiaban de un tema a otro con la facilidad de siempre.
Hasta que Andrés volvió a ponerse serio.
Andrés: Danna.
Danna: ¿Sí?
Andrés: Prométeme una cosa.
Ella sonrió.
Últimamente les daba por hacerse muchas promesas.
Danna: Depende.
Andrés: El día que nos conozcamos…
Quiero que seas exactamente como eres cuando hablamos.
Nada de intentar impresionar.
Nada de fingir.
Danna leyó aquellas palabras despacio.
Después respondió.
Danna: Solo si tú haces lo mismo.
Andrés: Trato hecho.
Antes de despedirse, Danna abrió una vez más la lista que habían escrito días atrás.

Pasó el dedo por la pantalla.
No podía tachar nada todavía.
Pero por primera vez… Sintió que ese momento estaba un poco más cerca.
Cerró el móvil.
Apagó la luz.
Y sonrió.
Porque, aunque todavía no sabía cuándo ocurriría…
Ya podía imaginar perfectamente con quién quería cumplir cada uno de esos planes.

Capítulo 32 Imaginando ese día

Martes, 12 de agosto 21:18
El aire de aquella noche era mucho más fresco que el de los días anteriores.

Danna estaba sentada en el alféizar de la ventana de su habitación con las piernas recogidas, observando cómo las farolas iluminaban la calle.

Había sido un día tranquilo.
Uno de esos días que pasan sin que ocurra nada especial.
Bueno…
Nada especial hasta que el móvil vibró.
Sonrió.
Ya era casi automático.
Andrés: ¿Qué hace mi pesada favorita?
Danna rió antes de responder.
Danna: Esperando a que mi pesado favorito apareciera.
Andrés sonrió al leer el mensaje.
Andrés: Pues ya estoy aquí. **Danna:** Menos mal.
Andrés: ¿Me has echado de menos?
Danna apoyó la cabeza contra la pared.
Pensó en mentir.

Pero ya no tenía sentido.
Danna: Sí.
Un poquito.
La respuesta llegó apenas unos segundos después.
Andrés: Yo mucho.
Ella sintió cómo una sonrisa aparecía sin pedir permiso.
Durante casi media hora hablaron de cualquier cosa.
De una serie que ambos habían empezado.
De las vacaciones que se estaban acabando demasiado rápido.
Y de lo extraño que era que hablar con alguien pudiera convertirse en la mejor parte del día.
Entonces Andrés escribió:
Andrés: Oye…
Danna: ¿Qué?
Andrés: Llevo pensando una cosa desde ayer.

Ella dejó el móvil sobre las piernas. Sabía que, cuando Andrés empezaba una frase así, siempre terminaba sorprendiéndola.

Danna: Cuéntame.
Los tres puntitos aparecieron.
Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Andrés: Cuando nos conozcamos…
¿Cómo te imaginas que será?
Danna sonrió.
Había pensado en eso muchas veces.
Demasiadas.
Pero nunca se había atrevido a decirlo.
Danna: ¿La verdad?
Andrés: Siempre.
Respiró hondo.
Y empezó a escribir.
Danna: Creo que estaré muy nerviosa.
Andrés: Yo también.
Danna: Tanto que seguramente no sabré qué decir.

Andrés: Yo seguramente tampoco. Ella soltó una risa.
Danna: Menudo desastre.
Andrés: El mejor desastre.
Pasaron unos segundos.
Después Andrés volvió a escribir.
Andrés: ¿Crees que nos reconoceríamos enseguida?
Danna recordó la videollamada.
Su sonrisa.
Su pelo rizado.
Sus ojos marrón claro.
Respondió sin dudar.
Danna: Sí.
Andrés: ¿Tan segura estás?
Danna: Claro.
Danna: Te reconocería aunque hubiera mil personas.
Andrés leyó aquella frase varias veces.
Sin darse cuenta, se quedó sonriendo delante de la pantalla.
Andrés: Vale…
Mi turno.
Danna: A ver.
Andrés: Yo creo que llegarías antes que yo.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque eres muy puntual.
Ella rió.
Danna: Eso es verdad.
Andrés: Estarías mirando el móvil para disimular los nervios.
Danna: También.
Andrés: Y cuando levantaras la cabeza…
Me verías acercarme.
Danna dejó de escribir.
Aquella imagen apareció en su cabeza con una claridad sorprendente.
Podía imaginarlo perfectamente.
Danna: ¿Y qué harías tú?
Andrés tardó unos segundos en responder.
Andrés: Sonreír.

Solo eso.
Porque creo que en ese momento me olvidaría de todo lo que había pensado decir.
Ella sintió un cosquilleo en el estómago.
Nunca una escena imaginaria le había parecido tan real.
Después cambiaron de tema.
Hablaron de música.
De helados.
Y de quién perdería primero una partida de cartas si algún día jugaban.
Las risas volvieron a llenar la conversación.
Hasta que Andrés envió un mensaje inesperado.
Andrés: ¿Y si empezamos a organizarlo?
Danna sintió cómo el corazón se aceleraba.
Miró la pantalla durante varios segundos.
No porque no quisiera.
Sino porque, de repente, todo parecía mucho más cercano.
Danna: ¿De verdad?
Andrés: Sí.
Andrés: Sin fecha.
Solo empezar a pensarlo.
Ella sonrió.
Danna: Me gusta la idea. **Andrés:** Perfecto.
Andrés: Mañana buscamos un sitio que nos venga bien a los dos.
Danna respondió con un simple:
Danna: Vale.
Pero antes de que pudiera guardar el móvil, llegó otro mensaje de Andrés.
Andrés: Aunque…
Danna: ¿Qué pasa?
Andrés: Mis padres me han dicho hoy que este fin de semana igual tenemos que ir a visitar a mis abuelos.
No sé si podré conectarme mucho.
Danna bajó la mirada.
No era una gran noticia.
Pero tampoco quería darle importancia.

Danna: No pasa nada.
Ya habrá tiempo.
Andrés: ¿No te enfadas?
Ella sonrió.
Danna: No.
Lo importante no es que sea este fin de semana. Lo importante es que algún día pasará.
Andrés apoyó el móvil sobre el pecho.
Aquellas palabras consiguieron tranquilizarlo.
Andrés: Gracias por esperar.
Danna: Gracias por quedarte.
Aquella noche, antes de dormir, Danna abrió la lista que habían escrito días atrás.
Por primera vez añadió una línea nueva.
- Encontrarnos por primera vez.
La leyó unos segundos.
No la tachó.
Todavía no.
Pero sonrió.
Porque, aunque aún no hubiera una fecha… Los dos ya caminaban hacia el mismo lugar.

Capítulo 33 El lugar perfecto

Miércoles, 13 de agosto 20:56
Danna llevaba toda la tarde pensando en la conversación del día anterior.
No podía dejar de imaginar aquel momento en el que, por fin, ella y Andrés se encontraran frente a frente.
Hasta hacía poco, la idea le provocaba más nervios que ilusión.
Ahora era diferente.
Seguía sintiendo miedo, claro.
Pero también tenía ganas.
Muchas.
Estaba sentada en la cama con el portátil abierto sobre las piernas

cuando el móvil vibró.
Sonrió al instante.
Andrés: Ya estoy en casa.
Danna: ¿Qué tal el día?
Andrés: Largo.
Andrés: Pero ahora mejor. Danna negó con la cabeza mientras sonreía.
Danna: Cada vez eres más cursi.
Andrés: Y tú cada vez te quejas menos.
Ella soltó una pequeña risa.
No podía negarlo.
Durante unos minutos hablaron de sus días.

Andrés le contó que había ayudado a su padre en la tienda y que un cliente había pasado casi media hora intentando decidir entre dos cosas prácticamente iguales.

Danna le habló de la película que había visto con su madre y de cómo había terminado llorando aunque llevaba toda la tarde diciendo que no era triste.

Andrés: Te emocionas con facilidad.
Danna: Eso es mentira.
Andrés: Te emocionaste con la canción que te mandé.
Danna se quedó mirando la pantalla.
Danna: Eso fue diferente.
Andrés: Claro.
Andrés: Porque te la mandé yo.
Ella sintió cómo las mejillas empezaban a calentarse.
Danna: Qué creído eres. **Andrés:** Un poquito.
Pasaron unos segundos.
Después Andrés escribió:
Andrés: Oye…
Danna: Dime.
Andrés: He estado pensando en lo de vernos.
El corazón de Danna dio un pequeño salto.

Se incorporó sobre la cama.
Danna: Yo también.
Andrés: Pero no quiero buscar todavía una cafetería ni una plaza.
Danna frunció el ceño.
Danna: ¿Entonces?
Andrés: Quiero preguntarte algo diferente.
Los tres puntitos aparecieron y desaparecieron varias veces.
Finalmente llegó el mensaje.
Andrés: Si pudieras viajar a cualquier país del mundo…
Andrés: ¿Cuál elegirías?
Danna sonrió.
No esperaba esa pregunta. Dejó el móvil sobre las piernas y miró hacia la ventana.
Había demasiados lugares que quería conocer.
Danna: Es difícil.
Andrés: Tienes que elegir.
Danna: ¿Solo uno?
Andrés: Bueno…
Andrés: Podemos hacer una lista.
Ella soltó una risa.
Danna: A ti te encantan las listas.
Andrés: Funcionan.
Danna abrió el mapa en el portátil.
Empezó a observar distintos países.
Durante unos segundos imaginó todos los lugares que alguna vez había querido conocer.
Danna: Grecia.
Andrés: ¿Grecia?
Danna: Sí.
Danna: Me encantan las casas blancas, el mar y esas calles pequeñas llenas de flores.
Andrés buscó algunas imágenes. **Andrés:** Santorini parece muy bonito.
Danna: Muchísimo.
Andrés: Aunque seguro que te pasarías todo el viaje haciendo fotos.

Danna: Y tú quejándote.
Andrés: Pero saldría en todas.
Ella sonrió.
Podía imaginarlo perfectamente.
Andrés: Mi turno.
Danna: A ver.
Andrés: Japón.
Danna abrió mucho los ojos.
Danna: No me esperaba eso.
Andrés: ¿Por qué?
Danna: No sé.
Danna: Pensaba que elegirías algo más cerca.
Andrés: Siempre he querido conocer Tokio.
Andrés: Y probar comida que no sé pronunciar.
Danna soltó una carcajada.
Danna: Seguro que acabarías pidiendo pizza. **Andrés:** Probablemente.
El juego continuó.
Francia apareció enseguida.
Danna: París tiene que ser precioso de noche.
Andrés: Sí.
Andrés: Aunque está demasiado asociado con parejas.
Danna: ¿Y eso es malo?
Andrés tardó unos segundos en responder.
Andrés: Depende de con quién vayas.
Danna mordió suavemente su labio inferior mientras sonreía.
Después hablaron de Suiza.
De sus montañas.
De los trenes atravesando paisajes cubiertos de nieve.
Danna: Me encantaría ver un lago rodeado de montañas.
Andrés: Yo acabaría congelado.
Danna: Dramático.
Andrés: Realista.
Noruega fue el siguiente país.
Andrés dijo que quería ver una aurora boreal al menos una vez en su vida.

Danna estuvo de acuerdo.
Danna: Imagínate verla tumbados sobre la nieve.
Andrés: Imagínate que sobrevivo al frío.
Ella soltó una carcajada.
Danna: Llevaríamos mantas.
Andrés: Entonces acepto
También hablaron de Irlanda.
Andrés dijo que le atraían los acantilados, los campos verdes y los castillos antiguos.
Danna eligió Portugal por sus calles, sus azulejos y las vistas de Oporto.
Cada país se convertía en una conversación diferente.
En un plan imposible.
En una pequeña escena que los dos imaginaban juntos.
Y, aunque sabían que eran demasiado jóvenes para organizar un viaje así, ninguno quería detener el juego.
Era bonito imaginar.
Después de casi una hora, Andrés escribió:
Andrés: Vale.
Andrés: Última pregunta.
Danna: ¿La definitiva?
Andrés: Sí.
Andrés: Si solo pudiéramos hacer un viaje juntos…
Andrés: Uno en toda nuestra vida.
Andrés: ¿Qué país elegirías?
Danna se quedó quieta.
Volvió a mirar el mapa.
Grecia era preciosa.
Francia parecía romántica.
Suiza tenía paisajes increíbles.
Noruega tenía las auroras.
Portugal tenía ese encanto tranquilo que siempre le había gustado.
Pero había un país que reunía todo lo que ella imaginaba cuando pensaba en un viaje especial.
Calles antiguas.
Ciudades llenas de historia.

Mar.
Atardeceres.
Comida.
Arte. Sonrió.
Y escribió una sola palabra.
Danna: Italia.
Esperó.
Durante unos segundos no llegó respuesta.
Después aparecieron los tres puntitos.
Andrés: Iba a decir exactamente lo mismo.
Danna abrió mucho los ojos.
Danna: ¿En serio?
Andrés: Sí.
Andrés: Siempre he querido conocer Roma.
Andrés: Ver el Coliseo.
Andrés: Lanzar una moneda en la Fontana di Trevi.
Andrés: Y comer pizza en Nápoles.
Danna sonrió mientras imaginaba cada lugar.
Danna: Yo quiero recorrer la Costa Amalfitana.
Danna: Ver el atardecer en Venecia.
Danna: Y comer helado mientras caminamos sin saber adónde vamos.
Andrés tardó unos segundos. **Andrés:** Eso suena perfecto.
Danna: Demasiado perfecto.
Danna abrió varias fotografías de Italia.
Roma al atardecer.
Las calles estrechas de Florencia.
Los canales de Venecia.
Los pueblos de colores frente al mar.
Cuanto más miraba, más fácil le resultaba imaginar a Andrés a su lado.
Riéndose.
Haciendo bromas.
Quejándose de que ella quería hacer demasiadas fotos.
Andrés: Entonces ya está decidido.
Danna: ¿El qué?

Andrés: Italia es el lugar perfecto.
Danna sintió un pequeño vuelco en el pecho.
Danna: Algún día.
Andrés: Algún día.
Aquellas dos palabras parecían una promesa.
Lejana. Quizá imposible.
Pero compartida.
Danna: Prométeme una cosa.
Andrés: Dime.
Danna: Si algún día vamos…
Danna: La primera foto tiene que ser delante del Coliseo.
Andrés sonrió al otro lado de la pantalla.
Andrés: Trato hecho.
Danna: Y no puedes salir con los ojos cerrados.
Andrés: Eso no depende de mí.
Danna: Entonces haremos veinte.
Andrés: Sabía que acabarías llenándome la galería.
Danna: Y tú fingirás que te molesta.
Andrés: Seguramente.
Hubo unos segundos de silencio.
Danna observó una imagen de Roma iluminada de noche.
No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que pudieran cumplir aquel sueño.
Meses.
Años. Quizá nunca.
Pero, por alguna razón, la idea no le parecía absurda.
Porque ya no se trataba solo de viajar.
Se trataba de hacerlo con él.
Andrés: Oye…
Danna: ¿Sí?
Andrés: Antes quería conocer Italia.
Andrés: Ahora quiero conocerla contigo.
Danna dejó de respirar durante un instante.
Leyó el mensaje varias veces.
No era una declaración.
Pero se parecía demasiado a una.

Apoyó el móvil sobre el pecho y cerró los ojos.
Después respondió:
Danna: Creo que a mí me pasa lo mismo.
Antes de despedirse, guardaron varias fotografías del país.
Una de Roma.
Otra de Venecia.
Otra de la Costa Amalfitana. Y una última del Coliseo.
Danna creó una carpeta en su galería.
La llamó:
Italia, algún día.
Se quedó mirando el nombre durante unos segundos.
Sonrió.
Después añadió la fotografía del Coliseo. La primera de un viaje que todavía no había empezado.

Capítulo 34
Hay promesas que se cumplen

Jueves, 14 de agosto 00:00
Danna estaba tumbada en la cama.
Las luces de la habitación estaban apagadas.
Solo la iluminaba la pantalla del móvil.
Miró la hora.
23:59.
Sonrió.
No sabía por qué.
Pero tenía la sensación de que alguien iba a escribirle.
Los segundos parecían avanzar despacio.
Cinco…
Cuatro…
Tres…
Dos…
Uno. El móvil vibró.
00:00

Andrés: Feliz cumpleaños, pesada.
Los ojos de Danna se llenaron de brillo.
Sonrió de inmediato.
Había cumplido su promesa.
Era la primera persona en felicitarla.
Danna: ¿Has esperado despierto solo para esto?
Andrés: Claro.
Te prometí que sería el primero.
Y las promesas no se rompen.
Danna se quedó mirando la pantalla durante unos segundos.
No sabía cómo podía hacerle tanta ilusión un simple mensaje.
Pero no era un simple mensaje.
Era él.
La mañana transcurrió entre abrazos, llamadas y felicitaciones.
Su tío había preparado un desayuno especial y la casa estaba llena de globos y pequeñas decoraciones.
A media mañana sonó el timbre.
—¿Esperamos a alguien? —preguntó Danna. Su tío negó con la cabeza.
Fue a abrir la puerta.
Desde el pasillo se escuchó una voz.
—¿Es aquí donde vive Danna?
—Sí.

Un repartidor apareció con un enorme ramo de flores envuelto en papel blanco y un peluche de color crema con un lazo azul.

Danna abrió mucho los ojos.
—¿Eso… es para mí?
El repartidor sonrió.
—Sí.
Firme aquí, por favor.
Con las manos temblando, cogió el ramo.
Entre las flores había un pequeño sobre.
Reconoció el nombre de inmediato.
Para la cumpleañera más pesada que conozco.

Sonrió antes incluso de abrirlo.
Dentro había una carta escrita a mano.

Feliz cumpleaños, Danna. Ojalá pudiera darte este regalo en persona, pero, mientras ese día llega, quería que hoy supieras que alguien, aunque esté a kilómetros de distancia, ha pensado en ti desde que empezó el día.

Gracias por aparecer en mi vida por un simple error.
Espero que este sea el primero de muchos cumpleaños que pueda felicitarte.
Con cariño…
Andrés.
Cuando terminó de leer, levantó la vista.
Tenía los ojos llenos de lágrimas.
Su tío sonrió desde la cocina.
—¿Es de ese chico del que tanto hablas?
Danna asintió en silencio.
Abrazó el peluche con fuerza.
No porque fuera un regalo.
Sino porque detrás de él había tiempo.
Esfuerzo.
Y alguien que había querido hacerla feliz.
Un rato después cogió el móvil.
Danna: Eres idiota.
Andrés tardó apenas unos segundos en responder. **Andrés:** ¿Te ha llegado?
Danna: Sí.
Andrés: Pensaba que no iba a llegar a tiempo.
Danna sonrió mientras acariciaba una de las flores.
Danna: ¿Cómo has hecho esto?
Andrés: Llevo semanas ahorrando.
Ella dejó de respirar durante un instante.
Danna: ¿Semanas?
Andrés: Quería que tuvieras un cumpleaños especial.
Aunque yo no pudiera estar allí.

Danna sintió que el corazón se le encogía.
Nunca nadie había hecho algo así por ella.
Danna: No hacía falta…
Andrés: Sí hacía falta.
Porque te lo mereces.
Esa noche, antes de dormir, Danna colocó el ramo sobre su escritorio.
El peluche quedó sentado encima de la cama.
Miró la carta una vez más.
Después abrió el chat. Escribió un mensaje.
Lo borró.
Escribió otro.
También lo borró.
Finalmente envió uno muy sencillo.
Danna: Gracias por hacer que este haya sido el mejor cumpleaños de mi vida.
Andrés leyó el mensaje varias veces.
Sonrió.
Y respondió: **Andrés:** El año que viene intentaré superarlo.

Capítulo 35 Esta vez no quiero imaginarlo

Viernes, 15 de agosto 21:37
El ramo seguía sobre el escritorio de Danna.

Su tío había buscado el jarrón más grande de la casa, pero ni siquiera así habían conseguido colocar todas las flores sin que algunas quedaran inclinadas hacia los lados. El peluche, en cambio, ocupaba casi media cama y parecía observarla desde la almohada con aquel lazo azul alrededor del cuello.

Danna llevaba todo el día sonriendo cada vez que entraba en su habitación.

Había leído la carta de Andrés tantas veces que ya conocía algunas frases de memoria.
Gracias por aparecer en mi vida por un simple error.
Pasó el dedo suavemente por la tinta.

La letra de Andrés era especialmente bonita. Algunas palabras estaban inclinadas y otras parecían escritas con demasiada prisa. Pero aquello hacía que la carta fuera todavía más suya.

No era un mensaje en una pantalla.
Él había sostenido aquel papel.
Había pensado cada frase. La había escrito para ella.
Danna volvió a doblarla con cuidado y la guardó dentro del sobre.
Justo entonces, el móvil vibró sobre la cama.
Andrés: ¿Cómo sigue la cumpleañera?
Ella sonrió y se sentó junto al peluche.
Danna: Un día más vieja.
Andrés: Dramática.
Danna: Tengo diecisiete. Ya puedo quejarme de la edad.
Andrés: Yo también tengo diecisiete.
Danna: Pero a ti te queda menos para los dieciocho.
Andrés: No me lo recuerdes.
Danna soltó una pequeña risa.
Danna: ¿Te da miedo hacerte mayor?
Andrés tardó unos segundos en responder.
Andrés: Un poco.
Danna: ¿Por qué?
Los tres puntos aparecieron y desaparecieron varias veces.
Andrés: Porque todo el mundo espera que tengas claro lo que vas a hacer con tu vida.
Andrés: Y yo todavía no sé ni qué voy a desayunar mañana.
Ella se rio.
Danna: Eso sí que es preocupante.
Andrés: Muchísimo.
Danna apoyó la espalda en el cabecero.

Había algo especial en aquellas conversaciones. Podían pasar de una broma absurda a hablar de sus miedos sin que resultara extraño.

Danna: Yo tampoco tengo todo claro.
Andrés: ¿No?
Danna: No.
Danna: Pero creo que nadie lo tiene de verdad.
Andrés leyó el mensaje despacio.
Andrés: Tú siempre consigues tranquilizarme.
Danna sintió aquel pequeño cosquilleo que ya conocía demasiado bien.
Danna: Para eso estamos los números equivocados.
Andrés: Mi favorito, además.

Al otro lado de la ciudad, Andrés estaba sentado en el borde de su cama.
Había intentado concentrarse en una película, pero apenas sabía qué estaba ocurriendo. Llevaba todo el día pensando en la fotografía que Danna le había enviado esa mañana.

Aparecía abrazando el peluche, con el ramo detrás y una sonrisa enorme.
La había guardado en favoritos.
También la había mirado demasiadas veces.
Su padre pasó frente a la puerta y se detuvo al verlo con el móvil entre las manos.
—¿Le gustó el regalo?
Andrés levantó la vista.
—Mucho.
—Se nota.
—¿Por qué?
—Porque llevas desde ayer con la misma sonrisa.
Él negó con la cabeza, aunque no pudo evitar reírse.
Su padre entró en la habitación y se apoyó en el marco de la puerta.
—¿Cuándo vais a conoceros?
La pregunta lo dejó quieto.

—No lo sé.
—¿No habéis hablado de ello? —Sí. Muchas veces.
—¿Y qué os detiene?
Andrés bajó la mirada hacia la pantalla.
No había una sola respuesta.
Los nervios.
La distancia.
El miedo a que todo cambiara.

Y el hecho de que, hasta ese momento, imaginar aquel encuentro había sido mucho más sencillo que organizarlo de verdad.

—Creo que los dos tenemos miedo —admitió.
Su padre asintió.
—Eso es normal.
—¿Y si en persona no es igual?
—No será igual.
Andrés levantó la vista, sorprendido.
—Gracias por los ánimos.
Él soltó una risa.

—No he dicho que vaya a ser peor. Solo que será distinto. Una pantalla te permite pensar cada respuesta. En persona habrá silencios, nervios y momentos torpes.
—Eso no ayuda demasiado.

—La pregunta no es si será perfecto, Andrés. La pregunta es si quieres conocerla aunque no lo sea.
Él volvió a mirar la fotografía.
No necesitó mucho tiempo para encontrar la respuesta.
—Sí.
Su padre sonrió.

—Entonces habladlo con calma. En un lugar especial, durante una noche o tarde con un atardecer y con nosotros informados. No necesitas convertirlo en una misión secreta.

Andrés dejó escapar una pequeña risa.
—Tenía pensado aparecer debajo de su ventana con música.
—Ni se te ocurra.
Ambos rieron.
Pero, cuando su padre salió de la habitación, Andrés continuó pensando en sus palabras.
No quería seguir imaginando aquel día.
Quería vivirlo.
El móvil de Danna volvió a vibrar.
Andrés: Oye.
Danna: Dime.
Andrés: ¿Tus tíos saben toda nuestra historia?
Ella miró la pantalla con curiosidad.
Danna: Mi tío sabe bastante.
Andrés: ¿También sabe que quieres conocerme?
Danna tardó un poco más en responder.

Había mencionado a Andrés muchas veces. Su tío sabía cómo se habían conocido, conocía las llamadas y había visto el ramo que le había enviado.

Pero nunca se habían sentado a hablar seriamente sobre un encuentro.
Danna: Creo que lo sospecha.
Andrés: Eso no responde a mi pregunta.
Danna: Ya lo sé.
Andrés: Tramposa.
Ella sonrió.
Danna: Todavía no se lo he preguntado directamente.
Pasaron unos segundos.
Andrés: Yo acabo de hablar con mi padre.
El corazón de Danna dio un pequeño salto.
Danna: ¿Sobre nosotros?
Andrés: Sí.
Danna: ¿Y qué ha dicho?

Andrés: Que, si algún día quedamos, tiene que ser en un lugar especial, durante una noche o tarde con un atardecer y con nuestras familias sabiendo dónde estamos.

Danna leyó el mensaje dos veces.
No le parecía una condición extraña.
De hecho, la tranquilizaba.
Danna: Mi tío seguramente diría lo mismo.
Andrés: ¿Te parecería mal?
Danna: No.
Danna: Creo que sería lo mejor.
Andrés dejó el móvil sobre las piernas durante unos segundos.
Aquella respuesta le dió el valor que le faltaba.
Andrés: Entonces pregúntaselo.
Danna se quedó inmóvil.
Danna: ¿Ahora?
Andrés: Sí.
Danna: Andrés…
Andrés: No tienes que decir que sí a nada.
Andrés: Solo quiero saber si sería posible. Danna miró hacia la puerta de su habitación.
Su tío estaba abajo, viendo la televisión.
Podía ir hasta allí.
Sentarse junto a ella.
Contarle que quería conocer al chico que le había enviado las flores.
Parecía fácil.
No lo era.
Danna: Me da vergüenza.
Andrés: A mí también me dio.
Danna: ¿Y qué dijiste?
Andrés: "Papá, quiero conocer a la chica del número equivocado".
Danna se echó a reír.
Danna: No dijiste eso.
Andrés: Casi.
Danna: Seguro que te pusiste rojo.
Andrés: Eso no se puede demostrar.

Ella sonrió, pero los nervios seguían allí.
Andrés: Ve.
Andrés: Yo me quedo aquí.
Danna: ¿Y si dice que no?
La respuesta llegó enseguida.
Andrés: Entonces esperaremos.
Andrés: No voy a desaparecer porque tengamos que esperar un poco más.
Danna respiró hondo.
Aquella frase le dio la tranquilidad que necesitaba.
Dejó el móvil sobre la cama y bajó las escaleras.
Su tío estaba sentado en el sofá con una taza de té entre las manos.
Al verla aparecer, bajó el volumen del televisor.
—¿Pasa algo?
—No.
Danna se sentó a su lado.
Durante unos segundos no dijo nada.
Su tío la observó con paciencia.
—Esa cara significa que quieres preguntarme algo.
—Puede ser.
—Te escucho. Danna juntó las manos sobre las piernas.
—Es sobre Andrés.
Su tío no pareció sorprendido.
—Me lo imaginaba.
—Llevamos bastante tiempo hablando.
—Lo sé.
—Y hemos hecho videollamadas. También conoces toda la historia.
—Y el peluche ocupa media habitación —añadió su tío con una sonrisa.
Danna soltó una pequeña risa.
—También.
Hizo una pausa.
—Queremos conocernos en persona.
Su tío dejó la taza sobre la mesa.
No respondió de inmediato.
Danna sintió cómo los nervios crecían en su estómago.

—¿Dónde? —preguntó finalmente.
—Todavía no lo sabemos.
—¿Cuándo? —Tampoco.
Su tío levantó una ceja.
—Tenéis el plan muy avanzado.
—Solo queríamos saber si nos dejaríais.
El hombre guardó silencio durante unos segundos.

—No voy a decirte que no sin escucharte. Pero tampoco voy a dejar que vayas sola a un lugar que no conozco para encontrarte con alguien a quien nunca has visto en persona.

—Hemos hecho videollamadas.
—Lo sé. Y eso ayuda. Pero sigues siendo mi responsabilidad.
Danna asintió.
No quería discutir porque entendía perfectamente su preocupación.

—Su padre ha dicho que tendría que ser en un lugar especial, durante una noche o tarde con un atardecer y con las dos familias informadas.

Aquello pareció tranquilizarlo.
—Eso ya suena mejor.
—Entonces… ¿podría?
Su tío la miró con ternura.
—Podríamos organizarlo. Quizá acompañarte y quedarme cerca. Sin estar sentado en vuestra mesa, prometido. Danna abrió mucho los ojos.
—¿De verdad?
—De verdad. Pero antes quiero hablar con su padre.
—Claro.
Una sonrisa enorme apareció en el rostro de Danna.
Abrazó a su tío casi sin darle tiempo a reaccionar.
—Gracias.
—Todavía no hemos fijado nada.
—Cómo lo de viajar a Italia para la primera cita?

Danna se apartó de golpe.
—¿Cómo sabes lo de Italia?
Su tío soltó una carcajada.
—Dejaste el portátil abierto con veinte fotografías de Roma.
Danna escondió la cara entre las manos.
—Qué vergüenza.
—Ve a contárselo antes de que piense que te he secuestrado.
Ella se levantó rápidamente y subió a su habitación.
Habían pasado casi veinte minutos.
Andrés no había enviado ningún mensaje durante ese tiempo. Solo estaba esperando.
Danna se sentó en la cama y escribió.
Danna: He hablado con él.
La respuesta llegó en menos de cinco segundos.
Andrés: ¿Y?
Danna quiso alargar el misterio.
Solo un poco.
Danna: Ha hecho muchas preguntas.
Andrés: Danna.
Danna: Muchísimas.
Andrés: Me vas a matar.
Ella soltó una risa.
Danna: Ha dicho que sí.
Durante varios segundos no llegó respuesta.
Después aparecieron los tres puntos.
Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Andrés: ¿De verdad?
Danna: Sí.
Danna: Quiere hablar con tu padre y acompañarme, pero se quedaría cerca.
Andrés: Mi padre ha dicho exactamente lo mismo.
Danna sonrió.
De repente, ya no era un sueño lejano.
No era una lista.
Ni una conversación sobre cómo se imaginarían aquel día.

Ahora podía ocurrir de verdad.
Andrés: Entonces podemos hacerlo.
Ella apoyó el móvil sobre el corazón.
Los nervios empezaron a mezclarse con la ilusión.
Danna: Podemos hacerlo.
Hablaron durante casi una hora sobre los detalles.
Descartaron lugares demasiado alejados.
Buscaron opciones con vuelos directos.
Sitios para visitar en Italia.
Una heladería.
El coliseo romano.
La torre de pisa.
La Fontana di Trevi. Aquella última opción les gustó a los dos.
Andrés: La Fontana di Trevi y un helado.
Danna: Ya podemos tachar dos cosas de la lista.
Andrés: Todavía no.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Primero tenemos que conseguir no morir de nervios.
Ella se rio.
Danna: Eso no estaba en la lista.
Andrés: Debería.
Después llegó la pregunta más importante.
Andrés: ¿Cuándo?
Danna abrió el calendario.
El sábado siguiente parecía libre.
Pero faltaba más de una semana.
Entonces vio el domingo.
Domingo, 17 de agosto.
Solo faltaban dos días.
Su corazón empezó a latir con fuerza.
Danna: ¿Este domingo sería demasiado pronto? Andrés leyó el mensaje.
Se sentó más derecho sobre la cama.
Domingo.
Dos días.
Cuarenta y ocho horas.

Sintió miedo.
Pero también una certeza que llevaba semanas creciendo.
Ya no quería seguir esperando.
Andrés: Para mí no.
Danna respiró hondo.
Danna: Tendría que confirmarlo con mi tío.
Andrés: Yo también con mi padre.
Danna: Entonces mañana lo hablamos.
Andrés: Vale.
Pasaron unos segundos.
Andrés: Danna.
Danna: ¿Sí?
Andrés: ¿Estás asustada?
Ella miró el ramo de flores. Después el peluche.
La carta.
La conversación abierta en la pantalla.
Todo aquello había empezado con miedo.
Miedo a responder.
Miedo a enviar una foto.
Miedo a escuchar su voz.
Miedo a una videollamada.
Y, aun así, cada paso había merecido la pena.
Danna: Muchísimo.
Andrés: Yo también.
Danna: Eso no ayuda.
Andrés: A mí sí.
Andrés: Significa que no voy a ser el único al que le tiemblen las manos.
Danna sonrió.
Danna: Nos va a salir fatal.
Andrés: Seguramente.
Danna: Habrá silencios incómodos.
Andrés: Muchos. **Danna:** Y puede que no sepamos ni cómo saludarnos.
Andrés: Entonces podemos empezar como siempre.
Ella frunció el ceño.

Danna: ¿Cómo?
La respuesta de Andrés apareció unos segundos después.
Andrés: Tú me llamas pesado.
Andrés: Yo te llamo pesada.
Andrés: Y después improvisamos.
Danna soltó una carcajada.
De repente, todo parecía un poco menos aterrador.
Aquella noche, Andrés abrió la galería de su móvil.
Miró la fotografía de Danna abrazando el peluche.
Después abrió la carpeta de capturas de pantalla.
Leyó aquel mensaje que había guardado semanas atrás:
Creo que ha sido el mejor error que he cometido.
Sonrió.
Hasta ese momento, toda su relación había vivido dentro de un teléfono.
Mensajes.
Fotografías. Audios.
Llamadas.
Promesas.
Pero algo estaba a punto de cambiar.
Abrió el chat una última vez.
Andrés: Buenas noches, Danna.
Danna: Buenas noches.
Andrés: Quizá la próxima vez que te diga hola…
Andrés: No sea desde una pantalla.
Danna sintió un vuelco en el pecho.
Miró el mensaje durante varios segundos.
Después respondió:
Danna: Quizá esta vez el mensaje sí nos lleve al lugar correcto.
Apagó el móvil.
Se abrazó al peluche que Andrés le había enviado y cerró los ojos.
No sabía si el encuentro sería el domingo.
Todavía faltaban permisos, horarios y una conversación entre sus madres.
Pero, por primera vez, ya no hablaban de **algún día**. Hablaban de una fecha.

Y esa fecha estaba mucho más cerca de lo que cualquiera de los dos se sentía preparado para admitir.

Capítulo 36 Italia, por fin

Domingo, 17 de agosto 10:42
Danna llevaba más de media hora mirando por la ventanilla del avión.

Debajo de las nubes comenzaban a distinguirse pequeñas carreteras, campos y edificios que parecían piezas colocadas cuidadosamente sobre un mapa.

Italia.
De verdad estaba viajando a Italia.
Y lo más increíble no era el país.
Era la persona que la esperaba allí.
—Como sigas apretando el móvil así, vas a romperlo —dijo su tío desde el asiento de al lado.
Danna aflojó los dedos y soltó una pequeña risa. —Estoy nerviosa.
—Eso ya lo había notado.
—¿Tanto se nota?
Su tío la miró con una sonrisa.
—Desde que salimos de casa has comprobado la hora unas treinta veces.
Danna volvió a mirar la pantalla.
No había ningún mensaje nuevo.

Andrés también estaría volando en aquel momento. Sus familias habían salido desde aeropuertos distintos y habían acordado encontrarse en el hotel de Roma.

La idea seguía pareciéndole imposible.
Unos días atrás hablaban de Italia como si fuera un sueño lejano.
Una promesa para dentro de muchos años.

Ahora tenía una maleta a sus pies, un billete de avión en el bolso y una reserva de hotel donde también aparecía el apellido de la familia de Andrés.

Abrió la conversación.
El último mensaje era de aquella mañana.
Andrés: La próxima vez que te escriba, estaremos en el mismo país.
Danna sonrió y volvió a leer su respuesta. **Danna:** Intenta no perderte antes de llegar.
Andrés: Si me pierdo, tendrás que encontrarme.
Danna: Qué responsabilidad.
Andrés: Tú empezaste contestando a un desconocido. Ya no puedes abandonarme ahora.
Una voz anunció que pronto comenzarían el descenso.
Danna guardó el móvil.
Su corazón empezó a latir con más fuerza.
Ya no quedaban semanas.
Ni días.
Apenas unas horas.
Andrés estaba sentado junto a la puerta de embarque de otro aeropuerto, moviendo una pierna sin parar.
Habían aterrizado antes que Danna, pero todavía tenían que recoger las maletas y llegar al hotel.
Su padre lo observaba desde el asiento de enfrente.
—Vas a hacer un agujero en el suelo.
Andrés detuvo la pierna.
—No estoy nervioso.
Su hermana Irene soltó una carcajada.
—Claro que no. —No lo estoy tanto.
—Te has peinado cuatro veces desde que bajamos del avión —añadió ella.
Andrés se pasó una mano por los rizos negros.
—El vuelo me lo ha aplastado.
—Y ahora lo estás empeorando.
—Gracias por el apoyo.

Irene sonrió con picardía.
—Cuando vea a Danna voy a contarle que casi te dejas el pasaporte en casa.
—Ni se te ocurra.
—También puedo contarle que no dormiste anoche.
—Irene.
Su padre intervino antes de que empezaran a discutir.
—Déjalo respirar. Ya está suficientemente nervioso.
Andrés cogió el móvil.
Seguía sin tener mensajes de Danna.
Miró el estado de su vuelo. Había aterrizado hacía pocos minutos.
Una sonrisa apareció en su rostro.
Ya estaba en Italia. Apenas unos kilómetros los separaban.
Por primera vez, la distancia entre ellos no se medía en ciudades ni en horas de viaje.
Solo en el tiempo que tardaran en llegar al mismo hotel.
El trayecto desde el aeropuerto hasta Roma se le hizo eterno a Danna.

Intentaba prestar atención a lo que veía por la ventana: las calles, los edificios antiguos, los carteles escritos en italiano y las motocicletas que aparecían por todas partes.

Pero sus pensamientos siempre regresaban al mismo lugar.
¿Cómo sería verlo?
Habían hecho videollamadas. Conocía su sonrisa, sus gestos y la forma en la que se tocaba el pelo cuando estaba nervioso.
Aun así, verlo delante de ella sería diferente.
Ya no podría apagar la cámara si se ponía demasiado nerviosa.
No tendría tiempo para borrar una respuesta y escribir otra.
Todo sería real.
—¿Estás arrepentida? —preguntó su tío.
Danna levantó la vista.
—No.
—¿Segura?
Miró las calles de Roma a través del cristal. —Tengo miedo, pero no

quiero volver atrás.
Su tío le apretó suavemente la mano.
—Entonces estás haciendo lo correcto.
El móvil vibró.
Danna lo cogió tan rápido que casi se le cayó.
Andrés: Hemos llegado al hotel.
Su corazón dio un salto.
Danna: Nosotros estamos a diez minutos.
Los tres puntos aparecieron inmediatamente.
Andrés: ¿Diez minutos de verdad o diez minutos de tío?
Danna soltó una risa.
Danna: De conductor italiano. Así que pueden ser tres o treinta.
Andrés: Perfecto. Nada estresante.
Danna: ¿Estás nervioso?
La respuesta tardó un poco más.
Andrés: Muchísimo.
Danna sonrió.
Danna: Yo también.
Andrés: Menos mal. **Danna:** ¿Por qué?
Andrés: Porque no quiero ser el único que olvide cómo hablar.
Ella apoyó el móvil sobre las piernas.
Era exactamente lo que necesitaba leer.
Cuando el coche se detuvo frente al hotel, Danna sintió que el estómago se le llenaba de mariposas.

El edificio era antiguo, de paredes color crema y balcones pequeños decorados con flores. Sobre la entrada había un letrero dorado y, a través de los ventanales, podía verse un vestíbulo amplio iluminado por enormes lámparas.

Su tío bajó primero para sacar las maletas.
Danna permaneció sentada.
—Tenemos que entrar —dijo su tío con suavidad.
—Ya lo sé.
—No parece.
Danna respiró profundamente.

Abrió la puerta.
El aire cálido de Roma la envolvió de inmediato.
Cada paso hacia la entrada parecía hacer que el corazón le latiera más deprisa.

Entraron en el hotel. Había varias personas esperando junto a la recepción. Familias con maletas, una pareja hablando con el recepcionista y un grupo de turistas consultando un mapa.

Danna buscó entre todos ellos.
No lo vio.
Sintió una mezcla extraña de alivio y decepción.
Quizá todavía estaba en su habitación.
Quizá había salido.
Quizá—
—Creo que estás buscando a alguien —susurró su tío.
Danna siguió la dirección de su mirada.
Y entonces lo vio.
Estaba al otro lado del vestíbulo, cerca de una de las ventanas.

Llevaba una camiseta blanca, unos vaqueros oscuros y las manos metidas en los bolsillos. Su pelo negro y rizado estaba mucho más arreglado que en las videollamadas.

Andrés también la estaba mirando.
Ninguno se movió.
Durante unos segundos, el ruido del hotel pareció desaparecer.
Danna conocía aquel rostro.
Lo había visto en fotografías. En llamadas.
En capturas de pantalla que nunca admitiría haber guardado.
Pero verlo allí era completamente diferente.
Era real.
Andrés sacó lentamente las manos de los bolsillos.
Sonrió.
La misma sonrisa que ella reconocería entre miles.
Danna sintió que todos los nervios se transformaban en algo más

cálido.
En ilusión.
En tranquilidad.
En la certeza de que había llegado al lugar correcto.
Andrés empezó a caminar hacia ella.
Danna hizo lo mismo.
Cuando estuvieron a pocos pasos, ambos se detuvieron.
—Hola… —dijo él.
Ella levantó una ceja.
—¿Solo hola?
Andrés tardó un segundo en entenderlo.
Entonces sonrió todavía más. —Hola, pesada.
Danna soltó una risa que llevaba conteniendo desde que había entrado.
—Hola, pesado.
Los dos se quedaron mirándose.
Habían imaginado aquel momento demasiadas veces.
En algunas versiones se abrazaban enseguida.
En otras no conseguían pronunciar una sola palabra.
La realidad resultó ser una mezcla de ambas.
—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó Andrés.
Danna sintió cómo se le calentaban las mejillas.
Asintió.
—Claro.
Andrés abrió los brazos con cierta timidez.
Ella se acercó.

El abrazo comenzó con cuidado, como si ambos tuvieran miedo de hacer algo mal. Pero, después de unos segundos, Danna apoyó la mejilla sobre su hombro y Andrés la rodeó un poco más fuerte.

No fue un abrazo perfecto.
Las asas del bolso de Danna quedaron atrapadas entre los dos y Andrés casi pisó una de sus maletas al separarse. Pero fue real.
Y eso lo convirtió en el mejor abrazo que cualquiera de los dos había imaginado.

—Casi me caigo —dijo él.
Danna empezó a reír.
—Habría sido una primera impresión inolvidable.
—Todavía estamos a tiempo.
—Ni se te ocurra.
Las familias se acercaron sonriendo.

Los hombres se saludaron primero. Habían hablado varias veces por teléfono para organizar el viaje, pero también era la primera vez que se veían.

Irene se colocó junto a Andrés y observó a Danna con curiosidad.
—Así que tú eres la chica del número equivocado.
Danna sonrió.
—Y tú debes de ser la hermana que conoce todas sus vergüenzas.
Andrés abrió mucho los ojos.
—No llevamos ni cinco minutos y ya os habéis aliado.
—Era inevitable —respondió Irene.
Todos comenzaron a reír. El ambiente se volvió mucho más cómodo.

Los adultos se dirigieron a la recepción para completar el registro. Mientras esperaban, Danna y Andrés se quedaron unos pasos detrás.

No sabían muy bien qué hacer con las manos.
Ni hacia dónde mirar.
Cada pocos segundos sus ojos se encontraban y los dos sonreían.
—Eres más alta de lo que parecía en la pantalla —dijo Andrés.
—Tú tienes el pelo más rizado.
Él se lo tocó instintivamente.
—El avión.
—Claro. Toda la culpa es del avión.
—Exacto.
Volvieron a reír.
Danna se dio cuenta de que su madre tenía razón.

No iba a ser igual que hablar a través del móvil.
Era mejor.

Había nervios y momentos torpes, sí. Pero también estaban sus gestos, su risa sin altavoces y la forma en la que la miraba cuando ella hablaba.
Después de dejar las maletas en las habitaciones, los adultos acordaron salir a comer juntos.

Caminaron por las calles de Roma, rodeados de edificios antiguos, balcones llenos de plantas y pequeñas cafeterías con mesas en las aceras.

Danna y Andrés avanzaban unos pasos detrás de sus padres.
Al principio, ninguno sabía qué decir.
—Qué raro se hace no tener que esperar a que respondas —comentó Andrés.
Danna sonrió.
—Ahora no puedo borrar lo que digo.
—Yo tampoco.
—Eso puede ser peligroso.
—Muchísimo.
Pasaron frente a una heladería.
Andrés se detuvo.
—Tenemos una deuda pendiente.
Danna miró el escaparate lleno de sabores.
—¿La lista?
—La lista.

Los adultos aceptaron detenerse. Danna eligió chocolate. Andrés pidió vainilla, aunque aseguró que solo lo hacía para poder probar el de ella.

—Pide chocolate tú también —dijo Danna.
—Eso sería demasiado fácil.
—No voy a darte del mío.

—Ya veremos.
Cinco minutos después, Andrés había conseguido probarlo.
Danna negó con la cabeza.
—Eres insoportable.
—Pero has compartido.
—Porque me estabas dando pena.
—Mentira.
Ella lo miró sorprendida.
—¿Cómo lo sabes?
Andrés sonrió.
—Porque ya te conozco un poquito.
La frase era la misma que había escrito semanas atrás.
Pero escucharla en persona hizo que sonara diferente.
Más cercana.
Danna bajó la mirada hacia su helado para esconder la sonrisa. Por la tarde llegaron frente al Coliseo.
Danna se detuvo en cuanto lo vio.

El edificio se alzaba ante ellos, enorme y dorado bajo la luz del sol. Había turistas por todas partes, cámaras, guías y vendedores de recuerdos.

Pero ella solo podía pensar en aquella conversación.
La primera foto tiene que ser delante del Coliseo.
Miró a Andrés.
Él ya la estaba mirando.
—Te acuerdas —dijo ella.
—Claro que me acuerdo.
Andrés sacó el móvil.
Buscaron un lugar desde el que se viera bien el monumento. Irene se ofreció a hacerles la fotografía.
Danna se colocó junto a Andrés.
Al principio dejaron cierta distancia entre ambos.
Irene bajó el teléfono.
—Así parece que no os conocéis.
—Es la primera vez que nos vemos —protestó Andrés.

—Lleváis semanas hablando. Acercaos.
Danna soltó una risa. Andrés dio un pequeño paso hacia ella.
Sus hombros se rozaron.
Ambos se quedaron quietos durante un instante.
—¿Preparados? —preguntó Irene.
Andrés miró a Danna.
—¿Esta era la promesa, no?
Ella asintió.
—La primera foto.
Los dos sonrieron.
Irene pulsó el botón.

La imagen capturó el Coliseo detrás de ellos, la luz del atardecer y dos personas que, semanas atrás, no sabían que la otra existía.

Cuando vieron la fotografía, Danna sintió un nudo en la garganta.
No era perfecta.
El pelo de Andrés estaba todavía más despeinado por el viento y Danna tenía los ojos entrecerrados por el sol.
Pero era suya.
La primera foto juntos.
—Voy a guardarla en favoritos —dijo Andrés. —Yo también.
—Y esta vez no es una captura de pantalla.
Danna sonrió.
—Esta vez estábamos en el mismo lugar.
Aquella noche, después de cenar, las familias regresaron al hotel.
Antes de entrar en sus habitaciones, Danna y Andrés se quedaron unos segundos en el pasillo.
—Ha sido raro —dijo ella.
Andrés levantó una ceja.
—¿Raro mal?
—Raro bien.
—Menos mal.
Danna lo observó.

Apenas habían pasado unas horas desde que se habían conocido en persona y, aun así, sentía que algo había cambiado.

No lo que sentía por él.
Eso seguía igual.
Lo que había cambiado era la distancia. Ahora podía poner un recuerdo real detrás de cada mensaje.
Sabía cómo sonaba su risa en una calle llena de gente.
Cómo caminaba cuando estaba nervioso.
Cómo la miraba antes de hacer una broma.
—Gracias por venir —dijo Andrés.
—Tú también has venido.
—Ya, pero…
Hizo una pausa.
—Gracias por confiar en mí.
Danna sonrió.
—Gracias por escribir aquel mensaje.
Andrés soltó una pequeña risa.
—Otra vez hemos vuelto al principio.
—Siempre volvemos.
Hubo unos segundos de silencio.
Después él abrió los brazos.
—¿Otro abrazo?
Danna se acercó sin dudar tanto como la primera vez.
—Otro. Esta vez el abrazo fue más natural.
Más tranquilo.
Cuando se separaron, ambos seguían sonriendo.
—Buenas noches, pesada —dijo Andrés.
—Buenas noches, pesado.
Danna entró en su habitación.
Dejó el bolso sobre la cama y sacó el móvil.
Tenía un mensaje nuevo.
Andrés: Ya te echo de menos.
Ella soltó una carcajada.
Solo los separaban unas pocas habitaciones.
Danna: Estamos en el mismo hotel.

Andrés: Lo sé.
Danna: Eres un exagerado.
Andrés: También lo sé**.**
Danna se tumbó en la cama y abrió la fotografía del Coliseo.
La observó durante varios segundos.
Después la guardó en la carpeta que había creado semanas atrás.
Italia, algún día. Cambió el nombre.
Italia, por fin.
Sonrió antes de apagar la pantalla.
El viaje acababa de empezar.
Y, por primera vez desde aquel mensaje equivocado, Danna y Andrés ya no necesitaban imaginar cómo sería estar juntos.
Ahora tenían Roma.
Un helado compartido.
Una fotografía frente al Coliseo.

Y varios días por delante para descubrir qué ocurría cuando dos personas que se habían conocido mediante palabras comenzaban a escribir su historia en el mismo lugar.

Capítulo 37 Roma también sonríe

Lunes, 18 de agosto 08:34
El sonido de las campanas de una iglesia cercana despertó a Danna.
Abrió lentamente los ojos y tardó unos segundos en recordar dónde estaba.

Las cortinas de la habitación dejaban pasar la luz del sol y, al otro lado de la ventana, podía verse parte de los tejados de Roma.

Sonrió.
No era un sueño.
Estaba en Italia.
Y, por primera vez desde que todo había empezado, Andrés estaba a solo unos metros de distancia.

Cogió el móvil por costumbre.
Tenía un mensaje recibido hacía apenas un minuto.
Andrés: Buenos días, pesada.
Danna sonrió.

Danna: Buenos días. **Danna:** Sigues escribiéndome aunque estemos en el mismo hotel.

La respuesta llegó enseguida.
Andrés: Las costumbres no se pierden tan fácil.
Ella soltó una pequeña risa.
Danna: Nos vemos abajo en media hora.
Andrés: Allí estaré.
Media hora después, los dos adultos coincidieron en el comedor del hotel.
El aroma del café recién hecho llenaba la sala mientras varios turistas hablaban en distintos idiomas.
Danna apareció con un vestido blanco sencillo y unas zapatillas cómodas.
Al verla entrar, Andrés dejó de remover el zumo.
No dijo nada.
Simplemente sonrió.
Ella se acercó hasta la mesa.
—Buenos días.
—Buenos días —respondió él.
—¿Qué?
—Nada. —¿Seguro?
Andrés negó con la cabeza.
—Es que...
Te queda muy bien ese vestido.
Danna sintió cómo las mejillas empezaban a calentarse.
Bajó la mirada con una sonrisa tímida.
—Gracias.
Irene, la hermana de Andrés, carraspeó exageradamente.
—¿Podéis desayunar antes de que me dé diabetes?
Todos comenzaron a reír.

Después del desayuno decidieron caminar hasta el Coliseo.
Aunque el día anterior ya lo habían visto desde fuera, aquella mañana iban a visitarlo por dentro.
Las calles de Roma estaban llenas de vida.
Pequeñas cafeterías.
Músicos tocando el violín.
Personas sentadas en las terrazas disfrutando del buen tiempo.
Danna no sabía hacia dónde mirar.
Todo le parecía precioso.
—¿Sabes qué? —preguntó Andrés. —¿Qué?
—Llevas sonriendo desde que salimos del hotel.
Ella miró alrededor.
—¿Y cómo no voy a sonreír?
Mira esto.
Andrés no miró los edificios.
La miró a ella.
—Sí.
Ya estoy mirando.
Danna sintió un cosquilleo en el estómago.
Le dio un pequeño golpe en el brazo.
—No seas cursi.
—No lo intento.
Solo digo la verdad.
Cuando llegaron al Coliseo, ambos se quedaron impresionados.
Habían visto cientos de fotografías.
Pero ninguna hacía justicia a lo enorme que era.

Entraron junto a sus familias y comenzaron la visita. Mientras el guía explicaba la historia del lugar, Andrés se acercó un poco más a Danna.

—Tengo una duda.
Ella lo miró.
—¿Cuál?
—¿Te acuerdas de la lista?
Danna sonrió.

¿Cómo olvidarla?
La primera lista que habían hecho juntos.
—Claro.
—Pues creo que podemos tachar una cosa.
Ella levantó una ceja.
—¿Cuál?
—Conocer Italia.
Danna sonrió mientras sacaba el móvil.
Abrió las notas.
Buscó aquella lista escrita semanas atrás.
Con una sonrisa enorme escribió:

C onocer ~~Italia.~~ Los dos se quedaron mirando la pantalla durante unos segundos.

No parecía gran cosa.
Pero significaba mucho.
Era el primer sueño que cumplían juntos.
Después de la visita decidieron pasear sin rumbo.
Sin mapas.
Sin prisas.
Solo caminando.
Entraron en pequeñas tiendas.
Probaron un trozo de pizza italiana.
Compraron un imán para la nevera.
Y discutieron durante casi diez minutos porque Andrés aseguraba que el mejor helado era el de vainilla.
—Chocolate —insistía Danna.
—Vainilla.
—Chocolate.
—Vainilla.
El heladero los observó divertido.
Finalmente les preparó un helado mitad chocolate y mitad vainilla.
—Así dejáis de discutir.
Los dos empezaron a reír.
—Ha ganado él —dijo Andrés.

—No.
Ha ganado el heladero.
Al caer la tarde llegaron a una plaza llena de artistas callejeros.
Un hombre tocaba el violín mientras varias parejas bailaban alrededor.
Danna se quedó observando la escena.
—Qué bonito...
Andrés la miró unos segundos.
Después extendió la mano.
Ella lo observó sorprendida.
—¿Qué haces?
—Invitarte a bailar.
Los ojos de Danna se abrieron de golpe.
—¿Aquí?
—¿Por qué no?
Ella empezó a reír.
—Porque no sé bailar. —Yo tampoco.
—Entonces haremos el ridículo.
Andrés sonrió.
—Pero lo haremos juntos.
Danna dudó unos segundos.
Después colocó su mano sobre la de él.
No bailaban especialmente bien.
De hecho, Andrés casi le pisó el pie dos veces.
Y Danna no podía dejar de reír.
Pero ninguno de los dos parecía preocupado por hacerlo perfecto.
Solo querían disfrutar del momento.
Cuando terminó la música, ambos seguían riéndose.
—Creo que nunca volverán a dejarnos bailar aquí —bromeó Danna.
—Seguramente nos han prohibido la entrada.
Aquella noche regresaron al hotel cansados.
Las familias subieron a descansar.
Antes de despedirse en el pasillo, Andrés miró a Danna.
—Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida. Ella sonrió.
—Del mío también.
Él metió las manos en los bolsillos.

—¿Sabes qué es lo mejor?
—¿Qué?
—Que todavía nos quedan seis días aquí.
Danna levantó la vista.
Era verdad.
Aquel viaje acababa de empezar.
Y aún les quedaban muchos recuerdos por crear.
Sonrió.
—Entonces será mejor aprovecharlos.
Andrés asintió.
—Buenas noches, pesada.
Ella soltó una pequeña risa.
—Buenas noches, pesado.

Los dos entraron en sus habitaciones. Y, antes de dormirse, Danna abrió la libreta que Andrés le había regalado.

Escribió con cuidado:
18 de agosto.

Hoy entendí que hay ciudades preciosas… pero todavía son más bonitas cuando las descubres con la persona adecuada.

Cerró la libreta.
Apagó la luz.
Y sonrió. Porque el viaje de sus sueños apenas acababa de comenzar.

Capítulo 38 El atardecer más bonito

Martes, 19 de agosto 09:12
Danna abrió las cortinas de la habitación.
La ciudad ya estaba completamente despierta.

Los coches recorrían las calles, las cafeterías comenzaban a llenarse y el aroma del café italiano llegaba incluso hasta la ventana del hotel.

Sonrió.
Era su segundo día completo en Roma.
Y todavía le costaba creer que todo aquello fuera real.
Cogió el móvil.
Andrés: Buenos días, pesada.
Ella empezó a reír.
Danna: ¿Algún día dejarás de escribirme antes de vernos?
Andrés: No.
Danna: ¿Por qué?
Andrés: Porque fue así como empezó todo. Danna leyó el mensaje una segunda vez.
Tenía razón.
Todo había empezado con un simple "Hola".
Y, aunque ahora solo les separara un pasillo del hotel, ninguno quería perder aquella costumbre.

Después del desayuno, las dos familias decidieron visitar el **Castillo de Sant'Angelo** y caminar hasta la **Plaza de San Pedro**.

Mientras los adultos hablaban entre ellos, Andrés y Danna caminaban unos pasos por detrás.
—¿Sabes qué estaba pensando? —preguntó Andrés.
—¿Qué?
—Que eres mucho más habladora en persona de lo que imaginaba.
Danna abrió mucho los ojos.
—¿Eso es bueno o malo?
—Buenísimo.
—¿Por qué?
—Porque por mensajes siempre pensaba que te quedabas cosas sin decir.
Ella sonrió.
—Y tú haces más bromas en persona. —¿Demasiadas?

—Las justas.
Al llegar a la Plaza de San Pedro, ambos levantaron la cabeza al mismo tiempo.
El lugar era inmenso.
Había personas de todas partes del mundo.
Durante unos minutos caminaron sin decir una sola palabra.
Simplemente observaban.
—Es increíble... —susurró Danna.
Andrés asintió.
—Sí.
Pero creo que lo recordaré más por con quién estoy que por el sitio.
Ella sintió cómo el corazón empezaba a latir un poco más deprisa.
No respondió.
Solo caminó un poco más cerca de él.
Después de comer, las familias decidieron dividirse durante un rato.
Los hombres fueron a tomar un café a una terraza cercana.
Les dijeron a Danna y Andrés que podían pasear por la plaza todo lo que quisieran, se habían ganado la confianza de ambos. Era la primera vez que estaban prácticamente solos.
Los dos caminaron despacio.
Sin prisa.
Sin mirar el reloj.
Entraron en una pequeña tienda de recuerdos.
Había llaveros, postales, tazas y pequeñas maquetas del Coliseo.
Danna cogió una postal con un dibujo de Roma al atardecer.
—Es preciosa.
Andrés la miró.
—¿Verdad?
Ella asintió con la cabeza.
Y en un descuido, apareció Andrés con la postal y acompañado de un:
—Te lo mereces, preciosa.
Ella empezó a sonrojarse y dejó escapar una tierna sonrisa.
Al salir de la tienda, Andrés se quedó unos segundos mirando un puesto de pulseras hechas a mano.
Había una de hilo azul.

Y otra de hilo beige.
Las dos llevaban una pequeña estrella de plata. Sin decir nada, las compró.
Danna lo observó curiosa.
—¿Qué has hecho ahora?
Él sonrió.
—Espera.
Cuando estuvieron sentados en un banco, abrió la bolsita.
Sacó las dos pulseras.
—Quería preguntarte una cosa.
Ella lo miró sorprendida.
—Dime.
—¿Te gustaría que lleváramos la misma?
Danna sintió un cosquilleo en el estómago.
—¿Como una amistad?
Andrés sonrió.
—Como un recuerdo.
Ella no tardó ni un segundo.
—Sí.
Él cogió la pulsera azul.
Con un poco de nervios, la ató alrededor de la muñeca de Danna.
Después ella hizo lo mismo con la beige.
Los dos levantaron las manos al mismo tiempo.
Sonrieron.
—Ahora sí.
—¿Qué?
—Aunque volvamos a España...
Siempre llevaremos un trocito de Roma.
Cuando empezó a caer la tarde, caminaron hasta un mirador desde el que podía verse gran parte de la ciudad.
El cielo comenzaba a teñirse de tonos naranjas y rosados.
Danna apoyó los brazos sobre la barandilla.
—Creo que nunca había visto un atardecer tan bonito.
Andrés no respondió.
Ella giró la cabeza.
Él la estaba mirando.

No el cielo.
A ella.
—¿Qué pasa?
Andrés sonrió con timidez.
—Que yo sí. Danna notó cómo sus mejillas se calentaban.
Bajó la mirada.
No sabía qué decir.
Por primera vez desde que se conocían...
Los dos permanecieron en silencio.
Un silencio diferente.
No incómodo.
Solo lleno de cosas que todavía ninguno se atrevía a decir.
El viento movió suavemente el pelo de Danna.
Ella se apartó un mechón detrás de la oreja.
Andrés respiró hondo.
Por un momento estuvo a punto de cogerle la mano.
Estuvo realmente a punto.
Pero los nervios pudieron más.
Y simplemente sonrió.
Mientras regresaban hacia donde estaban sus familias, Danna rompió el silencio.
—¿Sabes una cosa?
—¿Cuál?
—Me alegro muchísimo de haber contestado aquel mensaje. Andrés soltó una pequeña risa.
—Yo también.
Porque si no me hubiera equivocado de número...
Nunca habría conocido a la persona que está haciendo que este viaje sea inolvidable.
Ella lo miró.
Sonrió.
Y, sin pensarlo demasiado...
Le dio un pequeño empujón con el hombro.
—Qué cursi eres.
—Muchísimo.
Los dos comenzaron a reír.

Y siguieron caminando por las calles de Roma, con las pulseras brillando bajo la luz del atardecer.
Aquella noche, antes de dormir, Danna escribió una nueva frase en la libreta que Andrés le había regalado.

"Hay ciudades que enamoran por sus monumentos. Roma me enamoró por las personas que caminaban a mi lado."

Cerró la libreta. Miró la pulsera de su muñeca.
Sonrió.
Y comprendió que algunos recuerdos no necesitaban fotografías para quedarse contigo toda la vida.

Capítulo 39 La distancia desapareció

Miércoles, 20 de agosto 19:06
El tercer día en Roma había pasado mucho más deprisa de lo que Danna habría querido.

Por la mañana habían visitado el **Panteón**, paseado por las estrechas calles del centro y comprado pequeños recuerdos para llevar a casa.

Andrés había insistido en entrar en cada librería que encontraban. Danna se había reído porque, al final, él había comprado más libros que ella.
—Luego dices que soy yo la que compra demasiado.
—Los libros nunca son demasiados.
—Eso lo dices porque no tienes que hacer la maleta.
—Ya encontraré sitio.
Ella negó con la cabeza entre risas.
Cada vez era más fácil estar con él.
Ya no existían los silencios incómodos.
Todo salía solo. Como si llevaran años caminando juntos.

Aquella tarde, después de cenar, las dos familias decidieron dar un paseo hasta la **Piazza Navona**.
La plaza estaba iluminada por cientos de pequeñas luces.
Los artistas pintaban retratos.
Los músicos llenaban el ambiente con canciones italianas.
Y el murmullo de la gente hacía que todo pareciera sacado de una película.
Mientras los hombres se sentaban en la terraza de una cafetería para tomar un café, el tío de Danna sonrió.
—No os alejéis demasiado.
—No os preocupéis —respondió Andrés.
—Y el móvil encendido.
—Prometido.
Los dos comenzaron a caminar despacio.
Por primera vez desde que habían llegado a Italia, no tenían ningún monumento que visitar.
Ninguna fotografía que hacerse.
Ningún plan.
Solo pasear.
—¿Sabes qué voy a echar de menos? —preguntó Danna. —¿Italia?
Ella negó con la cabeza.
—También.
Pero me refiero a esto.
Andrés miró a su alrededor.
—¿Pasear?
—Pasear contigo.
Él sonrió.
—Podemos hacerlo en España.
—No será igual.
—¿Por qué?
Danna observó las fachadas iluminadas de los edificios.
—Porque aquí todo parece más bonito.
Andrés la miró durante unos segundos.
Después respondió con una sonrisa.
—Creo que no es Roma.
—¿Entonces?

—Creo que eres tú.
Danna sintió cómo el corazón se aceleraba. Le dio un pequeño golpe en el brazo.
—Cada día eres más cursi.
—Y cada día protestas menos.
Ella no pudo evitar reír.
Continuaron caminando hasta llegar a una pequeña plaza donde un violinista interpretaba una melodía lenta.
Varias parejas bailaban alrededor.
Unos niños corrían detrás de unas palomas.
Y una pareja de ancianos permanecía sentada en un banco, cogidos de la mano.
Danna se quedó observándolos.
Sonrió.
—¿Qué miras? —preguntó Andrés.
—A ellos.
Él siguió su mirada.
Los dos permanecieron en silencio durante unos segundos.
—¿Sabes qué pienso? —dijo Andrés.
—¿Qué?
—Que ojalá dentro de muchos años sigan mirándose así.
Danna sonrió. —Yo creo que sí.
Reanudaron el paseo.
Las calles empezaban a estar menos concurridas.
Las luces amarillas de las farolas iluminaban el suelo de piedra.
De repente, Danna tropezó ligeramente con un adoquín levantado.
—¡Uy!
Antes de que pudiera perder el equilibrio, Andrés reaccionó por instinto.
Le sujetó la mano.
Durante un instante ninguno dijo nada.
Solo se miraron.
Danna sintió el calor de la mano de Andrés rodeando la suya.
Él también parecía haberse quedado inmóvil.
—Perdón... —dijo Danna, un poco nerviosa.
Él sonrió.

—¿Por qué?
—No sé… soy muy torpe
Danna miró sus manos.
Seguían unidas. Podían soltarse.
Pero ninguno de los dos lo hizo.
Volvieron a caminar.
Esta vez...
Sin separarlas.
No hablaban.
Tampoco hacía falta.
Las manos entrelazadas decían mucho más que cualquier conversación.
Danna sonrió sin apartar la vista del suelo.
—¿Qué?
—Nada.
—Te estás riendo.
Ella levantó la cabeza.
—Es que...
Nunca había imaginado que la primera vez que te cogiera de la mano sería así.
Andrés bajó la mirada.
—Yo tampoco.
Pensaba que tendría que pedir permiso. Ella empezó a reír.
—Pues menos mal que no lo has hecho.
—¿Por?
—Porque habría dicho que sí igual.
Los dos se quedaron completamente callados.
Andrés notó cómo el corazón le latía con fuerza.
Nunca una respuesta tan sencilla le había hecho tan feliz.
Continuaron caminando hasta un pequeño puente desde el que se veía el río Tíber.
Se apoyaron en la barandilla.
Pero ninguno soltó la mano del otro.
El viento movía suavemente el pelo de Danna.
Roma estaba tranquila.
Como si también quisiera detener el tiempo.

—¿Te acuerdas del capítulo uno? —preguntó Andrés.
Ella soltó una carcajada.
—¿Capítulo uno?
—Bueno...
Del primer día.
—Mucho mejor. Los dos rieron.
—Jamás imaginé que un mensaje equivocado acabaría aquí.
Danna miró sus manos unidas.
Después lo miró a él.
—Yo tampoco.
Y creo que es la casualidad más bonita de mi vida.
El reloj marcaba casi las diez cuando decidieron regresar.
A lo lejos ya podían ver a sus familias esperándolos.
Antes de llegar, Andrés se detuvo.
La miró.
—¿Sabes una cosa?
—¿Cuál?
—Creo que ya no necesito el móvil para sentir que estás cerca.
Danna sonrió.
Apretó suavemente su mano.
—Yo tampoco.
Solo entonces la soltaron.
No porque quisieran.

Sino porque iban a reunirse con sus familias. Pero ambos sabían que, de alguna manera, aquella distancia ya nunca volvería a ser la misma.

Esa noche, Danna abrió la libreta azul antes de acostarse.
Escribió despacio:

"Hoy entendí que hay manos que no sujetan para que no caigas. Sujetan para que quieras seguir caminando."

Cerró la libreta.
Miró la pulsera que llevaba en la muñeca.

Y sonrió.
Porque, sin darse cuenta, el espacio que antes ocupaban los mensajes... ahora empezaba a llenarse de recuerdos reales.

Capítulo 40 A un solo centímetro

Jueves, 21 de agosto 18:47
Roma empezaba a sentirse como una segunda casa.
Cuatro días atrás, Danna caminaba por aquellas mismas calles mirando cada rincón con la curiosidad de una turista.
Ahora caminaba sonriendo porque cada esquina le recordaba un momento vivido con Andrés.
Un helado compartido.
Una broma.
Una fotografía.
Una conversación.
Y, sobre todo...
Aquella mano que había decidido no soltar la suya la noche anterior.
Después de desayunar, las dos familias decidieron visitar la **Villa Borghese**.
El enorme parque estaba lleno de árboles, pequeños lagos y personas paseando en bicicleta.
Era un lugar tranquilo. Muy diferente al bullicio del centro de Roma.
Mientras los adultos alquilaban unas bicicletas para recorrer el parque, Andrés y Danna decidieron caminar.
—¿Te das cuenta? —preguntó Danna.
—¿De qué?
—Hace una semana ni siquiera sabía que iba a venir a Italia.
Andrés sonrió.
—Yo tampoco.
—Y ahora estamos aquí.
Él la miró unos segundos.
—Creo que todavía no me lo termino de creer.
Continuaron caminando por un sendero rodeado de árboles.
No tenían prisa.

El tiempo parecía ir más despacio.
—¿Sabes qué me hace gracia? —dijo Andrés.
—¿Qué?
—Que cuando hablábamos por mensajes siempre pensaba muchísimo lo que iba a escribir.
Danna sonrió.
—Yo también. —Ahora no.
—¿Por qué?
—Porque contigo todo sale solo.
Ella bajó la mirada con una sonrisa.
Aquella frase era sencilla.
Pero le llegó muy dentro.
Un rato después llegaron a un pequeño lago donde varias personas paseaban en barca.
Danna se quedó observándolas.
—Tiene que ser bonito.
Andrés siguió su mirada.
—¿Te apetece?
Ella lo miró sorprendida.
—¿Una barca?
—Sí.
—¿Y si se hunde?
—Entonces aprenderemos a nadar.
Danna empezó a reír.
—Qué tranquilizador eres.
Las familias aceptaron la idea y alquilaron dos barcas. Los hombres fueron en una.
Danna y Andrés, en otra.
Los primeros minutos fueron un auténtico desastre.
Andrés remaba hacia un lado.
Danna intentaba corregir la dirección.
La barca giraba en círculos.
—Creo que estamos haciendo el ridículo —dijo ella entre risas.
—Un poco.
—Mucho.
Un señor que pasaba cerca empezó a reír al verlos.

—¡Los remos al mismo tiempo!
Los dos se miraron.
—Ah...
Con razón.
Finalmente consiguieron avanzar.
Y no pudieron dejar de reír durante todo el recorrido.
Cuando bajaron de la barca seguían riéndose.
Las familias decidieron sentarse un rato en el césped mientras ellos daban un pequeño paseo alrededor del lago.
El aire era agradable.
Solo se escuchaban los pájaros y el ruido del agua.
Durante unos minutos caminaron sin hablar.
Hasta que Danna rompió el silencio.
—Gracias.
Andrés la miró.
—¿Por qué?
—Por hacer que este viaje sea todavía mejor de lo que imaginaba.
Él sonrió.
—Creo que tú has hecho exactamente lo mismo conmigo.
Se sentaron en un banco de madera bajo la sombra de un árbol.
Danna apoyó la espalda y respiró profundamente.
—No quiero que esto termine.
Andrés guardó silencio unos segundos.
Después respondió.
—Yo tampoco, pero todavía nos quedan tres días.
Ella sonrió.
Era verdad. Aún les quedaba tiempo.
Y pensaba aprovechar cada minuto.
Mientras hablaban, una suave brisa movió el pelo de Danna.
Un mechón cayó delante de sus ojos.
Andrés, casi sin pensar, lo apartó con mucho cuidado.
Ella levantó la vista.
Los dos dejaron de hablar.
Otra vez.
Sus miradas se encontraron.
El mundo pareció detenerse durante unos segundos.

Andrés dio un pequeño paso hacia ella.
Ella no se movió.
Podía escuchar los latidos de su propio corazón.
Estaban muy cerca.
Muchísimo más cerca que nunca.
Él sonrió con nervios.
—Danna...
Ella apenas pudo responder.
—¿Sí? Durante un instante pareció que el tiempo se detenía.
Los dos sabían exactamente lo que estaba a punto de pasar.
Pero entonces...
—¡Chicos!
La voz de Irene rompió el silencio.
Los dos se separaron instintivamente.
La hermana de Andrés corría hacia ellos agitando una cámara de fotos.
—¡Papá quiere hacer una foto de todos!
Danna comenzó a reír.
No podía evitarlo.
Andrés negó con la cabeza mientras soltaba una carcajada.
—Tu hermana tiene un radar para aparecer en el peor momento.
—Creo que sí.
—Algún día le preguntaré cómo lo hace.
Los dos siguieron riéndose mientras caminaban hacia sus familias.
Aquella noche, ya en el hotel, Danna recibió un mensaje.
Andrés: Oye.
Danna: ¿Qué pasa? **Andrés:** Creo que Italia tiene algo en contra de nosotros.
Ella sonrió.
Danna: ¿Por?
Andrés: Porque cada vez que intento hacer algo importante...
Aparece Irene.
Danna soltó una carcajada.
Danna: Pobrecilla.
No tiene la culpa.
Andrés: Ya lo sé.

Pero nos ha interrumpido dos veces.
Ella leyó el mensaje y sintió un cosquilleo en el estómago.
Respondió despacio.
Danna: Supongo que cuando tenga que pasar...
Pasará.
Andrés tardó unos segundos en responder.
Andrés: Y prometo que esa vez... Nadie nos va a interrumpir.
Danna dejó el móvil sobre la almohada.
Sonrió.
Todavía les quedaban **tres días en Italia**.
Y, por alguna razón...
Tenía la sensación de que el momento que ambos estaban esperando estaba cada vez más cerca.

Capítulo 41 El beso que nunca olvidaron

Viernes, 22 de agosto 20:14
Las calles de Roma comenzaban a iluminarse.
El calor del día había dado paso a una agradable brisa que recorría las terrazas, las plazas y los callejones llenos de flores.

Después de pasar la mañana visitando el **Trastevere**, las dos familias decidieron cenar en un pequeño restaurante con vistas al río Tíber.

Las risas llenaban la mesa.
Irene no dejaba de hacer bromas.
Los hombres hablaban de los lugares que todavía querían visitar antes de volver a España.
Y, frente a frente, Danna y Andrés intercambiaban miradas que decían mucho más que cualquier palabra.
Cuando terminaron de cenar, el tío de Danna sonrió.
—¿Os apetece dar un paseo mientras nosotros tomamos un café?

Los dos se miraron.
—Claro —respondieron casi al mismo tiempo. Todos empezaron a reír.
Caminaron sin un rumbo fijo.
No necesitaban un mapa.
Roma ya les parecía familiar.
Las calles estaban llenas de músicos, parejas paseando y pequeños restaurantes donde sonaban canciones italianas.
—¿Sabes qué estaba pensando? —preguntó Andrés.
—¿Qué?
—Que cuando volvamos a España voy a echar muchísimo de menos esto.
Danna sonrió.
—¿Italia?
Él negó lentamente.
—No.
—¿Entonces?
—Poder verte todos los días.
Ella bajó la mirada.
Aquella frase le hizo un nudo en el pecho.
—Yo también...
Continuaron caminando hasta llegar a un pequeño puente de piedra.
Debajo pasaba el río.
El agua reflejaba las luces de la ciudad.
No había casi nadie.
Solo ellos.
Se apoyaron en la barandilla.
Durante unos segundos ninguno habló.
El silencio era tranquilo.
Cómodo.
De esos silencios que solo existen cuando dos personas ya no necesitan llenar cada momento con palabras.
—¿Te acuerdas del primer mensaje? —preguntó Andrés.
Danna sonrió inmediatamente.
—¿Cómo olvidarlo?
—Si ese día no hubieras respondido...

Ella completó la frase.
—Nunca habríamos llegado hasta aquí.
Andrés asintió.
—Exacto.

Los dos comenzaron a reír. Era increíble pensar que toda aquella historia había nacido por un simple error.

El viento movió suavemente el pelo de Danna.
Ella intentó apartárselo.
Pero Andrés fue más rápido.
Con mucho cuidado colocó aquel mechón detrás de su oreja.
Sus manos apenas se rozaron.
Los dos levantaron la vista al mismo tiempo.
Esta vez nadie habló.
Nadie bromeó.
Nadie apartó la mirada.
El corazón de Danna latía con tanta fuerza que estaba convencida de que Andrés podía escucharlo.
Él respiró hondo.
—Llevo días queriendo hacer una cosa.
Ella apenas pudo responder.
—¿Cuál?
Andrés sonrió con nervios.
—Esto.
Muy despacio... Acortó la poca distancia que los separaba.
Danna cerró los ojos.
Y, por primera vez...
Sus labios se encontraron.
Fue un beso eterno.
Suave.
Dulce.
Cuando se separaron apenas unos centímetros, los dos empezaron a reír.
—Creo que ha sido el beso más largo de la historia —dijo Andrés.
Danna no podía dejar de sonreír.

—Un poco.
—¿Solo un poco?
—Vale...
Mucho.
Los dos volvieron a reír.
Después Andrés la miró otra vez.
—¿Puedo repetirlo?
Ella levantó una ceja. —¿Para practicar?
—Exacto.
Danna negó con la cabeza entre risas.
—Qué excusa más mala.
—¿Ha funcionado?
Ella dio un pequeño paso hacia él.
—Sí.
Y esta vez fue Danna quien lo besó.
Sin pensarlo.
Sin miedo.
Sin que nadie los interrumpiera.
Cuando terminó, ambos permanecieron con la frente apoyada el uno contra el otro.
Sonriendo.
—¿Sabes una cosa? —susurró Danna.
—¿Qué?
—Ya no me da miedo que todo esto sea real.
Andrés entrelazó sus dedos con los de ella.
—A mí tampoco.
De regreso al restaurante, caminaron cogidos de la mano. Ninguno podía borrar la sonrisa.
En cuanto Irene los vio aparecer, levantó una ceja.
—¿Y esa cara de felicidad?
Andrés intentó disimular.
—Hace buena noche.
Irene cruzó los brazos.
—Sí, claro.
Y yo nací ayer.
Danna empezó a reír.

Su tío los observó desde la mesa.
No hizo ninguna pregunta.
Solo sonrió.
Había una diferencia evidente entre cómo se habían ido y cómo acababan de volver.
Aquella noche, ya en la habitación, Danna abrió la libreta azul.
Escribió despacio.
22 de agosto.
Hoy descubrí que el primer beso es perfecto.
Y, precisamente por eso… jamás se olvida.
Cerró la libreta. Sonrió.
Y antes de apagar la luz recibió un último mensaje.
Andrés: Buenas noches pesada.
Danna miró la pantalla.
Era la primera vez que uno de los dos enviaba un corazón.
Sonrió.
Y respondió. **Danna:** Buenas noches, pesado.

Capítulo 42 Prométeme que volveremos

Sábado, 23 de agosto 09:41
Por primera vez desde que habían llegado a Italia, Danna se despertó antes de que sonara el despertador.
No porque estuviera nerviosa.
Sino porque sonreía.
Giró la cabeza hacia la mesilla.
El móvil seguía allí.
Todavía tenía abierto el último mensaje de la noche anterior.
Era solo un corazón.
Pero significaba muchísimo.
Apoyó la cabeza sobre la almohada y soltó una pequeña risa.
Su tío la miró desde la otra cama.
—Alguien se ha levantado de muy buen humor.

Danna intentó disimular.
—He dormido bien. —Claro.
Y yo me llamo Pedro.
Los dos comenzaron a reír.
En el comedor del hotel, Andrés ya estaba esperando.
Cuando Danna apareció, sus miradas se encontraron al instante.
No dijeron nada.
Simplemente sonrieron.
Era extraño.
Después del beso de la noche anterior, ninguno sabía muy bien cómo actuar.
Pero no resultó incómodo.
Solo diferente.
Más cercano.
Cuando Danna llegó a la mesa, Andrés habló primero.
—Buenos días.
Ella sonrió.
—Buenos días.
Irene los observó durante unos segundos.
Después levantó una ceja. —Qué educados.
Los dos la miraron confundidos.
—¿Por qué?
—Porque lleváis veinte segundos sin llamaros "pesada" y "pesado".
Danna empezó a reír.
Miró a Andrés.
—Buenos días, pesado.
Él sonrió.
—Así mucho mejor.
Aquel día las familias decidieron visitar **Villa d'Este**, en Tivoli.
Los jardines parecían sacados de un cuento.
Fuentes.
Escaleras de piedra.
Árboles centenarios.
Y cientos de flores de todos los colores.
Danna caminaba despacio, intentando memorizar cada rincón.
—¿Sabes qué voy a echar más de menos? —preguntó.

Andrés la miró.
—¿Qué? —Despertarme sabiendo que voy a pasar el día contigo.
Él sonrió.
—Eso también lo podemos cambiar.
Ella frunció el ceño.
—¿Cómo?
—Cuando volvamos a España.
Podemos seguir viéndonos.
No hace falta esperar otro viaje.
Danna sintió un pequeño alivio.
Era verdad.
Italia no era el final.
Solo había sido el principio.
Mientras recorrían los jardines, encontraron un enorme laberinto vegetal.
Los adultos decidieron quedarse descansando en una terraza cercana.
—Tened cuidado —dijo el tío de Danna.
—Prometido —respondieron los dos.
Entraron en el laberinto riéndose.
Al principio intentaban encontrar la salida. Cinco minutos después ya no tenían ni idea de dónde estaban.
—Esto ha sido idea tuya —dijo Danna.
—No.
Tú has entrado conmigo.
—Porque pensé que sabías orientarte.
—Grave error.
Ella soltó una carcajada.
—Muchísimo.
Después de varios giros terminaron en un pequeño mirador escondido entre los setos.
Desde allí se veía todo el jardín.
No había nadie más.
Solo ellos.
Danna apoyó los brazos sobre la barandilla.
—Qué tranquilo...

Andrés se colocó a su lado.
Durante unos segundos contemplaron el paisaje en silencio.
Después él habló.
—Tengo miedo.
Ella lo miró sorprendida. —¿De qué?
—De volver a casa.
Danna bajó la mirada.
—Yo también.
—No quiero que volvamos a depender solo del móvil.
Ella respiró hondo.
—No lo haremos.
Andrés la observó.
—¿Lo prometes?
Danna sonrió.
Extendió el dedo meñique.
—Lo prometo.
Él entrelazó el suyo con el de ella.
Como dos niños haciendo un pacto.
—Y prométeme otra cosa.
—¿Cuál?
—Que volveremos aquí.
Ella levantó la vista.
Miró los jardines. Las fuentes.
El cielo azul.
Después volvió a mirarlo a él.
—Volveremos.
—¿De verdad?
—Sí.
No sé cuándo.
Pero volveremos.
Andrés sonrió.
—Entonces ya tengo un nuevo sueño.
Al salir del laberinto, Irene los esperaba con los brazos cruzados.
—Habéis tardado media hora.
Andrés se encogió de hombros.
—Nos hemos perdido.

—Ya...
Seguro.
Danna empezó a reír.
—Es verdad.
Somos malísimos orientándonos. —Eso sí me lo creo.
Por la tarde regresaron al centro de Roma.
Antes de volver al hotel entraron en una pequeña tienda de fotografías antiguas.
Había imágenes de la ciudad de hacía más de cien años.
Danna encontró una en blanco y negro del Coliseo.
La compró.
—¿Para qué?
—Para enmarcarla.
—¿Y ponerla en tu habitación?
Ella sonrió.
—No.
Para acordarme de este viaje.
Andrés la miró unos segundos.
—Entonces yo haré lo mismo.
Aquella noche subieron a la terraza del hotel.
Roma brillaba bajo las estrellas.
Los dos permanecieron apoyados en la barandilla.
Sin prisas.
Sin hablar demasiado. —Mañana nos vamos... —susurró Danna.
Andrés asintió.
—Sí.
Por primera vez desde que habían llegado, ninguno sonreía.
El silencio era distinto.
Pesaba un poco más.
Entonces Andrés buscó la mano de Danna.
La encontró enseguida.
La apretó con suavidad.
—Oye.
Ella levantó la vista.
—¿Sí?
—Esto no termina mañana.

Ella sonrió.
No.
Solo cambiaba el escenario.
Aquella noche regresaron al hotel más tarde de lo habitual.
Antes de ir a sus habitaciones, Andrés sacó algo del bolsillo.

Era una pequeña moneda italiana. La misma con la que no habían podido quedarse después de lanzar su deseo en la Fontana di Trevi.

—Toma.
Danna la observó sorprendida.
—¿Qué es?
—Quiero que la guardes.
—¿Por qué?
Él sonrió.
—Porque cuando volvamos a Italia...
La traerás otra vez.
Ella cerró la mano alrededor de la moneda.
—Trato hecho.
Los dos permanecieron unos segundos más contemplando el cielo de Roma.
El viento movía suavemente el pelo de Danna.
Desde aquella terraza la ciudad parecía todavía más bonita.

Las luces iluminaban los edificios antiguos y, a lo lejos, se escuchaba el murmullo de las calles que nunca terminaban de dormirse.

Andrés rompió el silencio.
—Buenas noches, pesada. Ella sonrió.
—Buenas noches, pesado.
Los dos rieron.
Después cada uno tomó un camino distinto hacia su habitación.
Danna caminó por el pasillo con una sonrisa imposible de borrar.

Apretó la pequeña moneda italiana que Andrés le había regalado y la guardó cuidadosamente en el bolsillo de la mochila.

Aquella moneda ya no era solo una moneda.
Era una promesa.
La promesa de que algún día volverían a Italia.
Entró en la habitación intentando no hacer ruido.
Su tío ya estaba dormido.
Dejó la mochila sobre la cama y comenzó a guardar la ropa en la maleta.
Al día siguiente regresarían a España.
Solo de pensarlo sentía un pequeño nudo en el estómago.
Había esperado durante semanas aquel viaje.
Y ahora parecía que había pasado en un abrir y cerrar de ojos.
Sonrió al recordar todo lo que había vivido. El Coliseo.
La Fontana di Trevi.
Las calles de Roma.
Las risas.
Las fotografías.
El primer beso.
Pensó que aquel había sido el final perfecto para el viaje.
Pero estaba completamente equivocada.
De repente...
Toc, toc.
Danna levantó la cabeza.
Frunció el ceño.
Miró el reloj.
23:58.
¿Quién podía llamar a la puerta a esas horas?
Se acercó despacio.
Abrió.
Frente a ella estaba uno de los botones del hotel.
Vestía un elegante uniforme negro con detalles dorados y sostenía una pequeña sonrisa.
—¿Señorita Danna?
—Sí.
—Perdone que la moleste tan tarde.
Un joven me ha pedido que le entregue un mensaje.
Ella arqueó una ceja.

—¿Un mensaje?
El botones asintió.
—Me ha dicho que le diga que suba a la terraza...
Porque quiere regalarle el último recuerdo de Roma.
El corazón de Danna dio un vuelco.
No necesitó preguntar quién era.
Ya lo sabía.
Sonrió.
—Muchas gracias.
Cerró la puerta con cuidado para no despertar a su tío.
Se puso un vestido azul y por encima una chaqueta ligera.
Respiró hondo.
Y salió de la habitación.
Subió lentamente las escaleras que conducían a la azotea. Cada escalón hacía que los nervios aumentaran un poco más.
Cuando llegó arriba, empujó despacio la puerta.
El aire cálido de la noche acarició su rostro.
La terraza estaba iluminada por pequeñas guirnaldas de luces en forma de corazón que rodeaban toda la barandilla.
Desde allí podía contemplarse casi toda Roma.
Las calles brillaban bajo la luz de las farolas.
Y, apoyado junto a la barandilla...
Estaba Andrés.
Vestía una traje negro y una corbata de color azul marino.
En sus manos sostenía un enorme ramo de flores beige y azules.
Los colores favoritos de Danna.
Cuando la vio aparecer, sonrió.
Aunque era evidente que estaba muchísimo más nervioso que ella.
—Hola... —dijo casi en un susurro.
Danna comenzó a caminar hacia él.
—Hola, pesado.
Los dos rieron.
Aquella palabra ya era parte de ellos. Cuando estuvieron frente a frente, Andrés le tendió el ramo.
—Son para ti.
Danna abrió mucho los ojos.

—¿Otro ramo?
Él sonrió.
—El primero fue por tu cumpleaños.
Este...
Es porque quería que el último recuerdo de Roma fuera todavía más especial.
Ella cogió las flores con muchísimo cuidado.
Olían a jazmín y a rosas.
Nunca nadie había hecho algo así por ella.
—Son preciosas.
Andrés la observó durante unos segundos.
—No tanto como tú.
Ella soltó una pequeña risa.
—Nunca vas a dejar de decir esas cosas, ¿verdad?
—Creo que no.
Porque contigo siempre encuentro un motivo para decirlas.
Danna negó con la cabeza, intentando esconder la sonrisa. Entonces Andrés metió la mano en el bolsillo.
Sacó una fotografía.
Era la primera que se habían hecho juntos delante del Coliseo.
La misma que Irene les había tomado.
Por detrás había escrito una frase con rotulador negro.
"El mejor error de mi vida."
Los ojos de Danna comenzaron a humedecerse.
Levantó lentamente la vista.
Andrés respiró profundamente.
Nunca había estado tan nervioso.
—Danna...
Ella apenas pudo responder.
—¿Sí?
Él dio un pequeño paso hacia ella.
—Desde que aquel mensaje llegó a tu móvil...
Mi vida cambió.
Al principio solo quería disculparme por haberme equivocado de número.
Después quería hablar contigo un rato más.

Luego esperaba tus mensajes cada día. Y ahora...
Hizo una pequeña pausa.
Sonrió con timidez.
—Ahora no puedo imaginar un solo día sin ti.
Danna sintió que las lágrimas empezaban a resbalar por sus mejillas.
Andrés tragó saliva.
—Italia siempre será el lugar donde nos conocimos de verdad.
Y quiero que también sea el lugar donde empiece oficialmente nuestra historia.
Respiró hondo una última vez.
La miró directamente a los ojos.
Y preguntó:
—Danna...
¿Quieres ser mi novia?
Durante unos segundos...
El mundo entero pareció detenerse.
Solo existían ellos.
Las luces de Roma.
Las flores. Y aquella pregunta.
Danna sonrió entre lágrimas.
Llevaba mucho tiempo esperando escuchar esas palabras.
Asintió una vez.
Después otra.
Y otra más.
—Sí...
Claro que sí.
Quiero ser tu novia.
La sonrisa de Andrés fue inmediata.
Como si todo el peso que llevaba encima hubiera desaparecido de golpe.
Se acercó a ella.
La abrazó con fuerza.
Un abrazo largo.
De esos que hacen sentir que todo está exactamente donde debe estar.
Cuando se separaron, Danna apoyó la frente sobre la de él.

—Pensaba que nunca me lo ibas a preguntar.
Él soltó una pequeña risa. —Llevaba días queriendo hacerlo.
Solo estaba esperando el momento perfecto.
Ella miró a su alrededor.
Después volvió a mirarlo a él.
—Y elegiste el lugar perfecto.
Andrés sonrió.
—No.
El lugar perfecto apareció el día que contestaste a un mensaje que ni siquiera era para ti.
Danna no pudo evitar emocionarse.
Después lo besó.
Despacio.
Sin prisas.
Como si quisiera guardar aquel momento para siempre.
Cuando terminó el beso, Andrés entrelazó su mano con la de ella.
—Entonces...
¿Ya puedo decir que tengo novia?
Ella sonrió.
—Solo si yo puedo seguir llamándote pesado. —Eso nunca va a cambiar.
Los dos comenzaron a reír.
Permanecieron unos minutos contemplando el cielo de Roma.
Sin hablar.
No hacía falta.
La ciudad donde habían soñado encontrarse acababa de regalarles uno de los recuerdos más importantes de sus vidas.
Danna apoyó la cabeza sobre el hombro de Andrés.
Él besó suavemente su frente.
Y, por primera vez desde aquel mensaje enviado por error...
Los dos supieron que ya no eran simplemente Danna y Andrés.
Ahora eran una historia.
Una historia que acababa de empezar.
En ese momento pensaron en una sola cosa.
Mañana dejarían Italia. Pero Italia nunca los dejaría a ellos.

Capítulo 43 Hasta pronto, Roma

Domingo, 24 de agosto 09:07
El despertador sonó demasiado pronto.
Danna abrió los ojos lentamente.
Durante unos segundos permaneció inmóvil, mirando el techo de la habitación del hotel.
Era el último día.
La última mañana en Roma.
Suspiró.
No quería hacer las maletas.
No quería bajar al vestíbulo.
Y, sobre todo, no quería subir a un avión que la alejase de aquel lugar.
Giró la cabeza hacia la mesilla.

El ramo de flores que Andrés le había regalado la noche anterior descansaba dentro de un jarrón que el hotel les había prestado.

Sonrió. Aquel ramo no podría viajar con ella.
Pero el recuerdo sí.
Cogió el móvil.
Tenía un mensaje.
Andrés: Buenos días... novia.
Danna soltó una pequeña risa.
Todavía le costaba acostumbrarse a aquella palabra.
Escribió enseguida.
Danna: Buenos días, novio.
Pasaron apenas unos segundos.
Andrés: Sigue sonando raro.
Danna: Un poco.
Andrés: Pero me encanta.
Ella sonrió.
A ella también.
Una hora después, las dos familias bajaron al comedor para

desayunar.
Había un ambiente diferente.

Todos hablaban de las maletas, del vuelo y de lo rápido que habían pasado aquellos días.
—Ocho días parecen muchos hasta que llegan a su final — comentó el tío de Danna.

—Eso siempre pasa en las vacaciones —respondió el padre de Andrés.
Mientras los adultos hablaban, Andrés se inclinó un poco hacia Danna.
—¿Has dormido bien?
Ella asintió.
—Muy poco.
—Yo tampoco.
—Estaba pensando en todo lo que hemos vivido.
Él sonrió.
—Yo también.
Después del desayuno hicieron el check-out y dejaron las maletas en la recepción.
Todavía tenían unas horas antes de ir al aeropuerto.
Decidieron dar un último paseo por el centro de Roma.
Nadie tenía prisa.
Nadie quería mirar el reloj.
Caminaron por las mismas calles donde se habían perdido.

Pasaron por la heladería donde habían discutido sobre el mejor sabor.
Volvieron a cruzar el puente donde se habían cogido de la mano por primera vez.

Y terminaron delante del Coliseo.
El mismo lugar donde habían hecho su primera fotografía.
Danna respiró hondo.
—No quiero irme.

Andrés entrelazó sus dedos con los de ella.
—Yo tampoco.
—¿Y si nos escondemos?
Ella soltó una carcajada.
—No creo que nuestras familias tarden mucho en encontrarnos.
Él comenzó a reír.
—Era una idea.
Irene apareció con el móvil en la mano.
—Antes de irnos...
Una última foto.
Los dos se colocaron delante del Coliseo.
Esta vez nadie les dijo que se acercaran.
Lo hicieron ellos solos. Irene levantó el pulgar.
—Ahora sí.
Sonreíd.
El sonido de la cámara capturó aquel instante.
Cuando terminó, Andrés miró la fotografía.
Después buscó la primera que se habían hecho unos días antes.
Las comparó.
—¿Sabes qué ha cambiado?
Danna observó ambas imágenes.
—¿Qué?
Él sonrió.
—En la primera todavía no éramos novios.
Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.
—Y en la segunda sí.
El trayecto hasta el aeropuerto fue mucho más silencioso.
Cada uno iba perdido en sus pensamientos.
Ninguno quería decir en voz alta que el viaje había terminado.

Cuando llegaron, las familias facturaron las maletas. Poco después, una pantalla anunció que los vuelos salían desde terminales diferentes.

Hubo un silencio.
Los dos se miraron.

Sabían que había llegado el momento.
Andrés dio un paso hacia ella.
—Oye.
—¿Sí?
—Prométeme que cuando llegues a casa me escribirás.
Ella sonrió.
—¿Aunque estemos cansados?
—Aunque sean las tres de la mañana.
Danna rió.
—Trato hecho.
Él la abrazó.
Con fuerza.
Mucha más fuerza que la primera vez.
Danna cerró los ojos.
Podía escuchar los latidos del corazón de Andrés.
Y él, los de ella. Cuando se separaron, Andrés sacó algo del bolsillo.
Era la pulsera que llevaba desde el primer día.
La levantó ligeramente.
—No te la quites nunca.
Ella miró la suya.
—Tú tampoco.
—Es una promesa.
—Entonces queda hecha.
Los hombres observaban la escena desde unos metros más atrás.
Ninguno quiso interrumpirlos.
Sabían que aquellos minutos eran solo para ellos.
Por el altavoz comenzó a escucharse el aviso de embarque.
Él tío de Danna se acercó despacio.
—Cariño...
Tenemos que irnos.
Danna asintió.
Pero antes volvió a abrazar a Andrés una vez más.
—Hasta pronto.
Él negó con una sonrisa. —No.
Hasta luego.
Porque voy a verte muy pronto.

Ella sonrió.
—Eso espero.
Andrés esperó hasta verla desaparecer por el control de seguridad.
Sólo entonces levantó el móvil.
Abrió su conversación.
Escribió.
Andrés: Ya te echo de menos.
Danna sintió vibrar el teléfono antes incluso de llegar a la puerta de embarque.
Lo leyó.
Y sonrió.
Danna: Han pasado exactamente dos minutos.
Andrés: Se me han hecho eternos.
Ella negó con la cabeza entre risas.
Danna: Sigues siendo un exagerado.

Andrés: Y tú sigues siendo mi novia. Danna apoyó la cabeza en el respaldo de la silla mientras esperaba el embarque.

Miró por la ventana.
Uno de los aviones comenzaba a despegar.
Italia iba quedando atrás.
Pero el viaje más importante... Acababa de empezar.

Capítulo 44 Ya no existe la distancia

Lunes, 25 de agosto 18:26
La habitación de Danna volvía a ser la misma de siempre.
La estantería.
El escritorio.
Las fotografías.
La lámpara de la mesilla.
Todo estaba exactamente igual.
Y, sin embargo...
Ella sentía que había cambiado.

Dejó la maleta en medio de la habitación y abrió la cremallera.
Lo primero que sacó fue la libreta azul.
Después la fotografía delante del Coliseo.
La pulsera.
Y la pequeña moneda italiana.
Los colocó cuidadosamente sobre el escritorio. Sonrió.
Italia ya no estaba a miles de kilómetros.
Ahora también estaba allí.
En cada uno de aquellos recuerdos.
El móvil vibró.
Andrés: ¿Ya has deshecho la maleta?
Danna sonrió.
Danna: No.
Solo he sacado las cosas importantes.
Andrés: ¿Yo estoy dentro de las cosas importantes?
Ella soltó una risa.
Danna: Muchísimo.
La respuesta llegó al instante.
Andrés: Menos mal.
Pensaba que me habías dejado entre los calcetines.
Durante toda la tarde hablaron por mensajes.
Como siempre.
Pero había algo distinto.
Ahora, cuando Andrés decía:
"¿Te acuerdas de aquella plaza?"
Danna sabía exactamente cuál era.

Cuando él hablaba del helado de vainilla, ella podía imaginar su cara intentando convencerla de que era mejor que el de chocolate.

Y cuando mencionaba Roma...
Ya no era un sueño.
Era un recuerdo compartido.
Aquella noche hicieron una videollamada.
Era la primera desde que habían vuelto.
Cuando la pantalla se encendió, ambos comenzaron a reír.

—Qué raro se hace volver a verte así —dijo Danna.
—Muchísimo.
—Hace tres días estabas sentado a mi lado.
—Y ahora vuelvo a estar dentro de un móvil.
Ella hizo una pequeña mueca.
—No me gusta.
Andrés negó con una sonrisa.
—A mí tampoco.
Pero solo es por un tiempo. Danna levantó la vista.
—¿Qué quieres decir?
Él apoyó los codos sobre la mesa.
—Que he estado pensando una cosa.
Ella sonrió.
—Eso siempre me da miedo.
—No te rías.
Es en serio.
—Vale.
Te escucho.
Andrés respiró hondo.
—No quiero que pase mucho tiempo hasta volver a verte.
Danna sintió un cosquilleo en el estómago.
—Yo tampoco.
—Entonces...
¿Por qué no hacemos un trato?
Ella arqueó una ceja.
—¿Otro más?
—Sí. Cada mes...
Uno de los dos irá a visitar al otro.
Aunque solo sea un fin de semana.
Danna permaneció unos segundos en silencio.
Le encantaba la idea.
—¿Y nuestras familias aceptarán?
—Estoy seguro de que sí.
Después de Italia...
Creo que ya confían bastante en nosotros.
Ella sonrió.

—Entonces...
Trato hecho.
Los dos levantaron el dedo meñique hacia la pantalla.
Sabían que no podían tocarse.
Pero aun así hicieron el gesto.
Como si realmente estuvieran uno frente al otro.
Antes de despedirse, Andrés sonrió.
—Por cierto.
—¿Qué? —Tengo una sorpresa.
Danna abrió mucho los ojos.
—¿Otra?
—Sí.
Pero tendrás que esperar.
—No me gustan las sorpresas.
—Mentira.
—Un poco.
Él comenzó a reír.
—Prometo que esta te va a gustar.
—¿Pista?
—No.
—¿Una pequeñita?
—Solo una.
Tiene que ver con nosotros.
La llamada terminó unos minutos después.
Pero Danna se quedó pensando en aquella frase.
"Tiene que ver con nosotros."
No tenía ni idea de lo que Andrés estaba preparando. Y, por primera vez en mucho tiempo...
Le encantaba no saberlo.
Antes de acostarse, abrió la libreta azul.
Pasó lentamente las páginas.
En ellas ya había frases, fechas y recuerdos de Italia.
Cogió el bolígrafo.
Y escribió:

"Siempre pensé que la distancia era el final de una historia. Ahora sé que solo es el espacio que separa un reencuentro del siguiente."

Cerró la libreta.
Miró la fotografía del Coliseo.
Y sonrió.
Porque el viaje había terminado.
Pero la aventura...
No. La aventura acababa de empezar.

Capítulo 45 Feliz cumpleaños, Príncipe

Miércoles, 3 de septiembre 17:42
Habían pasado diez días desde que regresaron de Italia.
Diez días en los que la distancia había vuelto a formar parte de su rutina.
Pero ya no era la misma.
Ahora sabían que podían vencerla.
Las videollamadas seguían siendo interminables.
Los mensajes de buenos días nunca faltaban.
Y cada noche terminaban despidiéndose de la misma manera.
Andrés: Buonanotte, pesada.
Danna: Buonanotte, pesado.
Aquel "pesada" todavía conseguía sacarle una sonrisa.
Aquella mañana Danna se despertó mucho antes de que sonara el despertador.
Miró la fecha.
3 de septiembre.
Sonrió inmediatamente.
Era el cumpleaños de Andrés.
Cogió el móvil.
Eran las ocho de la mañana.

Escribió despacio.
Danna: Feliz cumpleaños, pesado.
No tardó ni un minuto en responder.
Andrés: Gracias, pesada.
Ella sonrió.
Todavía le hacía ilusión leer aquel apodo.
Aquella tarde, su tío la llamó al salón.
—Cariño...
Tengo una sorpresa.
Danna frunció el ceño.
—¿Qué pasa?
Su tío sonrió.
—El padre de Andrés nos han invitado a pasar la tarde juntos para celebrar su cumpleaños.
Los ojos de Danna se iluminaron.
—¿De verdad? Su tío asintió.
—Pensamos que sería el mejor regalo para los dos.
Ella no pudo evitar abrazarlo.
Hacía solo diez días que se habían despedido.
Pero sentía que había pasado muchísimo más tiempo.
A las seis de la tarde llegaron a casa de Andrés.
El jardín estaba decorado con pequeñas luces y algunos globos azules y blancos.
Había música de fondo.
Familiares.
Amigos.
Y una enorme mesa llena de comida.
Pero Andrés todavía no había salido.
Irene apareció sonriendo.
—Está dentro.
Dice que hasta que no lleguen todos los invitados no sale.
Danna soltó una pequeña risa.
—Sigue siendo igual de impaciente.
—Y de pesado.

Las dos comenzaron a reír. Mientras todos terminaban de llegar, Danna sacó discretamente una bolsa de regalo que había escondido durante todo el camino.

La observó unos segundos.
Dentro había un álbum de fotos.
Lo había preparado durante varios días.
En la portada había pegado una fotografía del Coliseo.
Y, debajo, una frase escrita con rotulador negro.
"Nuestro lugar favorito."
Respiró hondo.
Esperaba que le gustara.
Unos minutos después apareció Andrés.
En cuanto la vio...
Sonrió.
Y caminó directamente hacia ella.
—Hola, pesada.
Ella abrió los brazos.
—Feliz cumpleaños.
Lo abrazó con fuerza.
Muchísima más de la que había imaginado. Cuando se separaron, Andrés sonrió.
—Creo que este ya es el mejor cumpleaños de mi vida.
Danna levantó una ceja.
—Espera.
Todavía no.
Le entregó la bolsa.
—Esto también es para ti.
Él la cogió sorprendido.
—¿Puedo abrirlo?
Ella asintió.
—Claro.
Andrés abrió el paquete despacio.
Sacó el álbum.
Durante unos segundos se quedó completamente inmóvil.
La portada mostraba la fotografía del Coliseo.

Pasó lentamente la primera página.
Había fotografías del viaje.
La Fontana di Trevi.
Los helados. Las pulseras.
El primer paseo.
La terraza del hotel.
Cada imagen tenía una pequeña frase escrita por Danna.
"El lugar donde dejé de imaginarte para empezar a conocerte."
"El día que entendí que un error podía cambiar una vida."
"El viaje que siempre llevaré conmigo."
Andrés pasó otra página.
Y otra.
Hasta llegar a la última.
Allí solo había una fotografía.
La de los dos abrazados delante del Coliseo.
Debajo, escrito con su letra, podía leerse:
"Feliz cumpleaños...
Gracias por convertir un número equivocado en la mejor historia de mi vida."
Y justo debajo...
Con cariño,
Tu pesada.
Andrés levantó lentamente la vista. Los ojos le brillaban.
—¿Tú has hecho todo esto?
Ella sonrió.
—Sí.
Quería regalarte algo que no pudiera comprarse.
Él cerró el álbum con cuidado.
Como si fuera un tesoro.
—Es el mejor regalo que me han hecho nunca.
Más tarde, cuando la fiesta ya estaba más tranquila, los dos se alejaron unos metros del jardín.
Se sentaron en un columpio de madera que había al fondo.
Las luces iluminaban suavemente el lugar.
Andrés seguía sujetando el álbum.
—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?
Él sonrió.
—Hay algo que llevo queriendo decirte desde Italia.
Ella lo miró curiosa.
—Dime. Andrés respiró hondo.
—Creo que ya no quiero llamarte solo "pesada".
Danna sonrió.
—¿Ah, no?
—No.
Ella cruzó los brazos.
—Entonces...
¿cómo piensas llamarme?
Él la miró directamente a los ojos.
Sonrió.
—**Principessa.**
Ella sintió un pequeño vuelco en el corazón.
—¿Principessa?
—Sí.
Porque Italia siempre será el lugar donde comenzó nuestra historia.
Y cada vez que diga esa palabra...
Recordaré el viaje donde me enamoré todavía más de ti.
Danna bajó la mirada.
Aquellas palabras le llegaron al corazón. Sonrió.
—Entonces...
Yo también quiero cambiarte el nombre.
Andrés arqueó una ceja.
—¿Sí?
Ella asintió.
—A partir de hoy...
Tú eres mi **Principe**.
Él soltó una pequeña risa.
—¿Principe?
—Sí.
Porque desde que llegaste a mi vida...
Has conseguido hacerme sentir como una princesa.
Y porque quiero que Italia siempre viaje con nosotros.

Andrés negó con la cabeza sonriendo.
—Me encanta.
Ella levantó un dedo.
—Pero una cosa.
—¿Cuál? —Seguirás siendo un pesado.
Los dos comenzaron a reír.
Él le dio un beso en la frente.
—Trato hecho...
Principessa.
Ella entrelazó su mano con la de él.
—Trato hecho...
Principe.
Cuando la fiesta terminó y las familias comenzaron a despedirse, Andrés acompañó a Danna hasta el coche.
Antes de que subiera, abrió el álbum una vez más.
En la primera página escribió una frase.
Después se lo devolvió.
—No la leas hasta llegar a casa.
Ella sonrió.
—Vale.
Durante todo el camino no dejó de preguntarse qué habría escrito.
En cuanto llegó a su habitación, abrió el álbum.
En la primera página, debajo del título, Andrés había añadido unas palabras.
"No sé cuántos viajes nos esperan.
No sé cuántas ciudades conoceremos.
Pero tengo claro una cosa.
Mientras tú camines a mi lado... cualquier lugar será Italia para mí."
Danna cerró el álbum con una sonrisa.
Lo colocó junto a la libreta azul.
La moneda.
La pulsera.
Y el marco con las fotografías.
Después miró el móvil.
Un nuevo mensaje había aparecido en la pantalla.

Andrés: Buonanotte, Principessa.
Ella respondió sin dejar de sonreír.
Danna: Buonanotte, Principe... aunque sigas siendo un pesado.

Capítulo 46 El principio de todo

Domingo, 14 de septiembre 19:32
Septiembre había llegado casi sin avisar.
Las vacaciones habían terminado.
Las calles volvían a llenarse de gente.
Los colegios abrían sus puertas.
Y poco a poco todo regresaba a la normalidad.
O, al menos...
A una nueva normalidad.
Porque para Danna y Andrés ya nada volvía a ser igual.
Seguían viviendo en ciudades distintas.
Seguían dependiendo de los mensajes y de las videollamadas.
Pero ahora existía una diferencia enorme.
Ya no eran dos desconocidos detrás de una pantalla.
Eran dos personas que conocían el olor del perfume del otro.
Su forma de reír. La manera en la que se abrazaban.
La temperatura de sus manos.
Y el brillo de sus ojos cuando sonreían.
La distancia seguía estando ahí.
Pero ya no daba miedo.
Aquella tarde hablaban por videollamada.
Como casi todos los días.
Danna estaba sentada en su escritorio.

Detrás de ella podían verse la libreta azul, el álbum de Italia, el marco con las fotografías y la pequeña moneda que seguía descansando junto a la pulsera.

Andrés sonrió al verla.
—Cada vez tienes más cosas de Italia en esa habitación.

Ella rió.
—No son cosas de Italia.
Son cosas nuestras.
Él asintió.
—Tienes razón.
Pasaron casi una hora hablando.
De las clases. De los profesores.
De los deberes.
De lo mucho que echaban de menos el verano.
Hasta que Andrés guardó silencio unos segundos.
—Oye...
Ella levantó la vista.
—¿Qué pasa?
Él sonrió.
—¿Te acuerdas de la lista?
Danna comenzó a reír.
¿Cómo olvidarla?
Aquella lista había nacido cuando todavía eran dos desconocidos.
La buscó entre las primeras páginas de la libreta azul.
Todavía seguía allí.
Escrita con una letra un poco más temblorosa.
La abrió.
Comenzó a leer.
—Conocer Italia...
Cumplido. —Conocernos en persona...
Cumplido.
—Hacernos una foto juntos...
Cumplido.
—Ver un atardecer en Roma...
Cumplido.
Los dos comenzaron a sonreír.
Habían cumplido mucho más de lo que imaginaban.
Entonces Danna pasó a la última página de la libreta.
Cogió un bolígrafo.
—Creo que toca escribir otra cosa.
Andrés sonrió.

—¿Cuál?
Ella pensó durante unos segundos.
Después escribió despacio.
"Seguir escribiendo nuestra historia."
Le enseñó la libreta por la cámara.
Él permaneció unos segundos en silencio.
Después sonrió. —Creo que ese es mi sueño favorito.
Un rato después, Andrés cogió su móvil.
Abrió la conversación.
Deslizó hacia arriba.
Muy arriba.
Hasta llegar al primer mensaje.
Los dos se quedaron mirándolo.
Andrés:
"Perdona, creo que me he equivocado de número."
Danna soltó una pequeña risa.
—Menos mal que no borré ese mensaje.
Él negó con la cabeza.
—Yo tampoco.
Durante unos segundos ninguno habló.
Hasta que Andrés sonrió.
—¿Sabes una cosa?
—¿Qué?
—Creo que nunca me equivoqué.
Ella arqueó una ceja. —¿Cómo que no?
Él negó lentamente.
—No.
Porque si aquel error me trajo hasta ti...
Entonces fue la casualidad más bonita de mi vida.
Danna sintió que los ojos comenzaban a humedecerse.
—¿Sabes qué pienso yo?
—¿Qué?
Ella sonrió.
—Que algunos errores...
Solo son la manera que tiene la vida de llevarte al lugar correcto.
Los dos permanecieron unos minutos mirándose a través de la

pantalla.
Ya no les molestaba la distancia.
Porque sabían que volverían a verse.
Y después otra vez.
Y otra.
Y otra.
Hasta que un día dejaran de contar los kilómetros. Antes de despedirse aquella noche, Andrés sonrió.
—Buenas noches...
Principessa.
Ella sintió el mismo cosquilleo que la primera vez.
—Buenas noches...
Principe.
Él levantó una ceja.
—Una cosa más.
—¿Qué?
Sonrió.
—Te quiero.
Danna respondió inmediatamente.
—Yo también te quiero.
Muchísimo.
La llamada terminó.
La habitación quedó en silencio.
Danna cerró la libreta azul.
Miró el álbum. La moneda.
Las pulseras.
Las flores secas que había conseguido conservar del ramo de Roma.
Cada objeto contaba una parte de su historia.
Se acercó a la ventana.
El cielo comenzaba a oscurecer.
Sonrió.
Porque comprendió algo muy importante.
Aquella historia nunca había tratado de un mensaje.
Ni de un viaje.
Ni siquiera de Italia.
Había tratado de dos personas que, sin buscarse, terminaron

encontrándose.
Y eso era mucho más bonito que cualquier casualidad.
Abrió el cajón del escritorio.
Guardó la libreta.
Antes de cerrarlo, pasó una última vez la mano por la portada.
Susurró para sí misma:
—Esto no ha terminado. Sonrió.
Apagó la luz.
Y cerró el cajón.
Como si con ese gesto terminara un capítulo de su vida...
Y comenzara el siguiente.
Hay personas que llegan por casualidad.
Otras llegan para quedarse. Nosotros tuvimos la suerte de ser las dos cosas.

Fin Agradecimientos

Gracias.
A todos los que alguna vez creyeron que un simple mensaje podía cambiar una vida.
A quienes encontraron un pedacito de sí mismos en Danna y Andrés.
A mi familia, por apoyarme y animarme a seguir escribiendo incluso cuando este libro solo era una idea.
A mis amigos, por escucharme hablar una y otra vez de estos personajes y acompañarme durante todo el proceso.

Y, sobre todo, gracias a cada persona que ha abierto este libro. Sin vosotros, esta historia solo existiría en mi imaginación. A mi familia, a mis sobrinas, a mi suegra y a mi pareja.

¡Gracias por dar una oportunidad a mi primera novela! Espero que, al cerrar este libro, Danna y Andrés se hayan quedado un ratito más contigo.

Con cariño, **Diana Hernández**
